



Francisco de Moncada

Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos

Proemio

Mi intento es escribir la memorable expedición y jornada que los catalanes y aragoneses hicieron a las provincias de levante cuando su fortuna y valor andaban compitiendo en el aumento de su poder y estimación, llamados por Andrónico Paleólogo, emperador de griegos, en socorro y defensa de su imperio y casa; favorecidos y estimados en tanto que las armas de los turcos le tuvieron casi oprimido y temió su perdición y ruina; pero después que por el esfuerzo de los nuestros quedó libre dellas, maltratados y perseguidos con gran crueldad y fiereza bárbara, de que nació la obligación natural de mirar por su defensa y conservación, y la causa de volver sus fuerzas invencibles contra los mismos griegos y su príncipe Andrónico, las cuales fueron tan formidables que causaron temor y asombro a los mayores príncipes de Asia y Europa, perdición y total ruina a muchas naciones y provincias, y admiración a todo el mundo.

Obra será ésta, aunque pequeña por el descuido de los antiguos -largos en hazañas, cortos en escribirlas-, llena de varios y extraños casos, de guerras continuas en regiones remotas y apartadas con varios pueblos y gentes belicosas, de sangrientas batallas y vitorias no esperadas, de peligrosas conquistas acabadas con dichoso fin por tan pocos y divididos catalanes y aragoneses, que al principio fueron burla de aquellas naciones y después instrumento de los grandes castigos que Dios hizo en ellas.

Vencidos los turcos en el primer aumento de su grandeza otomana,

desposeídos de grandes y ricas provincias de la Asia menor, y a viva fuerza y rigor de nuestras espadas encerrados en lo más áspero y desierto de los montes de Armenia; después, vueltas las armas contra los griegos, en cuyo favor pasaron, por librarse de una afrentosa muerte y vengar agravios que no se pudieron disimular sin gran mengua de su estimación y afrenta de su nombre; ganados por fuerza muchos pueblos y ciudades, desbaratados y rotos poderosos ejércitos, vencidos y muertos en campo reyes y príncipes, grandes provincias destruidas y desiertas, muertos, cautivos o desterrados sus moradores; venganzas merecidas más que lícitas; Tracia, Macedonia, Tesalia y Beocia penetradas y pisadas, a pesar de todos los príncipes y fuerzas del Oriente; y últimamente, muerto a sus manos el duque de Atenas con toda la nobleza de sus vasallos y de los socorros de franceses y griegos, ocupado su Estado, y en él fundado un nuevo señorío. En todos estos sucesos no faltaron traiciones, crueldades, robos, violencias y sediciones; pestilencia común, no sólo de un ejército colectivo y débil por el corto poder de la suprema cabeza, pero de grandes y poderosas monarquías. Si como vencieron los catalanes a sus enemigos vencieran su ambición y codicia, no excediendo los límites de lo justo, y se conservaran unidos, dilataran sus armas hasta los últimos fines del Oriente, y viera Palestina y Jerusalén segunda vez las banderas cruzadas. Porque su valor y disciplina militar, su constancia en las adversidades, sufrimiento en los trabajos, seguridad en los peligros, presteza en las ejecuciones, y otras virtudes militares, las tuvieron en sumo grado, en tanto que la ira no las pervirtió; pero el mismo poder que Dios les entregó para castigar y oprimir tantas naciones, quiso que fuese el instrumento de su propio castigo. Con la soberbia de los buenos sucesos, desvanecidos con su prosperidad, llegaron a dividirse en la competencia del gobierno; divididos, a matarse; con que se encendió una guerra civil tan terrible y cruel, que causó sin comparación mayores daños y muertes que las que tuvieron con los extraños.

Capítulo I

Estado de los reinos y reyes de la casa de Aragón por este tiempo

Antes de dar principio a nuestra historia, importa para su entera noticia decir el estado en que se hallaban las provincias y reyes de Aragón, sus ejércitos y armadas, sus amigos y enemigos: principios necesarios para conocer dónde se funda la principal causa desta expedición.

El rey don Pedro de Aragón, a quien la grandeza de sus hechos dio renombre de Grande, hijo de don Jaime el Conquistador, fue casado con Gostanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia, a quien Carlos de Anjou, con ayuda del Pontífice romano, enemigo de la sangre de Federico emperador, quitó el

reino y la vida. Quedó Carlos con su muerte príncipe y rey de las dos Sicilias, y más después que el infeliz Conradino, último príncipe de la casa de Suevia, roto y deshecho, vino preso a sus manos, y por su orden y sentencia se le cortó la cabeza en público cadahalso, para eterna memoria de una vil venganza, y ejemplo grande de la variedad humana. Don Pedro, rey de Aragón, no se hallaba entonces con fuerzas para poder tomar satisfacción de la muerte de Manfredo y Conradino, ni después de ser rey le dieron lugar las guerras civiles, porque los moros de Valencia andaban levantados, y los varones y ricos hombres de Cataluña estaban desavenidos y malcontentos; y también porque mostrándose enemigo declarado de Carlos, provocaba contra sí las armas de Francia y las de la Iglesia, formidables por lo que tienen de divinas; los reinos de Sicilia y Nápoles lejos de los suyos, sus armas ocupadas en defenderse de los enemigos más vecinos. Todas estas dificultades detenían el ofendido ánimo del rey, pero no de manera que borrasen la memoria del agravio. En unas vistas que tuvo con el rey de Francia Filipe, su cuñado, entrevino Carlos, hijo del rey de Nápoles, y deseando el rey de Francia que fuesen amigos y se hablasen, siempre don Pedro se excusó, y mostró en el semblante el pesar y disgusto que tenía en el corazón, de que todos quedaron mal satisfechos y desabridos; y sin duda entonces Carlos se previniera y armara, si creyera que las fuerzas del rey de Aragón fueran iguales a su ánimo y pensamiento. Pero el cielo se las dio bastantes para tomar entera y justa satisfacción de la sangre inocente de Conradino por medios tan ocultos, que no se supieron hasta que la misma ejecución los publicó.

Los míseros sicilianos, incitados de la insolencia francesa, desenfrenada en su afrenta y deshonor, tomaron las armas, y con aquel famoso hecho que comúnmente llaman Vísperas Sicilianas, sacudieron de la cerviz pública el insufrible yugo de los franceses y de Carlos, que injustamente les oprimía, dejándoles al arbitrio y sujeción de ministros injustos: causa que las más de las veces produce mudanzas en los Estados y casos miserables en sus príncipes. Acudió luego Carlos con poderoso ejército a castigar el atrevimiento y rebeldía de los súbditos. Ellos, viendo cerrada la puerta a toda piedad y clemencia, pusieron la esperanza de su remedio y amparo en don Pedro, rey de Aragón, que en esta sazón se hallaba en África, como verdadero príncipe cristiano, con ejército vitorioso y triunfante de muchos jeques y reyes de Berbería, asistido de la mayor parte de la nobleza y soldados de sus reinos.

Llegaron ante su presencia los embajadores de Sicilia, llenos de lágrimas, de luto y sentimiento; bastantes con esta triste demostración a mover no sólo el ánimo de un rey ofendido por particular agravio, pero el de cualquier otro que como hombre sintiera. Acordáronle la muerte desdichada de Manfredo y la afrentosa de Conradino, facilitáronle la venganza con ayuda de los pueblos de Sicilia, tan aficionados a su nombre y enemigos del de Francia; últimamente le propusieron el estado peligroso de su libertad, vidas y haciendas, si no les amparaba su valor, porque ya Carlos estaba sobre Mesina, y amenazaba el rigor de su castigo un lastimoso fin a todo el reino.

Movido destas razones y de las que su venganza le ofrecía, acudió antes que su fama a Trápana con todo su poder, y fue con tanta presteza sobre su enemigo, que apenas supo Carlos que venía, cuando vio sus armas, y se

halló forzado a levantar el sitio y retirarse afrentosamente a Calabria. Con este hecho el Pontífice como amigo, y el rey de Francia como deudo, descubiertamente se mostraron favorecedores de Carlos y enemigos de don Pedro, y tomaron contra él las armas. El rey de Castilla, que por el deudo y amistad debiera ayudalle, se salió afuera, y se inclinó a seguir el mayor poder. Don Jaime, rey de Mallorca, su hermano, también le desamparó, dando ayuda y paso por sus estados a sus contrarios, aunque se excusó con las débiles fuerzas de su reino, desiguales a la defensa y oposición de tan poderoso enemigo; disculpa con que muchas veces los príncipes pequeños encubren lo mal hecho, atribuyendo a la necesidad lo que es ambición. Don Pedro con esto se halló sin amigos, sólo acompañado de su valor, fortuna y razón de satisfacer el ultraje y afrenta de su casa.

Al tiempo que le juzgaron todos por perdido, venció a sus enemigos varias veces, reforzados de nuevas ligas y socorros; todo lo deshizo y humilló en mar, en tierra; mantuvo el nombre de Aragón en gran reputación y fama, y fue el primer rey de España que puso sus banderas vencedoras en los reinos de Italia, sobre cuyo fundamento hoy se mira levantada su monarquía.

Echado Carlos de Sicilia, intentó con mayor poder reducilla a su obediencia, y en ésta hubo grandes y notables acontecimientos; pero siempre la casa de Aragón se aseguró en el reino con vitorias, no sólo contra el poder de Carlos, pero de todos los mayores príncipes de Europa que le ayudaban.

Murieron ambos reyes competidores en la mayor furia y rigor de la guerra, y por derecho de sucesión heredó a Carlos, rey de Nápoles, su hijo primogénito del mismo nombre, que en este tiempo se hallaba preso en Cataluña. A don Pedro, rey de Aragón, sucedieron sus dos hijos, Alfonso, mayor, en los reinos de España; Jaime en el de Sicilia. Prosiguióse la guerra hasta la muerte de Alfonso, que por morir sin hijos fue don Jaime llamado a la sucesión, y hubo de venir a estos reinos, dejando en Sicilia a don Fadrique, su hermano, para que la gobernase y defendiese en su nombre. Después de su vuelta a España, don Jaime, recuperadas algunas fuerzas de sus reinos, renunció el de Sicilia a la Iglesia, temiendo que las armas castellanas, francesas y eclesiásticas a un mismo tiempo no le acometiesen y persuadido de su madre Gostanza, que como mujer de singular santidad, quiso más que su hijo perdiese el reino, que alargar más tiempo el reconciliarse con la Iglesia.

Enviáronse a Sicilia, para poner en efeto la renunciación, embajadores de parte de don Jaime y de Gostanza, y entregar el reino a los legados del Pontífice romano; pero la gente de guerra y los naturales, indignados de la facilidad con que su rey renunciaba lo que con tanto trabajo y sangre se había adquirido y sustentado, y les entregaba tan sin piedad a sus enemigos, de quien forzosamente habían de temer servidumbre y muerte; pareciéndoles a los sicilianos cierto el peligro, y a los catalanes y aragoneses mengua de reputación que lo que no pudieron las armas de sus contrarios alcanzar en tantos años, se alcanzase por una resolución de un rey mal aconsejado, volvieron a tomar las armas, y oponiéndose a los legados, persuadieron a don Fadrique, como verdadero sucesor del padre y del hermano que se llamase rey y tomase a su cargo la defensa común. Fue fácil de persuadir un príncipe de ánimo levantado, en lo más florido de su juventud, y que por otro medio no podía dejar de ser vasallo y

sujeto a las leyes del hermano: ocasión bastante, cuando no fuera ayudada de tanta razón, a precipitar los pocos años de don Fadrique. Llamóse rey, y como a tal le admitieron y coronaron. Prevínose para la guerra cruel que le amenazaba, asistido de buenos soldados y del pueblo fiel y pronto a su conservación, teniéndole por segundo libertador de la patria. Opúsose luego a Carlos, su mayor y más vecino enemigo; al Papa, que amparaba y defendía su causa, y al rey don Jaime, que de hermano se le declaró enemigo; cuyas fuerzas juntas le acometieron y vencieron en batalla naval; con que la guerra se tuvo por acabada, y don Fadrique por perdido. Pero por la oculta disposición de la Providencia divina, que algunas veces fuera de las comunes esperanzas muda los sucesos para que conozcamos que sola ella gobierna y rige, don Fadrique se mantuvo en su reino con universal contento de los buenos, asombro y terror de sus enemigos y gloria de su nombre.

Deshízose poco después la liga, por apartarse della don Jaime, rey de Aragón, con gran sentimiento y quejas de sus aliados, porque sin las fuerzas de Aragón parecía cosa fatal y casi imposible vencer un rey de su misma casa; y la experiencia lo mostró, pues apartado don Jaime de la liga, siempre los enemigos de don Fadrique fueron perdiendo, y él acreditándose con victorias, hasta forzáles a tratar de paces, quedándose con el reino: cosa que de sólo pensalla se ofendían. Concluyéronse después de algunas contradiciones, y se establecieron con mayor firmeza con el casamiento que luego se hizo de Leonor, hija de Carlos, con don Fadrique; con que el reino quedó libre y sin recelo de volver a la servidumbre antigua, y el rey pacífico señor del Estado que defendió con tanto valor. El rey don Jaime, su hermano, sustentaba sus reinos de Aragón, Cataluña y Valencia con summa paz y reputación, amado de los súbditos, temido de los infieles, poderoso en la mar, servido de famosos capitanes, aguardando ocasión de engrandecer su corona, a imitación de sus pasados. El rey de Mallorca, príncipe el menor de la casa de Aragón, gozaba pacíficamente el señorío de Mompeller, condados de Rosellón, Cerdaña y Conflent, difíciles de conservar, por estar divididos y tener vecinos más poderosos, entre quien siempre fueron fluctuando sus pequeños reyes; pero por este tiempo vivía con reputación y con igual fortuna que los otros reyes de su casa.

Capítulo II

Elección de general

Tenían los reyes de Aragón, Mallorca y Sicilia, el estado que habemos referido, cuando los soldados viejos y capitanes de opinión que sirvieron al gran rey don Pedro, a don Jaime su hijo, y últimamente a don Fadrique en esta guerra de Sicilia, juzgándola ya por acabada, hechas las paces más siguras por el nuevo casamiento de Leonor con Fadrique, vínculo de mayor amistad entre los poderosos en tanto que el interés y la ambición no lo

disuelven y deshacen, y deshecho, causa de más viva enemistad y odios implacables; pareciéndoles que no se podía esperar por entonces ocasión de rompimiento y guerra, trataron de emprender otra nueva contra infieles y enemigos del nombre cristiano en provincias remotas y apartadas. Porque era tanto el esfuerzo y valor de aquella milicia, y tanto el deseo de alcanzar nuevas glorias y triunfos, que tenían a Sicilia por un estrecho campo para dilatar y engrandecer su fama; y así, determinaron de buscar ocasiones arduas, trances peligrosos, para que ésta fuese mayor y más ilustre.

Ayudaban a poner en ejecución tan grandes pensamientos dos motivos, fundados en razón de su conservación. El primero fue la poca seguridad que había de volver a España, su patria, y vivir con reputación en ella, por haber seguido las partes de don Fadrique con tanta obstinación contra don Jaime, su rey y señor natural; que aunque don Jaime no era príncipe de ánimo vengativo, y se tenía por cierto que, pues en la furia de la guerra contra su hermano no consintió que se diesen por traidores los que le siguieron, menos quisiera castigar a sangre fría lo que pudo y no quiso en el tiempo que actualmente le estaban ofendiendo, siguiendo las banderas de su hermano contra las suyas; pero la majestad ofendida del príncipe natural, aunque remita el castigo, queda siempre viva en el ánimo la memoria de la ofensa; y aunque no fuera bastante para hacelles agravios, por lo menos impidiera el no servirse dellos en los cargos supremos; cosa indigna de lo que merecían sus servicios, nobleza y cargos administrados en paz y guerra. El segundo motivo, y el que más les obligó a salir de Sicilia, fue ver al rey imposibilitado de poderles sustentar con la largueza que antes, por estar la hacienda real y reino destruídos por una guerra de veinte años, y ellos acostumbrados a gastar con exceso la hacienda ajena como la propia cuando les faltaban despojos de pueblos y ciudades vencidas. Como entrambas cosas cesaron hechas las paces y fenecida la guerra, juzgaron por cosa imposible reducirse a vivir con moderación.

El rey don Fadrique y su padre y hermano, con su asistencia en la guerra, y como testigos de las hazañas, industria y valor de los súbditos, pocas veces se engañaron en repartir las mercedes, porque dieron más crédito a sus ojos que a sus oídos, y siempre el premio a los servicios y no al favor. Con esto faltaban en sus reinos quejosos y malcontentos, pero no pudieron dar a todos los que les sirvieron estados y haciendas; con que algunos quedaron con menos comodidad que sus servicios merecían. Pero como vieron que los reyes dieron con suma liberalidad y grandeza lo que lícitamente pudieron a los más señalados capitanes, atribuyeron sólo a su desdicha, y a la virtud y valor incomparable de los que fueron preferidos, el hallarse inferiores.

Estas fueron las causas que movían los ánimos en común para tratar de engrandecerse en nuevas empresas y conquistas. Los más principales capitanes que animaban y alentaban a los demás, fueron cuatro, debajo de cuyas banderas sirvieron: Roger de Flor, vicealmirante de Sicilia; Berenguer de Entenza, Ferrán Jiménez de Arenós, ambos ricos hombres, y Berenguer de Rocafort; todos conocidos y estimados por soldados de grande opinión. Comunicaron sus pensamientos entre sus valedores y amigos, y hallándoles con buena disposición y ánimo de seguilles en cualquier

jornada, se resolvieron de emprender la que pareciese más útil y honrosa. Para la conclusión de este trato se juntaron en secreto, y antes de discurrir sobre su expedición, quisieron dalle cabeza, porque sin ella fuera inútil cualquier consejo y determinación, faltando quien puede y debe mandar. Con acuerdo común de los que para esto se juntaron, fue nombrado por general Roger de Flor, vicealmirante poderoso en la mar, valiente y estimado soldado, plático y bien afortunado marinero; persona que en riquezas y dinero excedía a todos los demás capitanes: causa principal de ser preferido.

Capítulo III

Quién fue Roger de Flor

Roger de Flor, a quien los nuestros eligieron por general y suprema cabeza, nació en Brindiz, de padres nobles: su padre fue alemán, llamado Ricardo de Flor, cazador del emperador Federico; su madre italiana y natural del mismo lugar. Murió Ricardo en la batalla que Carlos de Anjou tuvo con Conradino, cuyas partes seguía, por ser nieto de Federico, su príncipe y señor. Carlos, insolente con la vitoria, después de haber cortado la cabeza a Conradino, confiscó las haciendas de todos los que tomaron las armas en su ayuda. Con esta pérdida quedó Roger y su madre con suma pobreza, y con la misma se crió hasta edad de quince años, que un caballero francés, religioso del Temple, llamado Vassaill, se le aficionó con ocasión de asistir en Brindiz con el Alcón, nave del Temple, cuyo capitán era. Navegó juntamente con él Roger algunos años, y ganó tan buena opinión en el ejercicio que profesaba, que la religión le recibió por suyo, dándole el hábito de fray sargento, en aquel tiempo casi igual al de caballero. Con él Roger comenzó a ser conocido y temido en todo el mar de levante, y al tiempo que Ptolemaide, dicha por otro nombre Acre, se rindió a las armas de Melech Taseraf, sultán de Egipto, Roger, como refiere Pachimerio, era uno de los que asistían en un convento del Temple; y viendo que la ciudad no se podía defender, recogió muchos cristianos en un navío, con la hacienda que pudieron escapar de la crueldad y furia de los bárbaros.

No le faltaron a Roger enemigos de su misma religión, que invidiosos de sus buenos sucesos, le descompusieron con su Maestre, haciéndole cargo que se había aprovechado por caminos no debidos a su profesión, y defraudado los derechos comunes, y alzándose con todos los despojos que sacó de Acre; que como ya esta célebre y famosa religión se hallaba en su última vejez y cerca de su fin, sus partes se habían enflaquecido con los vicios de la mucha edad y tiempo. La envidia, la avaricia y la ambición habían ocupado sus ánimos en lugar del antiguo valor y de la mucha conformidad y piedad cristiana que los hizo tan estimados y venerados en todas las provincias. Quiso el Maestre con esta primera acusación prendelle, pero Roger tuvo

alguna noticia de estos intentos; y conociendo la codicia de su cabeza y ruindad de sus hermanos, no le pareció aguardar en Marsella, donde a la sazón se hallaba, sino retirarse a lugar más seguro, y dar tiempo a que la falsa y siniestra acusación se desvaneciese.

Retiróse a Génova, donde, ayudado de sus amigos, y particularmente de Ticin de Orla, armó una galera, y con ella fue a Nápoles y ofrecióse al servicio de Roberto, duque de Calabria, a tiempo que se prevenía y armaba para la guerra contra don Fadrique. Hizo Roberto poco caso de su ofrecimiento y del ánimo con que se le ofrecía, juzgándole por tan corto como el socorro. Obligó a Roger este desprecio a que se fuese a servir a don Fadrique, su enemigo, de quien fue admitido con muchas muestras de amor y agradecimiento: efectos no sólo de su ánimo generoso y condición apacible para con los soldados, pero de la fuerza de la necesidad de la guerra; porque no fuera cordura desechar al que voluntariamente ofrece su servicio en tiempos tan apretados como en los que corren riesgo la vida y libertad, y cuando se apartan los mayores amigos y obligados. El que llega a ser amigo en los peligros y cuando el príncipe es acometido de armas más poderosas, sin obligación de naturaleza y fidelidad de súbdito, debe ser admitido y honrado, aunque le traiga su propio interés o algún desprecio o agravio del contrario; que cuanto más ofendido, más útil y seguro será su servicio.

Fuese luego encendiendo la guerra entre Roberto y Fadrique, y Roger acreditóse en ella con importantes servicios, socorriendo diversas veces plazas apretadas del enemigo, y con la pequeña armada que llevaba a su cargo impidiendo la libre navegación de los mares y costas de Nápoles, con que llegó a ser vicealmirante, y en menos de tres años hizo cosas tan señaladas, que fue una de las más principales causas de conservar a su príncipe en Sicilia, alcanzando juntamente para sí nombre inmortal y riquezas más que de vasallo. En este estado se hallaba Roger cuando le tomaron los catalanes y aragoneses por general de la empresa que intentaban.

Capítulo IV

Determinan los capitanes su jornada, y suplican al rey les favorezca

Trataron con el nuevo general los capitanes cuál sería la más conveniente y provechosa empresa, y resolvieron, de común parecer, de ofrecerse al emperador de los griegos, Andrónico Paleólogo, casi oprimido de las armas de los turcos; porque a más de que Andrónico se tenía por cierto que buscaba socorros de naciones extranjeras, dudoso de la fidelidad de los suyos, era príncipe que tenía poca correspondencia con el Papa, a quien Roger temía por haber maltratado en tiempo de guerra las provincias de la Iglesia, y siempre vivía con recelos de que el Papa pidiese a don Fadrique su persona como de religioso templario, para vengarse dél, entregándole a

su maestre y religión. Y aunque no se podía esperar de la grandeza de don Fadrique hecho tan feo; pero como los reyes algunas veces no miden sus intereses con lo que deben a su estimación y fama, olvidan con facilidad los servicios por otras mayores conveniencias; y pudiera ser que, rehusando don Fadrique el entregar a Roger, fuera ocasión de rompimiento y guerra; y así, no quiso Roger poner a don Fadrique en nuevos cuidados, ni su libertad en peligro si se quedara en Sicilia.

Pachimerio que el Papa se lo pidió a don Fadrique, y que juzgando no ser justo entregar a quien tan bien le había servido, ofreció entonces de escribir y rogar al emperador Andrónico le trajese a su servicio, porque desta manera saldría honrado de sus tierras, y el Papa no podría quejarse de que él amparaba los fugitivos de las religiones. Pero en este caso me parece dar más crédito a Montaner, porque al principio deste capítulo escribe Pachimerio que si en esta relación se apartare de la verdad, no tendrá la culpa el escritor, sino la fama de quien él lo supo; y como la que corría entre los griegos de nuestras cosas era siempre falsa, no se le debe de dar crédito en lo que difiere de Montaner, y fácilmente en este caso les podemos conciliar, porque sólo difieren en que Pachimerio da por constante que el Papa pidió la persona de Roger a don Fadrique, y Montaner dice que se temió el caso, pero que no sucedió; y así no fue mucho que la fama de tan lejos añadiese lo demás.

Después de haber resuelto todos la jornada, y platicado por algunos días los medios más convenientes para su ejecución, dieron cargo a Roger que hablase a don Fadrique y le descubriese sus intentos, y le suplicase de parte de todos que los favoreciese, porque no fuera justo que se tratara públicamente sin haber precedido su consentimiento y gusto. Roger vino a Mesina, donde el rey estaba, poco después de concluido su casamiento con Leonor, hija de Carlos; y acabadas las fiestas y regocijos de las bodas, hablando en secreto con el rey, le dijo cómo los catalanes y aragoneses se querían salir de Sicilia y pasar a Levante, no tanto por el beneficio común de todos ellos como por la quietud y provecho que le resultaría si le dejaban un reino tan trabajado por las guerras pasadas, libre de carga tan molesta y pesada como eran ellos en tiempo de paz; que sus personas las tendría siempre a su devoción, y que cuando importase le vendrían a servir de los últimos fines de la tierra; pero que por entonces le suplicaban facilitase su jornada y les ayudase con su autoridad y fuerzas; paga bien merecida a sus servicios.

Respondió el rey que advirtiesen que la resolución que habían tomado de salir de Sicilia, aunque le estaba bien para su conservación, no para su fama, porque muchos podrían entender que su salida era trazada por su orden para quedar libre de sus obligaciones; y que eran de tal calidad las que él reconocía, que por este medio no se podía librar dellas sin conocida nota de ingrato. Pero si la esperanza de mayores acrecentamientos les llamaba a nuevas empresas, y estaban resueltos, que él les asistiría y ayudaría con sus fuerzas, con que ellos fuesen testigos y publicasen la verdad del hecho; y que primero aventurara el reino y la vida que faltara a la obligación de tan señalados servicios; pero que la estrechez del tiempo, por los excesivos gastos de la guerra, no daba lugar a que el premio igualase a su deseo. Digna respuesta de príncipe tan esclarecido, tanto más de estimar cuanto es más rara en los príncipes la virtud del

agradecimiento y satisfacer grandes servicios, cuando son tales que no se pueden pagar con ordinarias mercedes. Roger estimó, en nombre de todos, tan señalado favor y la honra que les hacía, y fuese luego a dar razón a los capitanes de lo que el rey había respondido; y entendido por ellos, lo celebraron y agradecieron con alabanzas.

Fue don Fadrique uno de los más señalados príncipes de aquella edad, por la grandeza de su ánimo y gloria de sus hechos, cuyo valor deshizo y quebrantó las fuerzas unidas para su ruina, de Italia, Francia y España, y el que a pesar de todos sus competidores quedó con el reino de Sicilia para sí y su posteridad, en quien hoy felizmente se conserva. No pudo suceder a don Fadrique cosa que más le importase para la seguridad y quietud de su nuevo reinado, que librar a su pueblo de las contribuciones y alojamientos de huéspedes tan molestos como suelen ser los soldados mal pagados. Después que las paces y parentesco desterraron la guerra, por mantenella daban los pueblos de Sicilia con mucha liberalidad sus haciendas a los soldados que los defendían y amparaban contra Carlos, a quien temían; pero después que con la paz se les quitó este miedo, comenzaron a sentir la mala vecindad de los soldados y a desavenirse con ellos; disgustos que forzosamente habían de causar daños gravísimos, si la nueva expedición no los atajara.

Capítulo V

Embajada de los nuestros al emperador Andrónico, y su respuesta

Roger y las demás cabezas principales del ejército resolvieron que luego se enviasen dos embajadores al emperador Andrónico a proponelle su servicio. Hiciéronse las instrucciones, asistiendo a ellas, con otros capitanes, Ramón Montaner, uno de los escritores de mayor crédito, que intervino siempre en los consejos y ejecuciones más graves desta expedición. Entregáronse a dos caballeros, cuyos nombres el tiempo y el descuido dejaron envueltos en tinieblas, para que luego partiesen a Constantinopla y diesen su embajada de parte de toda la nación. Llegaron en breves días con una galera reforzada de Roger. Sabida su venida, y con alguna noticia de la embajada que traían, fueron recibidos de Andrónico con agradecido semblante y muestras de mucho amor.

Propuso uno de los dos embajadores, el más antiguo en años, su embajada: que los catalanes y aragoneses, después de hechas las paces entre Carlos, rey de Nápoles, y don Fadrique, rey de Sicilia, a quien ellos servían, determinaron no buscar reposo en su patria, sino acrecentar con nuevos hechos la gloria militar y fama adquirida en las pasadas guerras; que tenían para esto fuerzas bastantes en número y valor, soldados ejercitados por una larga y peligrosa guerra, capitanes conocidos por sus vitorias y nobleza de sangre; que en nombre de todos ellos le ofrecían su ayuda contra los turcos con doblado gusto y afición, por ocupar sus armas en

favor de la casa de los Paleólogos, amigos únicos de la de Aragón cuando sus partes estaban muy caídas, y dilatar su imperio, destruyendo juntamente el de los enemigos del nombre cristiano, que con tanta audacia y orgullo le querían establecer en las provincias usurpadas al imperio griego.

Quedaron los emperadores contentísimos con la no esperada embajada y ofrecimiento de los catalanes, a su parecer tan importante para sus intereses, porque entendieron que aquellos mismos que se les venían a ofrecer eran los que con tanto espanto y temor de toda Italia ganaron y sustentaron el reino de Sicilia. Agradeció con palabras magníficas el gusto con que toda la nación le ofrecía servir, y con el mismo les recibió.

Quiso que luego se platicasen las condiciones con que hablan de militar; y así, los embajadores pidieron, conforme sus instrucciones, el sueldo para la gente de guerra y que a Roger se le diese el título de megaduque y por mujer una de sus nietas, porque quería con tales prendas asegurarse más en su servicio. Andrónico, sin alterar ni mudar cosa de las que le pidieron, las concedió, sin reparar en la calidad y estado de Roger, desigual al de su nieta; pero toda esta desigualdad pudo igualar la reputación de la gente que como general gobernaba, y verse el griego tan oprimido de las armas de los turcos, y poco seguro de la fidelidad de los suyos.

Vivía ciego y desterrado en una aldea de Bitinia Juan Láscar, legítimo sucesor del imperio, y aunque inútil para ocupalle, viviendo él era la posesión de Andrónico tiránica y causa muy justificada para tomar las armas los mal contentos del gobierno presente; y así, lleno de temores y recelos, le fue forzoso valerse de naciones extranjeras para la guerra y defensa de su persona. Recibió en su servicio diez mil masagetas, a quien el vulgo llama alanos, gente bárbara de costumbres, cristianos en la fe más que en las obras. Tenían su morada de la otra parte del Danubio, y reconocían por señores a los scitas de Europa. Enviaron primero al emperador su embajada ofreciendo serville. Nicéforo Gregoras, autor griego de aquellos tiempos, refiere lo mucho que Andrónico la estimó, con estas mismas palabras: «Fuele tan agradable al emperador como si viniera del cielo». Decía que todos los griegos le eran sospechosos y enemigos, y así continuamente procuraba amistades y ligas con los extraños, que ojalá nunca lo hiciera. También recibió en su ejército muchas compañías de turcoples, que dejaron a sultán Azan y se bautizaron. Todas estas ayudas las deseaba Andrónico y las estimaba como grandes; y así la que los nuestros le ofrecían no se puede con palabras encarecer la estimación que hizo della, por ser de gente tan aventajada a las demás que le servían y tan temida en aquellos tiempos. Remitió Andrónico los dos embajadores a Roger, concertado el casamiento, y le llevaron las insignias de megaduque, que es lo mismo que entre nosotros general de la mar; dignidad grande de aquel imperio, pero no de las mayores.

Capítulo VI

Señala sueldo el emperador a la gente de guerra, y hace muchas honras y

mercedes a sus capitán

Señaló Andrónico las pagas según la diferencia de las armas y ocupación: cuatro onzas de plata cada mes a los hombres de armas, a los caballos ligeros dos, y lo mismo a los pilotos y gente de mando de la armada; a los infantes y marineros una onza, y que siempre que llegasen a la costa de alguna provincia del imperio se les diesen cuatro pagas, y cuando quisiesen volver a sus casas, juntos o divididos, se les librasen dos para el viaje.

George Pachimerio, autor griego, cuyos fragmentos ilustran mucho esta relación; aunque enemigo grande de los catalanes, dice que las pagas de los catalanes eran doblado mayores que la de los turcoples y masagetas; con que claramente se muestra la estimación que se hizo de la milicia catalana y aragonesa, pues con tanta excesiva diferencia la aventajaron a todos los que servían en su imperio. De las pagas, entretenimientos y ventajas que ofreció a la nobleza y capitanes, no señalan los historiadores cosa con particularidad; sólo el oficio y dignidad de megaduque en Roger, y el de senescal en Corberán de Alet; de donde sospecho que su gusto era el que limitaba sus pagas y sueldo; porque, según adelante veremos, los generales pedían a su voluntad el dinero, con sólo señalar la cantidad, sin que para esto hubiesen de dar cuenta a los contadores y ministros de la hacienda de Andrónico.

Los embajadores volvieron a Sicilia y hallaron a Roger en Licata, donde aguardaba su vuelta, y sabido el buen despacho que traían, se fue luego a ver con el rey, a darle razón del honroso acogimiento que Andrónico hizo a sus embajadores, y cuán largo andaba en ofrecelles mercedes. Publicóse la jornada, y los capitanes recogieron su gente en Mesina, donde la armada se aprestaba, que en pocos días estuvo en orden para navegar.

Era la armada de treinta y seis velas, y entre ellas había diez y ocho galeras y cuatro naves gruesas, la mayor parte armadas con dinero del rey y de Roger, que para la ejecución desta jornada gastó la hacienda que adquirió en las guerras pasadas, y tomó veinte mil ducados de los genoveses en nombre del emperador Andrónico. Fue mucho menos el número de la gente de lo que se creyó; porque los dos Berengueres, de Entenza y Rocafort, no pudieron juntarse con Roger ni seguirle, porque difirieron su partida para el siguiente año. Berenguer de Entenza esperaba nuevas compañías de gente de Cataluña para acrecentar sus fuerzas y pasar con mayor reputación. Berenguer de Rocafort se detenía en unos castillos de Calabria, y rehusaba el entregarlos al rey Carlos de Nápoles hasta quedar enteramente satisfecho de lo que se le debía por razón de su sueldo.

Roger, aunque la falta destes dos capitanes le pudiera con justa causa detener, por ser una de las más principales partes de su ejército, determinó partirse, y embarcó su gente el día que tenía aplazado. El rey, a más de los navíos y galeras que les dio para su viaje, les mandó proveer de vituallas y bastimentos, y el dinero que pudo un príncipe que del reinar sólo conocía las fatigas y los peligros.

Este fue el premio que se dio a la milicia más invencible y vitoriosa de

aquella edad, y que sirvió por largos veinte años a tres reyes, Pedro, Jaime y Fadrique, alcanzando de sus enemigos cinco vitorias navales, tres en tierra, sin otros encuentros notables, y sin las expugnaciones de fuertes y grandes pueblos, y otros defendidos con loable obstinación y valor increíble. Tal era la moderación de aquellos tiempos, bien diferente de los que hoy tenemos, pues vemos soldados que apenas han visto al enemigo cuando ya juzgan por cortas las mayores mercedes.

Capítulo VII

Parte de Sicilia la armada, y qué gente y milicia fue la de los almugávares

Embarcóse toda la gente en el puerto de Mesina, y antes de salir del Faro se tomó muestra general, y se hallaron, según Montaner, efectivos mil quinientos hombres de cabo para el servicio de la armada, sin los oficiales, y cuatro mil infantes almugávares. Nicéforo Gregoras, autor poco fiel en algunos destos sucesos, dice que Roger pasó sólo mil hombres a Grecia; pero George Pachimerio ya concuerda con Montaner, y afirma que fueron ocho mil los que pasaron. Este, a mi parecer, es el verdadero número; porque seis mil y quinientos soldados de paga es cierto que llegaron hasta el número de ocho mil con los criados y familia de los capitanes y ricoshombres. Y aunque estos dos autores no concordaran, la fe de Nicéforo fuera siempre dudosa; porque a Roger, siendo capitán de solos mil hombres, no me puedo persuadir que Andrónico le hiciera megaduque, y le casara con su nieta sin haber precedido servicios. No parecerá ajeno del intento, pues toda nuestra infantería fue de almugávares, decir algo de su origen.

La antigüedad, madre del olvido, por quien han perecido claros hechos y memorias ilustres, entre otras que nos dejó confusas, ha sido el origen de los almugávares; pero según lo que yo he podido averiguar, fue de aquellas naciones bárbaras que destruyeron el imperio y nombre de los romanos en España, y fundaron el suyo, que largo tiempo conservaron con esplendor y gloria de grande majestad, hasta que los sarracenos en menos de dos años le oprimieron y forzaron a las reliquias deste universal incendio que entre lo más áspero de los montes buscasen su defensa, donde las fieras muertas por su mano les dieron comida y vestido. Pero luego su antiguo valor y esfuerzo, que el regalo y delicias tenían sepultado, con el trabajo y fatiga se restauró, y les hizo dejar las selvas y bosques, y convertir sus armas contra moros, ocupadas antes en dar muerte a fieras. Con la larga costumbre de ir divagando, nunca edificaron casas ni fundaron posesiones; en la campaña y en las fronteras de enemigos tenían su habitación y el sustento de sus personas y familias: despojos de sarracenos, en cuyo daño perpetuamente sacrificaban las vidas, sin otra arte ni oficio más que servir pagados en la guerra, y cuando faltaban las

que sus reyes hacían, con cabezas y caudillos particulares corrían las fronteras, de donde vinieron a llamar los antiguos el ir a las correrías ir en almugavería.

Llevaban consigo hijos y mujeres, testigos de su gloria o afrenta; y como los alemanes en todos tiempos lo han usado, el vestido de pieles de fieras, abarcas y antiparas de lo mismo. Las armas, una red de hierro en la cabeza, a modo de casco, una espada, y un chuzo algo menor de lo que se usa hoy en las compañías de arcabuceros; pero la mayor parte llevaban tres o cuatro dardos arrojadizos. Era tanta la presteza y violencia con que los despedían de sus manos, que atravesaban hombres y caballos armados; cosa al parecer dudosa, si Desclot y Montaner no lo refirieran, autores graves de nuestras historias, adonde largamente se trata de sus hechos, que pueden igualar con los muy celebrados de romanos y griegos.

Carlos, rey de Nápoles, puestos ante su presencia algunos prisioneros almugávares, admirado de la vileza del traje y de las armas, al parecer inútiles contra los cuerpos de hombres y caballos armados, dijo con algún desprecio que si eran aquellos los soldados con que el rey de Aragón pensaba hacer la guerra. Replicóle uno dellos, libre siempre el ánimo para la defensa de su reputación: «Señor, si tan viles, te parecemos y estimas en tan poco nuestro poder, escoge un caballero de los más señalados de tu ejército, con las armas ofensivas y defensivas que quisiere; que yo te ofrezco con sola mi espada y dardo de pelear en campo con él». Carlos, con deseo de castigar la insolencia del almugávar, aplazó el desafío, y quiso asistir y ver la batalla. Salió un francés con su caballo armado de todas piezas, lanza, espada y maza para combatir, y el almugávar con sola su espada y dardo. Apenas entraron en la estacada, cuando le mató el caballo, y queriendo hacer lo mismo de su dueño, la voz del rey le detuvo, y le dio por vencedor y por libre.

Otro almugávar en esta misma guerra, a la lengua del agua, acometido de veinte hombres de armas, mató cinco antes de perder la vida. Otros muchos hechos se pudieran referir si no fuera ajeno de nuestra historia el tratar de otra largamente. La duda que se ofrece sólo es del nombre, si fue de nación o de milicia en sus principios. Tengo por cosa cierta que fue de nación, y para asegurarme más en esta opinión tengo a George Pachimerio, autor griego, cuyos fragmentos dan mucha luz a toda esta historia, que llama a los almugávares descendientes de los avares, compañeros de los hunos y godos; y aunque no se hallará autor que opuestamente lo contradiga, por muchas leyes de las Partidas se colige claramente que el nombre de almugávar era nombre de milicia, y el ser esto verdad no contradice lo primero, porque entrambas cosas pueden haber sido.

En su principio, como Pachimerio dice, fue de nación, pero después, como no ejercitaban los almugávares otra arte ni oficio, vinieron ellos a dar nombre a todos los que servían en aquel modo de milicia, así como muchas artes y ciencias tomaron el nombre de sus inventores. Pero dudo mucho que hubiese quien se agregase a los almugávares, milicia de tanta fatiga y peligros, sin ser de su nación, porque la inclinación natural les hacía seguir la profesión de los padres; ni hay hombre que, pudiendo escoger, siguiese milicia que desde la primera edad se ocupase con tanto riesgo de la vida, descomodidad y continuo trabajo. Nicéforo Gregoras dice que almugávar es nombre que dan a toda su infantería los latinos (así llaman

los griegos a todas las naciones que tienen a su poniente); pero no hay para qué contradecir con razones falsedad tan manifiesta, y más contra un autor tan poco advertido en nuestras cosas como Nicéforo.

Salió la armada de Mesina, y con próspera navegación llegó a Malvasía, puerto de la Morea, donde fueron bien recibidos y ayudados con algún refresco por orden del Emperador. Antes de salir llegaron cartas suyas, en que mandaba a Roger que apresurase la navegación. Partió alegre la gente con el refresco, y en pocos días la armada arribó a Constantinopla, por el mes de enero, indicción segunda, según Pachimerio, con universal regocijo de la ciudad, viendo las armas que les habían de amparar y defender. Andrónico y Miguel, emperadores, y toda la nobleza griega, con mucho amor y muestras de sumo agradecimiento les recibieron y honraron. Mandó luego Andrónico desembarcar toda la gente y que alojase dentro de la ciudad, en el barrio que llamaban de Blanquernas y el siguiente día se repartieron cuatro pagas, como estaba concertado.

Capítulo VIII

Roger se casa. Pelean catalanes y genoveses dentro de Constantinopla

Parecióle al emperador Andrónico que convenía a su seguridad y crédito dar a entender que los ofrecimientos hechos a los nuestros se habían de cumplir con mucha puntualidad, y para que esto se mostrase luego con las obras, dio principio por lo que parecía más difícil, que fue el casamiento de Roger con su sobrina María; con que todos quedaron satisfechos, juzgando por ciertas las demás mercedes, como inferiores y más fáciles de cumplir.

Hiciéronse las bodas con la solemnidad de personas reales, porque el valor de Roger pudo igualar la nobleza de la mujer. Era María hija de Azan, príncipe de los búlgaros, y de Irene, hermana de Andrónico; de quince años de edad, hermosa y por extremo entendida.

Entre el mayor placer y gusto de la boda sucedió un alboroto y pendencia entre catalanes y genoveses, que casi fue batalla muy sangrienta, nacida, como muchas veces acontece, de pequeña causa; y aunque Pachimerio dice que fue sobre la cobranza de los veinte mil ducados que prestaron a Roger en Sicilia, y que por sosegallos ofreció el Emperador de pagallos; pero la más cierta ocasión de la pendencia fue que un almugávar, discurriendo por la ciudad, dio ocasión a dos genoveses, viéndole solo, que burlasen con mucha risa de su traje y figura; pero el ánimo militar del almugávar, mal sufrido en los donaires y motes cortesanos, más osado de manos que de lengua, les acometió con la espada y trabó la pendencia. Acudieron de una y otra parte valedores y amigos, estando ya los ánimos prevenidos y alterados como sospechosos, y con esto las fuerzas de entrambas naciones se encontraron para su total ruina y perdición. Los genoveses sacaron su bandera o guión y acometieron los cuarteles de los almugávares repartidos

en el barrio de Blanquernas. Nuestra caballería, reconociendo el peligro de sus almugávares, dividida en tropas cerró con la gente genovesa mal ordenada. Con esto se dio lugar a que los almugávares saliesen de sus alojamientos y se juntasen para tomar satisfacción de quien tan injustamente los maltrataba. Peleóse de una y otra parte con obstinación, hasta que los genoveses, muerto su capitán Roseo del Final, se fueron retirando con notable pérdida y daño.

Andrónico, de las ventanas de su palacio, atento y con gusto miraba la pendencia, cuando los genoveses levemente fueron maltratados y algunos muertos, y con palabras mostró su ánimo mal afecto contra ellos; pero cuando vio que los almugávares, con su acostumbrado rigor iban degollando cuanto se les ponía delante, temió que todos los genoveses de Constantinopla no muriesen aquel día, cosa peligrosa para su conservación, porque dependía de ellos la paz de su imperio. Tiénese por cierto que Andrónico quisiera sacudirse el yugo de genoveses si pudiera con seguridad; pero era difícil, por tener ellos el poder dividido para que se pudiera oprimir a un tiempo, y si consintiera que los de Constantinopla perecieran, fuera irritar las otras fuerzas que quedaban enteras; y así, con ruegos y promesas pidió a los capitanes que recogiesen y retirasen los suyos, y George Pachimerio refiere que mandó Andrónico a Esteban Marzala, gran drungario y almirante, que fuese a quietar el tumulto y apaciguar las partes, y que fue muerto y despedazado. Finalmente, la presencia y autoridad de Roger y de los otros capitanes pudo tanto, que obedecieron todos, y con mucho peligro les retiraron, porque habían sacado sus banderas con ánimo de acometer a Pera y saquearla, juntando a su venganza su codicia.

Era esta población de genoveses dividida por un estrecho cerco del mar de la ciudad de Constantinopla, llamado de los antiguos Cuerno de Bisancio, y hoy de los turcos y griegos, Galata. Retirados y sosegados los nuestros, les mandó el Emperador, en agradecimiento de su puntual obediencia, librar una paga. Quedaron muertos de los genoveses en la ciudad cerca de tres mil, y aunque lo peor llevaron ellos entonces, fue causa de mayores daños en lo venidero para los nuestros, porque con esto quedó irritada una nación émula y poderosa, que importaba su amistad para conservar nuestras armas en aquel imperio; porque en estos tiempos era grande y temido su poder en todo el oriente. Árbitros de la paz y de la guerra, tenían ilustres colonias y presidios en Grecia, en Ponto, en Palestina; armadas poderosas; poseían muchas riquezas adquiridas con su industria y valor, y absolutamente eran dueños del trato universal de Europa; con que mantenían fuerzas iguales a las de los mayores reyes y repúblicas. Con esto llegaron a ser casi dueños del imperio griego.

En este tiempo, cuando los catalanes llegaron a Constantinopla y reconociendo las fuerzas que traían, les pareció a los genoveses peligrosa la vecindad de sus armas; y así siempre se mantuvo entre estas dos naciones aborrecimiento y enemistad implacable, que duró muchas edades, hasta que el valor de entrambos se fue perdiendo, juntamente con el imperio del mar, y cesó la emulación por cuya causa muchas veces con varia fortuna se combatió.

Capítulo IX

Pasa la armada a la Natolia, y echa la gente en el cabo de Artacio

Con el peligro de la pendencia entre catalanes y genoveses advirtió Andrónico los que pudieran suceder, por tener dentro de la ciudad diferentes y varias naciones armadas y ofendidas, que con menos ocasión que la vez pasada vinieran sin duda a rompimiento. Llamó a nuestros capitanes y les explicó brevemente el gusto que tendría de ver sus armas en el Asia, amparando sus miserables y cristianos pueblos, oprimidos de los turcos, y quitada la ocasión de nuevas pendencias y desórdenes. Roger, con sus capitanes, ofreció que embarcaría su gente luego; pero para que su partida fuese con más gusto, y el ejército quedase satisfecho y seguro de tener en la armada ciertos los socorros y retiradas, le suplicaron nombrase por general della algún caballero o capitán que fuese de su nación, para que dependiese dellos, temiendo que Andrónico diese este cargo a griegos o genoveses, y fuera cosa peligrosa para su seguridad tener el socorro en poder de gente extraña, con quien siempre hay emulación y competencias, ocasión de graves pendencias y daños, y más en los socorros de mar, tan sujetos a las mudanzas del tiempo, que puede la ruindad y malicia de un general retardar el socorro, y hallar razón que disculpe y apruebe lo mal hecho, y atribuyendo al tiempo y a peligros imaginados su tardanza,

Andrónico cumplidamente satisfizo a la demanda, dando el cargo de general de la armada, con título de almirante, a Fernando de Aonés, caballero de conocida sangre y gallardo por su persona, y juntamente quiso que se casase con una parienta suya, para que el nuevo parentesco diese más autoridad a su cargo. El título de almirante en aquel imperio no era tan supremo como lo fue entre nosotros, porque estaba sujeto al megaduque y dél recibía las órdenes. Mandó el emperador que un insigne capitán de romeos, que se llamaba Marulli, hombre de sangre y estado, fuese siguiendo las banderas de Roger con su gente, y George con la mayor parte de los alanos hiciese lo mismo. Embarcose el ejército en los navíos y galeras de su armada, y atravesando el mar de Propóntide, dicho hoy de Mármora, tomaron tierra en el cabo de Artacio, poco más de cien millas lejos de Constantinopla, lugar acomodado para la desembarcación de la caballería. A este cabo llama Montaner Artaquí, y los antiguos Artacio, no lejos de las ruinas de la famosa ciudad de Cízico.

Llegó Roger con la armada, y supo que los turcos aquel mismo día habían querido ganar una muralla o defensa de media milla de largo, puesta en la parte que el cabo se continúa con la tierra firme, y que dejaron el combate, más por la fortaleza del sitio, que por el valor de los que le defendían. Extiéndese este cabo desde esta defensa o muralla algunas leguas dentro del mar, y en él hay muchas poblaciones y abundantes valles y fértiles colinas. Era en los tiempos antiguos isla, pero después se vino a cerrar con las arenas.

Con el aviso cierto que Roger tuvo de que los turcos habían acometido el reparo y defensa del cabo, y que no podían estar muy lejos, dióse prisa a desembarcar la gente, y envió luego a reconocer el campo de los enemigos, y dentro de pocas horas se supo como estaban alojados seis millas lejos, entre dos arroyos, con sus mujeres, hijos y haciendas.

En aquel tiempo los turcos, no olvidados aún de las costumbres de los scitas -de quien se precian suceder- vivían la mayor parte y la más belicosa en la campaña, debajo de tiendas y barracas, mudándose según la variedad del tiempo y comodidades de la tierra. Tenían puesta su mayor fuerza en la caballería, gobernada por capitanes y príncipes de valor, no de sangre, a quien obedecían más por gusto que por obligación. Tenían perpetua guerra con los vecinos, sin orden militar, a imitación de los alárabes que hoy poseen el África. Esta forma de vivir tuvieron desde que dejaron las riberas del río Volga y entraron en la Asia menor, hasta que la vileza de las naciones de la Asia y Grecia les dio crédito y reputación. A las monarquías y naciones sucede lo mismo que a los hombres, que nacen, crecen y mueren. Nació Grecia cuando se defendió de Jerjes, y cuando su valor deshizo el poder de tan numerosos ejércitos y forzó al bárbaro monarca que se retirase vencido y pasase el estrecho del mar del Helesponto en una pequeña barca, que poco antes soberbio y desvanecido humilló con puente. Tuvo su aumento cuando las armas de Alejandro pasaron más allá del Ganges, y los límites y fines inmensos de la misma naturaleza no lo fueron de su ambición. Fue su muerte cuando las armas de los bárbaros, por flojedad de sus príncipes y poca fidelidad de sus capitanes, la pusieron en dura servidumbre.

En este tiempo que Andrónico ocupaba el imperio de Oriente, los turcos se dividieron, y hubo entre ellos algunas guerras civiles; pero por el consejo y autoridad de Orthogules se sosegaron, remitiendo a la suerte sus pretensiones, que, como refiere Gregoras y Chalchondilas, se dividieron por suerte las provincias entre siete capitanes, pretendores todos del gobierno universal. Dio la suerte a Caramano la parte mediterránea de la provincia de Frigia hasta Cilicia y Filadelfia, aunque algún autor quiere que éste no fuese de los siete capitanes, y que sólo reinó en Caria; a Carcano la parte de Frigia que se extiende hasta Esmirna; a Calami y a su hijo, Carasi. La Lidia hasta Misia, Bitinia y las demás provincias junto al monte Olimpo cayeron en la suerte de Otomano, que en aquella edad comenzó a ser temido y a levantar poco después su monarquía, venciendo y sujetando los demás tiranos de las provincias que vamos nombrando, con que quedó absoluto señor y príncipe de todas ellas. La Paflagonia y las demás tierras que caen a la parte del Ponto Euxino las ocuparon los hijos de Amurat. En esta forma hallaron los nuestros repartida el Asia, y a los turcos señores della; que fue grande ayuda para nuestras vitorias el estar sus fuerzas divididas.

Capítulo X

Vencen los catalanes y aragoneses a los turcos

Con el aviso que Roger tuvo de cómo los turcos estaban cerca, temiendo perder tan buena ocasión, si advertidos de la llegada de los nuestros, se previnieran o retiraran, juntó el campo, y en una breve plática les dijo cómo el siguiente día quería dar sobre los alojamientos de los enemigos, fáciles de romper por estar descuidados. Propúsoles la gloria que alcanzarían con vencer, y que de los primeros sucesos nacía el miedo o la confianza, y que, la buena o mala reputación pendía dellos. Mandó que no se perdonase la vida sino a los niños, porque esto causase más temor en los bárbaros, y nuestros soldados peleasen sin alguna esperanza de que vencidos pudiesen quedar con vida. Dispuesto el orden con que se había de marchar, dio fin a la plática. Oyéronle con mucho gusto, y aquella misma noche partieron de sus alojamientos, a tiempo que al amanecer pudiesen acometer a los turcos.

Guiaba Roger con Marulli la vanguardia con la caballería, y llevaba solos dos estandartes, en el uno las armas del emperador Andrónico y en el otro las suyas. Seguía la infantería, hecho un solo escuadrón de toda ella, donde gobernaba Corbarán de Alet, senescal del ejército. Llevaba en la frente solas dos banderas, contra el uso común de nuestros tiempos, que suelen ponerse en medio del escuadrón, como lugar más fuerte y defendido. La una bandera llevaba las armas del rey de Aragón don Jaime, y la otra las del rey de Sicilia don Fadrique; porque entre las condiciones que por parte de los catalanes se propusieron al Emperador, fue de las primeras que siempre les fuese lícito llevar por guía el nombre y blasón de sus príncipes, porque querían que adonde llegasen sus armas llegase la memoria y autoridad de sus reyes, y porque las armas de Aragón las tenían por invencibles. De donde se puede conocer el grande amor y veneración que los catalanes y aragoneses tenían a sus reyes, pues aun sirviendo a príncipes extraños y en provincias tan apartadas, conservaron su memoria y militaron debajo della; fidelidad notable, no sólo conocida en este caso, pero en todos los tiempos; porque no se vio de nosotros príncipe desamparado, por malo y cruel que fuese, y quisimos más sufrir su rigor y aspereza que entregarnos a nuevo señor. No fue llamado el hermano bastardo, ni excluido el rey natural; no fue preferido el segundo al primogénito: siempre seguimos el orden que el cielo y la naturaleza dispuso; ni se alteró por particular aborrecimiento o afición, con no haber apenas reino donde no se hayan visto estos trueques y mudanzas.

Pasaron los nuestros a media noche la muralla o reparo que divide el cabo de tierra firme, y al amanecer se hallaron sobre los turcos, que como en parte segura, y a su parecer lejos de enemigos, estaban sin centinelas, reposando dentro de sus tiendas con descuido y sueño. Cerró Roger y Marulli con la caballería, metiéndose por las tiendas y flacos reparos que tenían, con grande ánimo. Siguiéronle los almugávares con el mismo, dando un sangriento y dichoso principio a la nueva guerra. Los turcos a quien la furia y rigor de nuestras espadas no pudo oprimir en el sueño, al ruido de las armas y voces despertaron, y con la turbación y miedo que semejantes asaltos suelen causar en los acometidos, tomaron las armas para su defensa; pero fueron pocos, divididos y desarmados; con que su resistencia

fue inútil y sin provecho contra el esfuerzo y gallardía de nuestra gente, que ya lo ocupaba todo. Pelearon los turcos con desesperación, viendo a sus ojos despedazar y degollar a sus más caras prendas, de gente que ni aun por el nombre conocían.

Alcanzóse cumplidísima vitoria, dejando en el campo muertos de los turcos tres mil caballos y diez mil infantes. Los que quedaron vivos fueron los que, reconociendo con tiempo el desorden y pérdida, y que los catalanes eran impenetrables a los golpes de sus dardos, se pusieron en seguro con la huida; y el querer muchos hacer lo mismo después, les causó más presto la muerte, porque ocupados en retirar sus hijos y mujeres, dejaban la batalla, y luego perecían. La presa fue grande, y los niños cautivos muchos. Refiere Nicéforo, griego de nación y enemigo declarado de la nuestra, el espanto y terror que causó en los turcos este primer acometimiento con estas mismas palabras: «Como los turcos vieron el ímpetu feroz de los latinos -que así llama a los catalanes-, su valor, su disciplina militar y sus lucidas y fuertes armas, atónitos y espantados huyeron, no sólo lejos de la ciudad de Constantinopla, pero más adentro de los antiguos límites de su imperio.» Nuestra gente siguió el alcance poco rato, por no tener la tierra conocida, y volvieron aquella misma noche al cabo, por tener el alojamiento reconocido y seguro.

Capítulo XI

Retírase el ejército, para invernar en el cabo de Artacio, a sus alojamientos

Dieron aviso al emperador del buen suceso de su vitoria, enviando cuatro galeras con riquísimos presentes para entrambos príncipes, Andrónico y Miguel, y en nombre de los soldados se envió a María, mujer del megaduque Roger, lo más precioso y rico de la presa. Causó notable admiración entre los griegos la brevedad con que se alcanzó tan señalada vitoria, y el pueblo la celebró con alabanzas, libre del temor de los turcos, que insolentes con las vitorias alcanzadas de los griegos de la otra parte del estrecho, amenazaban la ciudad con los alfanjes desnudos; pero casi toda la nobleza, que como fuera justo debiera mostrarse más agradecida a tan grande beneficio, manifestó el veneno de sus ánimos, que la invidia de la ajena felicidad no dio lugar a que se pudiese más encubrir. Los privados de Andrónico, y las personas de mayor estimación de su nación comenzaron a temer nuestras fuerzas, juzgándolas por superiores a las que ellos tenían, y que dentro de casa tanto poder en manos de extranjeros era cosa peligrosa. Estas pláticas y discursos las alentaba el emperador Miguel, incitado de un oculto sentimiento que causó en su ánimo la vitoria, porque algunos meses antes había pasado el estrecho con un ejército poderosísimo, y por miedo de los turcos o poca seguridad de los suyos se retiró, con gran pérdida de su reputación, sin trabar ni aun una pequeña escaramuza

con el enemigo; y como los catalanes, siendo tan pocos, vencieron a los que él no se atrevió a acometer con tan excesivo número de gente, desto nació su corrimiento, y dél un grande aborrecimiento y deseo de nuestra perdición. Los príncipes sienten mucho que haya quien se les iguale en valor, y aun en la dicha aborrecen a quien se les aventaja, porque el poder no sufre virtud y partes aventajadas en ajeno sujeto, y más cuando en su competencia sucede el aventajarse. Si una baja y vil emulación de un príncipe en hacer versos causó la muerte a Lucano, ¿cuánto mayor fuera si de valor y fortuna se compitiera? Y así, no se debe tener por capitán cuerdo el que intenta una empresa errada por su príncipe, si ya no quiere competir con él del imperio.

Con el buen suceso que tuvieron, no trataron de pasar adelante ni seguir la vitoria; cosa que les hizo perder reputación, y fue ocasión de hacer muchos excesos en aquella comarca, que irritaron gravemente el ánimo de los naturales y griegos. Cuando quisieron entrar la tierra adentro, comenzó el primer día de noviembre a entrar con tanto rigor el invierno, con vientos fríos y agua, que les detuvo. Los ríos por sus crecientes sin poderse vadear, la campaña estéril llena de enemigos, los caminos difíciles por donde se había de marchar para socorrer a Filadelfia, eran causas bastantes para diferir cualquier empresa. Roger, con el parecer y consejo de sus capitanes, se resolvió de invernarse en Cízico, lugar acomodado por la fortaleza del sitio y abundancia de las vituallas, y porque el año siguiente fuese menos embarazosa la salida que si hubieran de partir de Grecia y embarcar y desembarcar la caballería tantas veces, cosa de suyo tan molesta.

Dieron luego aviso al Emperador de esta resolución, y aprobóla con mucho gusto, porque era lo que más le convenía, por tener el ejército alojado en la frente del enemigo, y apartado de Constantinopla y de los demás pueblos griegos, donde no faltaran quejas y pesadumbres, aunque cerca de tres meses anduvieron alojados por Asia sin efecto, trabajando la tierra con insoportables contribuciones. Mandó Andrónico que con mucha diligencia se llevasen por mar las vituallas que no se hallaban en el cabo; con que pasaron los nuestros un invierno muy apacible. El megaduque Roger envió con cuatro galeras por su mujer María.

El orden que se tuvo en los cuarteles para excusar pendencies entre los soldados y sus huéspedes fue el siguiente: Los soldados nombraron seis de su parte, y los de la tierra otros tantos, para que de común parecer y acuerdo se pusiese precio a las vituallas; porque encareciéndose más de lo justo, fuera gran descomodidad para los soldados, y dándose a precio muy bajo, no resultase en notable daño de los huéspedes, a más de que faltara el comercio y provisión ordinaria, que acudía de todas partes con abundancia. Ordenóse a Fernando Aonés, almirante, que con la armada fuese a invernarse a la isla del Xio, puerto seguro y vecino de las costas enemigas. Es el Xio isla de las más señaladas del mar Egeo, por nacer en ella sola el almaste, cosa que negó naturaleza a las demás partes de la tierra.

Capítulo XII

Ferrán Jiménez de Arenós se aparta de los suyos

Concertadas en la forma dicha las cosas de mar y tierra, se pasaba el invierno con sosiego y mucha conformidad; pero luego nuestras fuerzas se fueron enflaqueciendo con algunas divisiones y discordias civiles. Ferrán Jiménez de Arenós, caballero de gran linaje y buen soldado, se desavino con Roger sobre el gobierno de sus gentes; y pareciéndole desigual la competencia, se apartó del ejército con los suyos; y volviéndose a Sicilia, pasando por Atenas, se quedó a servir a su duque, que le recibió agradecido y honró con cargos militares, en cuyo servicio se detuvo hasta que la necesidad de sus amigos en Galípoli le llamó, y volvió a juntarse con ellos, aventurando, como buen caballero, la libertad y la vida.

Pachimerio dice que la ocasión de apartarse Ferrán Jiménez de Roger fue porque muchas veces le advirtió que reprimiese y castigase los soldados, y como vio que en esto no andaba como debía, se apartó de su compañía con los que le quisieron seguir. ¡Notable fuerza de inclinación, que apenas se apartaba el peligro de las armas extranjeras, cuando ya las competencias y guerras civiles se encendían entre ellos!

En abriendo el tiempo, el megaduque Roger y su mujer María se fueron a Constantinopla con cuatro galeras, a tratar con el emperador de la jornada, y a pedirle dinero para hacer pagamento general antes que el ejército saliese en campaña. Miguel estaba en Constantinopla, y queriendo Roger visitalle y dalle razón de lo que se pensaba hacer aquel año, no le dio lugar, porque se tenía por ofendido del mal tratamiento que había hecho a los de Cízico, sus vasallos. Esto dice Pachimerio. Lo cierto es que Roger alcanzó de Andrónico el dinero con tanta largueza, que pudo dar dobladas pagas: liberalidad grande, si la falta de hacienda y dinero con que se hallaba permitiera que se le pudiera dar este a nombre. Tiénese por virtud heroica en un príncipe la liberalidad, si en ella concurren dos calidades: tener que dar, y que lo merezca a quien se da; y cualquiera de estas dos que falte no es liberalidad, sino injusticia; y así, aunque Andrónico repartió las mercedes en personas de grandes merecimientos, como le faltó la primera calidad, que es tener que dar, túvose por muy excesivo este donativo, y por yerro muy grave, porque estaba el fisco y cámara imperial tan destruida, que no podía acudir a las pagas ordinarias ni a otros gastos forzosos del imperio. No hay cosa más perniciosa que el dinero recogido para la defensa común desperdiciarle en gastos voluntarios, y cuando la necesidad aprieta acudir a nuevas imposiciones y pechos, dando por razón y causa justa el aprieto y la falta que nace de sus excesos y demasías. Las imposiciones son justas cuando es forzosa la necesidad que obliga a ponerlas; pero cuando el príncipe consume la hacienda con dádivas o gastos impertinentes y excesivos, ninguna justificación pueden tener, pues sólo proceden de sus desórdenes o descuidos.

Trataron Roger y el emperador de cómo se había de hacer la guerra aquel año, y Andrónico sólo le encargó el socorro de Filadelfia; lo demás dejó

al arbitrio de los demás capitanes y suyo, porque desde lejos y antes de las ocasiones mal se puede ordenar lo que conviene, ni tomar parecer cierto en cosas tan inciertas y varias como se ofrecen en una guerra. Dejó Roger a su mujer María en Constantinopla, y navegó con sus cuatro galeras la vuelta del cabo el primer día de marzo del año mil trecientos y tres. Luego que llegó se pasaron las cuentas con los huéspedes, tomóse muestra general, y se halló que los soldados en poco más de cuatro meses -que fue el tiempo que invernaron- habían gastado las pagas de ocho, y algunos de un año. Sintió Roger el exceso y desorden de los soldados, que como capitán prudente y plático, conoció el mal, aunque como dependía su autoridad del arbitrio de los soldados, no se atrevió a poner el remedio que convenía, porque no se disminuyese o perdiese. Mal puede un capitán conservar un ejército con puntual y estrecha obediencia si el poder y fuerzas con que los ha de castigar le dan ellos mismos, de que nace la insolencia y libertad.

Roger, conociendo el tiempo, satisfizo los huéspedes, pagando todo lo que habían gastado en mantener los soldados, y no quiso se les descontase de su sueldo; y así les quedó libre el dinero de las cuatro pagas, que luego les dio, y tomando Roger sus libros de las raciones y cuentas, donde constaba de los gastos excesivos que los soldados habían hecho, los quemó en la plaza pública de Cízico; con que quedaron todos obligados y agradecidos a su liberalidad. Los autores griegos dicen que Cízico y toda su comarca quedó destruida por las crueldades y robos de los catalanes, y que temiendo el emperador Andrónico que Roger no alargase el salir en campaña por la mala disciplina y poca obediencia de los soldados, envió su hermana a los últimos de marzo a Cízico para que exhortase a Roger, su yerno, saliese con el ejército, pues el tiempo y la ocasión convidaban a la guerra, y los soldados recién pagados saliesen con más gusto.

Capítulo XIII

Parte el ejército a socorrer a Filadelfia, y vencen a Caramano, turco, general de los que la tenían sitiada

El deseo que tenía Roger de salir en campaña, ayudado de la persuasión de su suegra, hizo que luego se pusiese en ejecución la salida, y así se señaló para los nueve de abril. Estando apercibiéndose ya todos para el viaje, dos masagetas o alanos, esperando en un molino que les moliesen un trigo, llegaron algunos almugávares a tratar con descompostura una mujer que estaba dentro a tomar la harina; salieron a la defensa los alanos, y entre otras razones que dieron contra Roger, su capitán, fue decir que si les daban tales ocasiones, harían del megaduque Roger lo que hicieron del Gran Doméstico. Este fue Alejos Raúl, que en una fiesta militar le mataron éstos a traición, de un flechazo. Refirieron estas palabras a Roger, y por su mandado o consentimiento, aquella misma noche los almugávares dieron

sobre los alanos, y si la escuridad de la noche y el cuidado de los vecinos no les defendiera, los degollaran todos. Murieron muchos, y entre ellos un mozo valiente, hijo de George, cabeza de los alanos. A la mañana volvieron a toparse, y quedaron los catalanes superiores, habiendo muerto más de trecientos alanos; y si no se temiera a los vecinos de Cízico, a quien por los malos tratamientos tenían irritados, que no tomasen las armas y se pusiesen de parte de los alanos, los hubieran sin duda degollado todos.

Por este caso se apartó la mayor parte de los alanos del ejército de Roger; sólo quedaron con él hasta mil, que con promesas y ruegos los detuvieron. Roger quiso con dinero aplacar al padre por la muerte del hijo; pero George menospreció el dinero, y al agravio del hijo muerto se añadió la afrenta del ofrecimiento; con que el bárbaro quedó irritado, aunque encubrió la ofensa para mayor venganza.

Este suceso alargó la partida hasta los primeros de mayo, que salieron de Cízico seis mil con nombre de catalanes, mil alanos y las compañías de romeos debajo del gobierno de Marulli; pero todos sujetos y a orden de Roger. Iba también Nastago, gran primiserio. Llegaron con estas fuerzas a Anchirao, y de allí con gran valor y confianza, que así lo dice Pachimerio, fueron a sitiar a Germe, lugar fuerte donde los turcos estaban; y entendida por ellos la resolución, con sola la fama de su venida dejaron el lugar y se retiraron; pero no pudo ser esto tan a tiempo, que su retaguarda no fuese gravemente ofendida de los catalanes. De allí pasaron a otro lugar que la historia de Pachimerio no le nombra; sólo dice que estaba dentro para su defensa Sausi Crisanislao, famoso soldado y capitán de búlgaros, a quien mandó ahorcar con doce de sus soldados los más principales, sin decir con certeza la ocasión deste castigo; sólo se presume que habrían defendido mal algún lugar que estaba a su cargo, o entregado alguna fortaleza; y queriendo Sausi disculparse, atravesó razones con Roger, que le movieron a meter mano a la espada y herirle, y después fue entregado a los que le habían de ahorcar. Los capitanes griegos detuvieron la ejecución y alcanzaron de Roger el perdón, porque le advirtieron el disgusto que tendría el emperador Andrónico si castigase un hombre de tanta calidad y tan buen baldado sin habelle dado razón. Era Crisanislao uno de los capitanes búlgaros que prendió Miguel, padre de Andrónico, en la guerra de la Chana; y detenido gran tiempo en prisión, fue puesto en libertad por Andrónico, y honrado en cargos militares y en gobiernos de provincias, y entonces se hallaba en esta parte de Frigia, ocupado en servicio del emperador.

Luego de allí pasó el ejército a Geliana, camino de Filadelfia, donde le llegó aviso a Roger de algunos lugares fuertes que ocupaban los turcos, significándole la violencia que padecían, y por carta le suplicaban les ayudase, pues eran romeos que se dieron a la fuerza del tiempo, y que se querían levantar contra los enemigos. Roger les respondió que estuviesen de buen ánimo, que él les socorrería. Con esto pasó adelante a meter el socorro en Filadelfia, que era el principal intento que llevaban. Caramano Alisurio, que la tenía sitiada, cuyo gobierno se extendía por esta provincia, con el aviso que tuvo de la venida del ejército de los catalanes, levantó el sitio con la mayor parte de su ejército, y caminó la vuelta dellos, con deseo de vengar la rota del año antes que los catalanes

dieron a sus compañeros. Esto pareció que le convenía, y no aguardallos sobre Filadelfia, ciudad grande y con gente armada, que animada del ejército amigo, saldría a pelear. Dejó algunos fuertes guarnecidos, con que le pareció que los de la ciudad no intentarían el salir; pero dos millas lejos, al amanecer se reconocieron de una y otra parte y se pusieron en orden para pelear. El ejército de los turcos llegaba a ocho mil caballos y doce mil infantes, caramanos todos, los más valientes y temidos de toda la nación, superiores en número a los nuestros, pero muy inferiores en el valor, en la disciplina, en la ordenanza militar y en las armas ofensivas y defensivas; sólo había igualdad en el ánimo y deseo de pelear.

Roger dividió en tres tropas su caballería: alanos, romeos y catalanes; y Corbarán de Alet, a cuyo cargo estaba la infantería, la dividió en otros tantos escuadrones; y hecha señal de acometer, se embistieron con gallardo ánimo y bizarría. Trabóse la batalla muy sangrienta para los turcos, porque los catalanes, más pláticos en herir, y más seguros por las armas de ser ofendidos, hacían gran daño en ellos con muy poco suyo. Junto a los conductos de la ciudad fue donde más reciamente se embistieron. Pero los turcos, valientes y atrevidos, no dejaban por todos los caminos que podían de ofender a los nuestros y poner en duda la vitoria, que hasta el medio día anduvo varia; pero el valor acostumbrado de los catalanes la hizo declarar por su parte, con notable daño de los turcos. Escapáronse huyendo hasta mil caballos, de ocho mil que entraron en la batalla, y solos quinientos infantes, y Caramano Alisurio se retiró herido. De los nuestros perecieron ochenta caballos y cien infantes. Rehechos sus escuadrones, pasaron la vuelta de Filadelfia, siguiendo lentamente al enemigo, y temiendo alguna gran emboscada de sus copiosos ejércitos. Los turcos de los fuertes, sabida la rota, los desempararon, y fueron siguiendo su capitán vencido. Fue la presa y lo que se ganó en esta batalla, según Montaner, de mucha consideración.

Con esta vitoria comenzaron a levantar cabeza las ciudades de Asia, viendo que los nuestros habían dado principio a su libertad, que los turcos tenían tan oprimida. Llegó esta opresión a tanto extremo, que les quitaban las mujeres y los hijos para instruilles en su seta. Profanaban los templos y monasterios tan antiguos, donde había depositados tantos cuerpos de santos, y grande memoria de nuestra primitiva Iglesia, que tanto floreció en aquellas provincias; trocando el verdadero culto en falsa y abominable adoración de su profeta. Pero como por los justos juicios de Dios estaba ya determinada la destrucción y servidumbre de todo aquel imperio y nación, fue de poco provecho para alcanzar entera libertad todo lo que los nuestros hicieron; antes parece que se confirmó con esto su perdición, pues cuando los grandes remedios no curan la dolencia por que se dan, es casi cierta la muerte. Nuestros capitanes se detuvieron antes de entrar en Filadelfia, reconociendo algunos lugares vecinos, adonde se pudieron haber retirado y rehecho; pero todo lo hallaron libre de los turcos, a quien el miedo hizo alargar muchas leguas.

Capítulo XIV

Entra en Filadelfia el ejército vitorioso. Gánanse algunos fuertes que el enemigo tenía cerca de la ciudad, y dan segunda rota a los turcos junto a Tiria

Libres los de Filadelfia del sitio, que tan apretados les tuvo, por el valor de las armas de los catalanes, salieron a recibir el ejército los magistrados y el pueblo, con Teolepto, su obispo, varón de rara santidad, y por cuyas oraciones se defendió Filadelfia más que por las armas del ejército que la guardaba. Entraron las tropas de nuestra caballería primero, con los estandartes vencidos y ganados de los turcos. Seguían después el carruaje lleno de los despojos enemigos, y gran número de mujeres y niños cautivos, y algunos mozos reservados para el triunfo desta entrada. Las compañías de infantería eran las últimas, y en medio dellas las banderas y los capitanes más señalados, con lucidísimas armas y caballos, que como cosa nunca vista de los del Asia, les causó grande admiración. No hubo en aquella entrada soldado, por particular que fuese, que no vistiese seda o grana, aunque en aquel tiempo los turcos no usaban trajes costosos; pero entre los despojos de los griegos habían alcanzado gran cantidad de ropa y vestidos de mucho precio, que en esta vitoria se cobraron.

Detuviéronse quince días en la ciudad, entretenidos con las fiestas y regocijos que se les hicieron; porque fue cosa notable el amor y el respeto con que los trataron los naturales, como quien reconocía dellos la libertad y la vida, que tan aventuradas las tuvieron. La necesidad siempre es agradecida, pero como con el beneficio que recibe, se acaba.

Roger salió de Filadelfia a poner en libertad a algunos pueblos de que estaban apoderados los turcos, y entre otros a Culla, algunas leguas más adelante hacia el levante de la ciudad; pero sabida la retirada y huida de su ejército, se retiraron los turcos. Los naturales los recibieron abiertas las puertas, como quien escapaba de tan dura servidumbre; pareciéndoles que con esto alcanzarían perdón de haberse entregado antes fácilmente a los turcos. Roger perdonó la multitud del pueblo, pero castigó gravemente a muchos. Cortó la cabeza al gobernador, y al más principal viejo del regimiento condenó a la horca. Estuvo un rato pendiente della sin morir, y atribuyéndolo a milagro, cortaron la soga los que estaban presentes, y le libraron.

Volvió el ejército a Filadelfia, y según Pachimerio dice, Roger recogió muchos ducados y se hizo contribuir más de lo que debiera, por sentirse ya en la ciudad la falta de bastimentos, por ser muy populosa de suyo y tener dentro el ejército, después de haber padecido un largo sitio, que fue tan apretado, que una cabeza de jumento se vendió por un precio increíble. Nastogo, duque y primiserio del imperio, que militaba en este ejército con Roger, se apartó dél y se fue a Constantinopla, porque no podía ver, como griego, maltratar a los naturales y las demasías que Roger hacía con ellos; y así, llegado a Constantinopla, quiso que el emperador le oyese; y como esto se le negó por los deudos y amigos de la mujer del megaduque, a

lo que yo puedo entender, se fue al patriarca, y por su medio el emperador dio oídos a las quejas que traía contra Roger, de que se encendió en el palacio una gran discordia entre los amigos y émulos del megaduque. Pareció a los capitanes del ejército que convenía echar primero al enemigo de las provincias marítimas, porque no quedase poderoso a las espaldas, y porque la vecindad de su armada les diese más fuerzas y seguridad. Con esta determinación partieron luego de Filadelfia para Niza, ciudad de Licia, y de allí a Magnesia, la que está en la ribera del río Meandro, donde apenas llegó Roger, cuando dos ciudadanos de Tiria vinieron a pedirle socorro, diciendo que la ciudad no estaba bastante fortificada que pudiese defenderse de los terribles asaltos del enemigo, y que si el socorro se tardaba, era cierto el perderse; que los turcos con poco cuidado se podían coger a tiempo que estuviesen derramados por aquellas vegas, y hacer alguna buena suerte, con grande honra del ejército y provecho suyo; que en llegando la noche se retiraban a los bosques, y salido el sol volvían a talar y destruir la campaña. Roger, con la mayor presteza y diligencia que pudo, tomó la gente más desembarazada y suelta, y fue la vuelta de Tiria para meterse dentro della antes del día. Llegó a tan buen tiempo, que los turcos ni le pudieron descubrir ni sentir, habiendo caminado treinta y siete millas en diez y siete horas.

Vino la mañana, y los turcos comenzaron a bajar a la llanura y llegarse a la ciudad, y ya estaban cerca de las puertas para hacer sus acostumbrados acometimientos, cuando Corbarán de Alet, senescal, salió a rebatillos con ducientos caballos y mil infantes. Cargó sobre ellos con tanta gallardía, que les rompió y degolló la mayor parte; pero la que quedaba entera, en reconociendo a los nuestros, se fue retirando hacia la aspereza de la montaña. Corbarán les siguió con parte de la caballería; pero como los caballos de los turcos estaban desembarazados, y los nuestros cargados con el peso de las armas, llegaron a la falda del monte a tiempo que los turcos, temerosos y cuidadosos sólo de sus vidas, habían dejado los caballos y mejorádose de puesto, porque tomaron los altos, de donde mejor se podían guardar y ofender, impidiendo la subida a sus enemigos. El senescal, con mejor ánimo que consejo, mandó que se apeasen los suyos, y él hizo lo mismo, y acometió segunda vez a los turcos; pero como ellos estaban en lo alto y tenían algunos reparos, con piedras y flechazos defendían la subida, y tiraban golpes más seguros y ciertos a los que más se señalaban. Corbarán, como valiente y esforzado caballero, era de los que más les apretaban por su persona, y para subir con más ligereza y andar más suelto se quitó las armas y después el morrión, ocasión de su muerte, porque le dieron un flechazo en la cabeza, de que luego murió; con cuya pérdida los demás se retiraron.

Con la muerte de tal capitán trocóse la vitoria deste día en tristeza y sentimiento; porque perder una buena cabeza suele causar algunas veces inconvenientes y daños de mayor consideración que no lo es el provecho que resulta de la vitoria que se adquiere con su muerte. Sintiólo Roger mucho, que le tenía concertado de casar con una hija suya y puesta en su persona su mayor esperanza. Perdió la vida Corbarán con más honroso fin que los demás capitanes, porque cayó con la espada en la mano y en la misma vitoria, y no por manos de traidores, como otros compañeros suyos. Es corto el discurso de los hombres, que se tiene por gran desdicha lo que se

podiera contar entre los prósperos sucesos de la vida. Prevínole a Corbarán una muerte honrada a otra cruel y afrentosa, pues corriera, como es de creer, el mismo riesgo que los demás capitanes. Enterráronle en un templo dos leguas de Tiria, adonde dice Montaner que estaba el cuerpo de San Jorge. Hiciéronle compañía diez cristianos, que solos murieron en aquel encuentro. Levantáronle un sepulcro de mármol, y honráronle con grandes obsequias, pues sólo para cumplir con su memoria se detuvieron ocho días.

De Tiria despacharon orden a su armada, que estaba en la isla del Xio, para que lo más presto que pudiese pasase a tierra firme de la Asia, y que se detuviese en Ania, aguardando segundo orden.

Capítulo XV

Llega Berenguer de Rocafort con su gente a Constantinopla, y por orden del emperador se junta con Roger en Éfeso

Llegó de Sicilia Berenguer de Rocafort por este tiempo a Constantinopla con algunos bajeles y dos galeras, y con docientos hombres de a caballo y mil almugávares, habiendo cobrado ya del rey Carlos el dinero que le debía, y restituido los castillos de Calabria, que estaban en su poder. Mándole luego Andrónico que, navegando la vuelta de la Asia, procurase juntar sus fuerzas con las de Roger; y así, con mucha brevedad llegó al Xio, adonde halló a Fernando Aonés de partida, y juntos llegaron a Ania, de donde avisaron a Roger con dos caballos ligeros de la venida de Rocafort con los suyos. Llegó esta nueva antes de salir de Tiria, y causó generalmente en todo el campo grandísimo contento, así por la gente que Rocafort traía, que era mucha y escogida, como por la opinión que tenía de muy valiente y esforzado capitán. Envió luego Roger a visitarle con Ramón Montaner, y con orden de que se partiese luego de Ania y viniese a Éfeso, dicha por otro nombre Altobosco.

Partió Montaner con una tropa de hasta veinte caballos y con alguna gente plática para que le guiasen por caminos desviados, por no encontrarse con los turcos, que ordinariamente corrían la tierra y salteaban los caminos más pasajeros. Valióle a Montaner poco esta diligencia y cuidado, porque muchas veces hubo de abrir camino con la espada: llegó al fin a la ciudad de Ania libre destes peligros. Dio a Rocafort la bienvenida de parte de los suyos, y le dijo lo que Roger ordenaba acerca de su partida. Rocafort obedeció, y dejando para la guarnición de la armada quinientos almugávares, con lo restante de la gente tomó el camino de Éfeso, adonde llegó, acompañado de Montaner, dentro de dos días.

Esta ciudad es una de las más señaladas de toda el Asia por su famoso templo dedicado a la diosa Diana. Fue no solamente reverenciada de los romanos, pero de los persas y macedones, que tuvieron antes el imperio, y todos conservaron sus inmunidades y derechos, sin que se mudasen jamás

mudándose los imperios: tanto era el respeto con que veneraban los antiguos las cosas que se persuadían que tenían algo de divinidad y religión. Pero el mayor título que esta ciudad tiene para ser famosa y celebrada es haber puesto en ella el apóstol y evangelista san Juan los primeros fundamentos de la fe. De este santo referiré lo que Montaner escribe, que por referirlo en esta misma historia no parece ajeno de la nuestra.

Dicen que en esta ciudad de Éfeso está el sepulcro donde san Juan se encerró cuando desapareció de los mortales, y que poco después vieron levantar una nube en semejanza de fuego, y que creyeron que en ella fue arrebatado su cuerpo, porque después no pareció. La verdad desto no tiene otro fundamento mayor que la tradición de aquella gente, referida por Montaner. El día antes de san Juan, cuando se dicen las vísperas del Santo, sale un maná por nueve agujeros de un mármol que está sobre el sepulcro, y dura hasta el poner del sol del otro día, y es en tanta cantidad, que sube un palmo sobre la piedra, que tiene doce de largo y cinco de ancho. Curaba este maná de muchas y graves dolencias, que con particularidad las refiere Montaner.

Después de cuatro días que Rocafort y Montaner llegaron a Éfeso, entró también Roger con todo el ejército. Alegráronse todos de ver a Rocafort, amigo y compañero en todas las guerras de Sicilia, por el socorro que les traía, que hallándose lejos y en tierras enemigas, fue de grande importancia, y aumentó mucho las fuerzas de los aragoneses. Diósele luego el oficio de senescal, que vacó por muerte de Corbarán, y para que en todo le sucediese, le dio Roger su hija por mujer, habiendo sido primero concertada con Corbarán; porque con este nuevo parentesco aseguraba Roger la condición y aspereza de Rocafort, aparejada para intentar cosas nuevas. Dióle cien caballos para la gente que traía, con armas de a caballo y cuatro pagas. En Éfeso dice Pachimerio que Roger y los catalanes hicieron notables crueldades para sacar dinero, cortando miembros, atormentando, degollando los desdichados griegos, y que en Metellin un hombre rico y principal, llamado Macrami, fue degollado porque prontamente no quiso dar cinco mil escudos que le pidieron: licencia militar y atrevimiento ordinario en gente de guerra mal disciplinada.

Roger, todo el dinero, caballos y armas que recogió de las contribuciones de las ciudades vecinas, envió a Magnesia con una buena escolta; porque en esta ciudad, como la más fuerte de aquellas provincias, determinó poner su asiento para invernar. De Éfeso se fueron todos juntos a la ciudad de Ania, adonde estaba Fernando Aonés con la armada. Hiciéronles un grande recibimiento a Roger y a Rocafort los soldados que se hallaban en Ania, saliéndoles a recibir con grande alegría y regocijo; porque ya les parecía que juntos eran bastantes a recuperar el Asia, echando della a los turcos. Roger agradeció y satisfizo este buen recibimiento, dando una paga a todos los soldados de la armada; y porque Tiria quedaba desarmada y sin defensa, determinaron que se enviase alguna gente para su seguridad. Fue Diego de Orós, hidalgo aragonés, buen soldado, con treinta caballos y cien infantes, porque con esto les parecía que quedaría en defensa la ciudad y su comarca, fiando más en la reputación de sus armas que en el número de la gente; que muchas veces alcanza la reputación lo que no pueden las fuerzas.

Capítulo XVI

Reprimen los nuestros el atrevimiento de Sarcano, turco. Llegan nuestras banderas a los confines de la Natolia y reino de Armenia

Tuvieron nuestros capitanes consejo del camino que tomarían, y concordaron todos en que volviesen otra vez hacia las provincias orientales, y pasados los montes, entrasen en Pánfila, adonde les pareció que estarían las mayores fuerzas de los turcos y habría ocasión de venir con ellos a batalla; que este fue siempre el intento principal que se llevaba; porque siendo nuestro ejército tan pequeño, no se podía hacer la guerra a lo largo y ocupar ciudades y lugares, habiendo de dejar en ellas guarnición, porque era dividir y deshacer sus fuerzas; y así, pareció siempre acertado caminar la vuelta de los turcos y pelear con ellos. Pero en tanto que se trataba de poner en ejecución la salida, Sarcano, turco, con saber que el ejército de los catalanes estaba dentro de la ciudad, se atrevió a correr su vega, llevando a sangre y fuego cuanto se le puso delante. Pagó presto su atrevimiento y locura; porque salieron los nuestros sin aguardar orden ni esperar los capitanes -tanto les ofendía la osadía deste bárbaro- y dieron con tanta prestez sobre él y los suyos, que aunque luego quiso retirarse, no pudo sin mucho daño, porque se halló tan empeñado, que hubo de pelear para huir. Siguieron los nuestros el alcance hasta la noche, y volvieron a la ciudad con nuevos bríos, dejando muertos en la campaña de los enemigos mil caballos y dos mil infantes: cosa apenas creída de los que quedaron dentro de la ciudad, porque la salida fue muy tarde y con mucho desorden.

Roger y los demás capitanes, considerando cuán dañosa les pudiera ser la detención si los soldados advirtieran el peligro de la jornada y camino que intentaban, con el gusto de la vitoria pasada, quisieron que dentro de seis días marchase el campo. Partieron de Ania, y atravesaron la provincia de Caria y todo aquel inmenso espacio de provincias que están entre la Armenia y el mar Egeo, sin que hubiese enemigo que se les opusiese. Marchaba el campo, según la comodidad de los lugares, muy de espacio, consolando los pueblos cristianos y animándoles a su defensa, y con universal admiración de todos los fieles eran recibidos los nuestros, alegrándose de ver armas cristianas tan adentro, las cuales los que entonces vivían jamás vieron en sus provincias, aunque su deseo siempre las llamaba y esperaba; pero la flojedad de los griegos nunca les dio lugar a que las vieran, hasta que el valor de los catalanes y aragoneses se las mostró.

Capítulo XVII

Pelean con todo el poder de los turcos los catalanes y aragoneses en las faldas del monte Tauro, y alcanzan dellos señaladísima vitoria

Poco antes que llegasen a las faldas del monte Tauro, que divide la provincia de Cilicia de Armenia la menor, hicieron alto, y trataron de que primero se reconociesen las entradas y pasos peligrosos, sospechando siempre, como sucedió, que el enemigo no les aguardase. En tanto que esto se consultaba, nuestra caballería, que reconocía la campaña, descubrió el ejército enemigo, que aguardaba el nuestro entre los valles de las faldas del monte. Tocóse arma en ambos ejércitos; y los turcos, viéndose descubiertos y que su traza había salido vana y sin fruto, se resolvieron luego de salir a lo llano y acometer a los nuestros, que venían algo fatigados del camino, antes que pudiesen descansar ni mejorar de puesto. Había en el campo de los turcos veinte mil infantes y diez mil caballos, y la mayor parte dellos eran de los que habían escapado de las rotas pasadas. Tendióse su caballería por el lado izquierdo y la infantería por el derecho, la vuelta del campo cristiano. Opúsose Roger con su caballería a la del enemigo, que por la frente y costado cerró con la nuestra. Rocafort, con su infantería, y Marulli hizo lo mismo, habiendo primero los almugávares hecho su señal acostumbrada en los encuentros más arduos, que era dar con las puntas de las espadas y picas por el suelo, y decir: ¡Despierta, hierro!; y fue cosa notable lo que hicieron aquel día, que antes de vencer se daban unos a otros la norabuena, y se animaban con cierta confianza del buen suceso.

Trabóse la batalla en puesto igual para todos, con grandes y varias voces, peleándose valerosamente, porque pendía la vida y libertad de entrambas partes de la vitoria de aquel día. Si los nuestros quedaran vencidos, por ser poco pláticos en la tierra y tener tan lejos la retirada, fuera cierta su muerte, o lo que se tuviera por peor, quedar cautivos en poder de aquellos bárbaros ofendidos. Los turcos tenían también igual peligro; porque los naturales de aquellas provincias cristianas adonde estaban, viéndoles rotos y vencidos, les acabarían sin duda, satisfaciendo en ellos una justa venganza.

En el primer encuentro, por la multitud y número infinito de los bárbaros, se corrió gran riesgo y estuvo la vitoria muy dudosa; pero cobraron nuevo ánimo y vigor, porque los capitanes repitieron segunda vez el nombre de Aragón, y desde entonces parece que esta voz infundió en los enemigos temor y en los nuestros un esfuerzo nunca visto. Y como ya de una y otra parte se había llegado a los golpes de alfanjes y espadas, en que los nuestros tenían tanta ventaja por las armas defensivas, luego se comenzó a inclinar la vitoria por nuestra parte. Los catalanes ejecutaban en los vencidos su rigor y furia acostumbrada en las guerras contra los infieles, que aquel día en los turcos todo fue desesperación, ofreciéndose a la muerte con tanta determinación y gallardía, que no se conoció en alguno dellos muestras de quererse rendir, o fuese por estar resueltos de morir como gente de valor, o porque desesperaron de hallar en los vencedores

piedad. En tanto que sus brazos pudieron herir, siempre hicieron lo que debían, y cuando desfallecían con el semblante y los ojos mostraban que el cuerpo era vencido, no el ánimo. Los nuestros, no contentos de haberlos hecho desamparar el campo, les siguieron con el mismo rigor que pelearon en la batalla. La noche y el cansancio de matar dio fin al alcance. Estuvieron hasta la mañana con las armas en la mano. Salido el sol, descubrieron la grandeza de la vitoria; grande silencio en todas aquellas campañas, teñida la tierra en sangre, por todas partes montones de hombres y caballos muertos, que afirma Montaner que llegaron a número de seis mil caballos y doce mil infantes, y que aquel día se hicieron tantos y tan señalados hechos en armas, que apenas se pudieran ver mayores; y con encarecer esto no refiere alguno en particular, con grande injuria y agravio de nuestros tiempos, pues tales hazañas merecieran perpetua memoria.

Quedó con tanto brío nuestra gente después desta vitoria, y tan perdido el miedo a las mayores dificultades, que pedían a voces que pasasen los montes y entrasen en la Armenia, porque querían llegar hasta los últimos fines del imperio romano, y recuperar en poco tiempo lo que en muchos siglos perdieron sus emperadores; pero los capitanes templaron esta determinación tan temeraria, midiendo como era justo sus fuerzas con la dificultad de la empresa.

Capítulo XVIII

Con la entrada del invierno vuelven los nuestros a las provincias marítimas. Rebélanse los de Magnesia; pónese sitio Roger; pero llamado de Andrónico, le levanta, y llega a la boca del estrecho con todo el ejército

Detuviéronse ocho días en el lugar de la vitoria, y fueron pocos para recoger la presa. Prosiguieron su camino hasta un lugar que Montaner llama Puerta del Hierro, término y raya de la Natolia y Armenia. Detúvose tres días Roger, dudoso del camino que tomarían; pero al fin, viendo cerca el otoño, y hallándose tan adentro de las provincias que aún no estaban bien aseguradas a su devoción, se resolvió, con el parecer de sus capitanes, de volver a la ciudad de Ania y pasar en ella el invierno, hasta que fuese tiempo de salir en campaña, pues aquel año se había roto cuatro veces al enemigo y recuperado tantas provincias. Nicéforo dice que por faltar las espías y gente plática en la tierra dejaron de pasar adelante, porque sin ella fuera cosa muy peligrosa, y Roger era tan diestro capitán que no se aventurara temerariamente.

Hacíanse las jornadas muy cortas, porque no pareciese que la retirada era por algún temor, caminando por los puestos que tenían ya reconocidos a la ida. En esta retirada cargan los historiadores griegos a los nuestros de insolentes y crueles, que hicieron más daño en las ciudades de Asia que

los turcos enemigos del nombre cristiano; y aunque creo que fueron algunos los daños, pero no tantos como ellos lo encarecen. Porque el tiempo que los nuestros estuvieron en Asia fue muy poco, y éste se ocuparon siempre en vencer y alcanzar señaladas victorias de sus enemigos, de donde les resultaba infinita ganancia de las presas que hacían, que eran tantas, que algunas veces las dejaban, o por no poderlas llevar, o por estimarlas en poco; pero yo doy por verdadero lo que dicen los griegos; mas no por eso se les puede quitar la gloria de sus victorias. ¿Qué ejército se ha visto que diese ejemplo de moderación y templanza, y más el que alcanza muy a tarde sus pagas? No hay duda que un ejército amigo mal disciplinado es tan dañoso en una provincia como el del enemigo; y así los griegos la mayor parte de sus historias entretienen en las quejas destes daños, encareciéndolos más de lo que debe un historiador.

Veníase el ejército retirando hacia Magnesia, donde Roger tenía la mayor parte de sus riquezas y tesoro, cuando le llegó aviso de los de Magnesia cómo Ataliothe, su capitán, se había rebelado y degollado la guarnición de los catalanes que Roger había dejado, y alzándose con sus tesoros, que había recogido dentro de la ciudad. El caso pasó desta manera.

Magnesia era una ciudad fuerte y grande, y por entrambas cosas difícil de ganar si los ánimos de los naturales estaban unidos. Sucedió que Roger, mal advertido, les entró a pedir que para cuando él volviese le tuviesen a punto caballos y dinero para socorrer su gente. Ellos, valiéndose del aborrecimiento que los alanos que estaban dentro tenían a los catalanes, y movidos de la codicia de hacerse dueños de los tesoros que Roger había recogido, se resolvieron de tomar las armas y rebelarse. Comunicado su consejo con Ataliothe, y aprobado por él, les pareció ponelle en ejecución; porque como antes vivían a modo de ciudad libre, temían venir en sujeción. Los ciudadanos eran muchos y armados, los alanos también, y los graneros con abundancia de trigo, armas, dinero y otros pertrechos militares; finalmente, recibiendo fe y juramento entre sí de valerse unos a otros, pasaron a cuchillo parte de los catalanes que estaban dentro, parte prendieron y los pusieron en cárceles muy seguras. Con esto se confirmaron en su rebelión, porque no hay cosa que más la asegure que un hecho semejante, cuando la atrocidad quita la esperanza del perdón. Este hecho no le parece al griego Pachimerio, que lo refiere, digno de vituperio, antes lo aprueba y alaba; con que claramente se debe tener por apología más que por historia la suya.

Sabida la rebelión de los de Magnesia por Roger, quiso castigalla luego; y así, con parte de los alanos que le seguían, de los romeos, y con todos los catalanes fue a poner sitio a la ciudad para castigalla, como merecía tan fea maldad. Hizo venir con notable diligencia máquinas y artificios para batilla, y a pocos días dio un asalto general, en que fueron rebatidos los nuestros con grande mofa y escarnio de los cercados, y a Roger con palabras injuriosas lo afrentaban. Quiso Roger rompelles los conductos; pero ellos advertidos, hicieron una salida con que impidieron el efeto.

El cerco se continuaba, y en este mismo tiempo les vino un despacho de Andrónico en que les mandaba que, dejado el sitio de Magnesia, viniesen a juntarse con Miguel, su hijo, para socorrer al príncipe de Bulgaria, cuñado de Roger, porque un tío suyo se le había levantado con parte del

estado, y estaba en punto de perderse si no se le acudía presto con socorro. Tengo por muy cierto que este levantamiento fue fingido por Andrónico, por dar alguna razón aparente para sacar los nuestros de la Asia, de quien temió siempre que, acreditados con tantas vitorias, se alzarían con ella, negándole la obediencia; y para más obligar a Roger, le puso delante el peligro de su cuñado. A estos daños vive sujeto el capitán que sirve a príncipes tiranos o pequeños, en quien siempre la sospecha y recelos tienen el primer lugar en sus consejos. Dichoso el que obedece y sirve a grande y poderoso monarca, en cuya grandeza no puede caber ofensa nacida del aumento de su vasallo.

Para tener por ciertos estos movimientos me hace gran dificultad el ver que no trata Nicéforo dellos, antes bien da diferente causa por que los nuestros no pasaron adelante con sus vitorias, que fue el miedo grande de Andrónico, y sin duda este fue el que detuvo la buena dicha de los nuestros y el que impidió que no se restaurasen todas las ciudades y provincias del antiguo imperio de los romanos. Estas son las mismas palabras de Nicéforo: «Roger, después de haberse juntado en consejo, resolvió de replicar al emperador, y en tanto ver si podía ganar a Magnesia; pero la resistencia de los de dentro fue de manera, que Roger se hubo de retirar con pérdida de reputación y gente; y aunque llegó a tratar de concierto con ellos, con sólo que le volviesen el dinero, no lo pudo alcanzar. Por esto, y porque los alanos se despidieron, trató Roger de levantarse del sitio, dando por disculpa que el emperador se lo mandaba; pero muchos no dejaron de tener un oculto sentimiento de salir de aquellas provincias sin castigar los magnesiotas y dejar lo que habían ganado a la furia y rigor de los bárbaros, que luego las habían de ocupar viéndolas sin defensa. No faltaban entre los soldados ordinarios algunos que, con secretas pláticas, alteraban los ánimos para nuevos movimientos, diciendo: «¿Qué nos importa haber vencido tantas veces, si se nos quita el premio de las manos? ¿Para esto salimos de nuestra tierra y del regalo de la patria, para tener por recompensa del peligro de la vida, tantas veces aventurada, una pequeña paga? ¿Después de ganada una primicia, sacarnos della y darnos por galardón de tantos servicios una nueva y peligrosa guerra?» Los capitanes y la demás gente de lustre, aunque disimulaban y en lo exterior se dejaban engañar, sentían mal desta partida, y creyeron que más había nacido de los recelos de Andrónico que de los movimientos de Bulgaria. Llegaron los nuestros a la ciudad de Ania, y de allí tomaron el camino hasta la boca del estrecho por todas aquellas provincias marítimas, navegando siempre la armada al paso que ellos marchaban por tierra. Con esta orden llegaron al cabo que está en el estrecho, enfrente de Galípoli, que Montaner llama Boca de Aner. Avisaron de allí al emperador cómo estaban a punto para embarcarse, aguardando nueva orden para partirse. Quedó contentísimo Andrónico de que los catalanes le hubiesen obedecido, y alabándoles por cartas su puntualidad en cumplir sus órdenes, les hizo saber cómo los movimientos de Bulgaria con sólo la fama de que venía el ejército de los catalanes se sosegaron. Esto es lo que dice Montaner; pero Pachimerio parece que refiere con más verdad la ocasión que tuvo Andrónico en este segundo despacho de decir que ya estaba todo sosegado; porque Miguel Paleólogo, su hijo, a persuasión de los griegos ofendidos y de los soldados de otras naciones que tenía en su servicio, que como inferiores

en número y valor temían a los catalanes, escribió a su padre Andrónico que no quería que Roger se juntase con su ejército, porque temía guerras civiles, y que la insolencia de los catalanes no la pudiera sufrir si con la misma libertad que en Asia habían de proceder y vivir, y que George, cabeza de los alanos, estaba con él ofendido por la muerte de su hijo, y que viendo a Roger y a los suyos sería ocasión de algún gran rompimiento. Con esto Andrónico le pareció que sería conveniente buscar algún medio para que esto se compusiese y así mandó a su hermana Irene y a su sobrina María que se fuesen luego a Galípoli, y tratasen con Roger que, dejando la mayor parte de su ejército en Asia, con solos mil hombres escogidos pasase a juntarse con Miguel. Consultó el caso Roger con los más principales capitanes, y a todos les pareció cosa peligrosa el dividir sus fuerzas, y sospecharon luego que esto no fuese principio de alguna muy grande traición; y así, Roger respondió a su suegra que él no se hallaba con ánimo bastante de persuadir a los catalanes que se dividiesen, pasando mil dellos a Grecia y que los demás quedasen en Asia. La suegra volvió al Emperador y le dio razón de lo que había pasado con su yerno. Con esto se acabó la guerra de Asia en poco más de dos años, corto espacio de tiempo para tan señalados hechos, bastantes a ilustrar un siglo entero.

Capítulo XIX

Alójase el ejército en la Tracia Chersoneso, y Roger parte a Constantinopla

Embarcóse el ejército en las galeras y navíos de su armada, y siguiendo el orden que tenían del emperador Andrónico, atravesaron el estrecho y desembarcaron toda la gente en la Tracia Chersoneso, tomando por plaza de armas y principal cabeza de sus alojamientos a Galípoli, ciudad en aquel tiempo tenida por la más principal de la provincia, puesta casi a la boca del estrecho que mira al Norte. Extiéndese este istmo o Chersoneso de Tracia setenta millas a lo largo y seis en ancho, y en algunas partes menos de tres. Por la parte del Oriente le baña el mar del estrecho, llamado de los antiguos Helesponto, que divide la Europa del Asia. Cíñele el mar Egeo por la parte del ocaso y Mediodía, y por el setentrion el mar del Propántide, llamado en nuestros tiempos de Mármora. Fue en lo pasado este istmo morada de los cruseos, y hubo en la parte que se continúa con la tierra firme, Lisimachia, célebre por su fundador Lisimacho, que le dio el nombre, y Sexto, lugar conocido por los amores de dos infelices amantes. Pero al tiempo que los catalanes y aragoneses llegaron a esta provincia, apenas parecían sus ruinas; sólo en las de la antigua Lisimachia había un castillo llamado Examille, y muchas aldeas y poblaciones pequeñas, adonde los nuestros se alojaron en tanto que pasaba el rigor del invierno, tomando, como tengo dicho, a Galípoli, ciudad de mediana población, por principal fuerza y presidio para la defensa común.

Guardóse el mismo orden en los alojamientos que el año antes se tuvo en el cabo de Artacio, quedando al parecer todos satisfechos y sosegados. Se fue Roger a Constantinopla con cuatro galeras y con parte de la infantería más escogida, a verse con el emperador Andrónico y darle la norabuena de la restauración de tantas provincias del Asia, y recibir juntamente mercedes y honras debidas a tantas vitorias. Llegaron a la ciudad los nuestros acompañando su general, y con universal admiración de todos les recibieron y acompañaron hasta el palacio, donde el emperador, con demostraciones y palabras nunca antes usadas, le honró, y Roger, después de habelle dado entera relación del estado de las provincias que puso en libertad, le pidió dinero para hacer pagamento general. Respondió el emperador con mucho cumplimiento, diciendo que era muy debido a su valor no dilatar pagas tan bien ganadas, y que él se las mandaría librar luego. Pero aunque esta respuesta en lo exterior fue la que Roger podía desear, quedó el emperador muy desabrido desta demanda, porque después de tan grandes presas y despojos riquísimos de las provincias conquistadas, pedirle luego una pequeña paga, era señal de una codicia insaciable y que difícilmente todo el poder del imperio griego la pudiera satisfacer. Lo que alcanza el soldado en premio de la vitoria sirve más para el gusto que para la necesidad, y así se distribuye con mucha largueza en juegos, en camaradas y en banquetes; pero la paga se estima siempre como cosa que se da en precio de su trabajo y de su sangre, y acude con ella a su necesidad, y siente mucho que ésta se le niegue o se dilate, y más cuando el príncipe gasta con gran largueza en una vana ostentación de su majestad, y deja de acudir a esta obligación, en la cual se funda y apoya la verdadera grandeza de los reyes.

Capítulo XX

Berenguer de Entenza con nuevo socorro llega a Constantinopla, donde se le dio el cargo de megaduque, y a Roger le ofrecieron el de César

Roger quedó en la ciudad algunos días solicitando al emperador para su despacho y a los ministros de su hacienda, que maliciosamente ocultaban el dinero y ponían dificultades y estorbos en los medios y arbitrios que se daban para su cobranza; artes usadas siempre de los que manejan hacienda de príncipes, aunque en esta detención concurría el emperador. En este medio llegó a Galípoli Berenguer de Entenza, hombre conocido por su sangre y valor, llamado con grande instancia del emperador Andrónico; que aunque Berenguer tenía ya ofrecido que le vendría a servir, envió segunda vez por él con embajada particular, ofreciendo hacerle muy aventajadas mercedes. Partió de Mesina Berenguer, solicitado de este segundo llamamiento, y llegó a Grecia con algunas galeras y cinco bajeles armados, y en ellos mil almugávares y treientos hombres de a caballo, toda gente muy lucida. Detúvose en Galípoli diez días, donde fue recibido

con notable gusto de toda la nación, hasta saber lo que Roger ordenaba, a quien envió dos caballos para que le diesen aviso de su llegada. Holgóse mucho Roger de tener a Berenguer de Entenza en su compañía, porque había entre los dos estrechísima amistad y grandes obligaciones para conservalla. Escribióle que viniese luego a Constantinopla, porque el emperador quería honrar su persona, como se contenía en dos cartas del mismo emperador con sellos pendientes de oro, que juntamente con la suya le enviaba. Con esto Berenguer de Entenza se fue a Constantinopla, y luego, acompañado no solamente de Roger y de todos los de nuestra nación, pero también de muchos griegos principales que en público profesaban nuestra amistad, entró en el palacio imperial. Recibióle Andrónico con semblante alegre, pero con ocultos temores y sospechas, porque los catalanes se aumentaban no sólo en reputación, pero con nuevos suplementos de gente; y aunque Andrónico procuró con particular instancia que Berenguer viniese a servirle, fue antes que los catalanes alcanzasen tantas vitorias de los turcos. Pero después que por ellos creció su estimación, tuvo por sospechosa compañía tan poderosa dentro de su casa; y Pachimerio dice que el emperador no le quiso recibir a su sueldo porque venía con más compañías de gente que él pedía.

Roger de Flor, entre las muchas partes que le hicieron famoso, fue el ser agradecido y reconocer en público sus obligaciones a Berenguer de Entenza, que en los tiempos que pobre y desvalido llegó a Sicilia le amparó y ayudó a levantar su fortuna. Pidió licencia al emperador para renunciar el oficio de megaduque en Berenguer, dando por motivo su valor y nobleza, igual a la de los reyes, y que caballero de tan alta sangre era justo que tuviese el primer lugar en el ejército. Berenguer de Entenza con igual correspondencia suplicó al emperador que el título de César que le ofrecía fuese servido de darme a Roger, persona de tantos servicios, y por el casamiento de su nieta adoptado en la casa real; que él quedaría honrado si Roger lo quedaba: competencia pocas veces usada, no sólo en los tiempos presentes, pero ni en los antiguos, donde la moderación y templanza parece que tuvieron alguna estimación. Roger, poderoso en riquezas, acreditado con vitorias, estimado por el nuevo parentesco; Berenguer, por sangre y por valor ilustre, parece que entrambos pudieran tener razón de pretender el supremo lugar; pero las mismas calidades que les debieran incitar a la emulación fueron las que les moderaron, juzgando por muy aventajadas las ajenas y por muy inferiores las propias.

El siguiente día después de la llegada de Berenguer, asistiendo toda la nobleza de la corte, así extranjeros como naturales, Roger de Flor, habida licencia de Andrónico, se quitó el bonete, insignia de su dignidad de megaduque, y juntamente con el sello, bastón y estandarte de su oficio, le entregó a Berenguer: rehusólo, y sin duda no lo admitiera si el emperador resueltamente no se lo mandara. Causó en los griegos gran admiración la cortesía de Roger, y Andrónico la celebró y honró con otra más señalada merced, ofreciendo a Roger título de César, uno de los mayores de su imperio; con que entrambos quedaron obligados, y los griegos ofendidos de ver que Andrónico diese el título de César, desusado ya en aquel imperio por sospechoso a los príncipes.

En los tiempos antiguos, cuando floreció el imperio romano, llamar a uno César era señalarle por su sucesor, como lo es entre los emperadores

occidentales el rey de romanos, en Francia el Delfín y en nuestra España el Príncipe. Pero declinado ya el poder de los romanos después de dividido el imperio, los emperadores griegos daban solamente el título de César sin algún derecho de sucesión; pero siempre quedó estimado este oficio, puesto que sólo es sombra de lo que fue. Túvose después por el primero hasta que la dignidad de Sebastocrator fue preferida cuando Alejos Comneno dio su segundo lugar en el imperio a Isacio. Esta también perdió después su precedencia y autoridad, cuando el mismo Alejos, por quedar sin hijo varón, casó su hija primogénita Irene con Alejos Paleólogo, dándole título de déspota, que es lo mismo que llamarle a uno señor, y fuera sin duda emperador si no muriera antes que su suegro; de suerte que la dignidad de César en aquel imperio es la tercera, por ser la primera la de déspota y la segunda la de Sebastocrator. Dice Curopalates que estas tres dignidades no tienen particular ocupación a que acudir, y que al César le llaman señor, palabra tenida por soberbia, y debida sólo a Dios en los tiempos antiguos, aun de los mismos emperadores, pues leemos de Augusto, de Tiberio y de algunos otros que jamás consintieron que les llamasen señores. Tratábanle de majestad al César; el bonete que llevaba era de oro y grana, y su remate casi como el del emperador; la capa, de grana; las medias y zapatos, de color celeste, y la silla como la del mismo emperador, pero sin águilas; iba junto al emperador en las públicas entradas y acompañamientos y vive dentro de su palacio. Todo este suceso que se ha referido es conforme se saca de lo que Montaner en su historia, y Berenguer en sus relaciones, nos dejó escrito. Pero George Pachimerio, en el cap. 11, del lib. 12, refiere con alguna variedad este suceso; y así me ha parecido no confundirlo con lo de arriba, ya que no los podía conciliar, para que el que lo leyere pueda con claridad hacer juicio de lo que le pareciere más verdadero.

Determinado ya el emperador de recibir a Berenguer de Entenza, le envió a llamar muchas veces, que se decía estaba en Galípoli, y para asegurarle le envió sus patentes con sellos pendientes de oro, en que le prometía con juramento que, queriéndose quedar, le trataría con buena voluntad y ánimo amigable, y que cuando se quisiese ir no lo impediría. Berenguer, recibidos los despachos, con la fe y palabra del emperador, se fue a Constantinopla con dos navíos; pero llegado, no quiso salir fuera dellos, y envió el aviso al emperador de su llegada. Mandóle luego el emperador llamar, y le envió coches y caballos para que entrase con mucha autoridad y honra; pero Berenguer ni quiso salir de los navíos ni obedecer, pidiendo que el emperador le enviase en rehenes a su hijo el déspota Juan. Pareció esto mal, así al emperador como a todos, pues no se fiaba de su palabra y juramento; y así, le dejó muchos días en los navíos. Finalmente, llegándose el día de Navidad, le envió a llamar, diciéndole que estuviese de buen ánimo, pues le había asegurado con su fe y palabra. Estuvo dudoso mucho tiempo, hasta que se desengañó, y se fue al emperador, de quien fue magníficamente recibido, pero siempre se retiraba a los navíos; adonde el emperador tuvo siempre cuenta de regalalle.

El día de Navidad le tomó el emperador el juramento de fidelidad, y con esto le dio la dignidad de Megaduque del Senado, y le dio la vara dorada, invención nueva del emperador, y le vistieron al modo y uso de senador; con que dejó sus navíos y se fue a posar a Cosmidio, donde estaban sus

catalanes, que algunos dellos fueron también honrados con títulos y mercedes grandes; y desde entonces Berenguer tuvo grande autoridad con los privados y en los consejos de Andrónico. En el juramento de fidelidad que hizo Berenguer disimuló su engaño, dando muestras de verdad y llaneza, pues habiendo de jurar que sería amigo de los amigos del emperador y enemigo de sus enemigos, exceptó a Fadrique de los enemigos, porque decía que le había jurado antes amistad. Esto pareció a los inteligentes que encerraba en sí algún gran secreto más de lo que exteriormente parecía; otros lo tomaron bien, diciendo que, como fue fiel a Fadrique, así lo sería al emperador; con que ganó opinión y gloria, siguiendo la sentencia de Platón, de cuánta importancia sea el parecer bueno y justo para ganar opinión y poder engañar.

Capítulo XXI

Los genoveses persuaden al emperador la guerra contra los catalanes, y Miguel Paleólogo hace lo mismo, y alborótase en Galípoli la gente de guerra

Los genoveses de Pera, que poco antes fortificaron y engrandecieron con focos y murallas, fueron los primeros que hicieron sospechosas nuestras armas y pusieron en duda nuestra fidelidad, diciendo al emperador Andrónico que tenían nuevas de Poniente que se preparaba una grande y poderosa armada para acometer las provincias del imperio a la primavera, y que esto lo tenían por cierto por manifiestas conjeturas, y que los catalanes que antes estaban en su servicio, y los que después con Berenguer de Entenza vinieron, estaban unidos para su daño, y no para su defensa; porque se correspondían secretamente con los de Sicilia, y que el hermano bastardo de don Fadrique, rey de Sicilia, se entendía que venía con doce navíos para juntarse con ellos, y que para entonces aguardaban el declararse y poner en ejecución sus intentos. Estos fueron los embustes con que los genoveses quisieron destruir los catalanes, y ellos introducirse y hacerse muy confidentes y celosos del bien común del imperio. Aconsejaron a Andrónico, según dice Pachimerio, que acometiese desde luego a los catalanes con guerra descubierta; que ellos tenían cincuenta navíos en orden, y que con otros tantos que se armasen por el emperador, o se les diese dinero a ellos, aunque fuese en largos plazos, los pondrían ellos en la mar, y que a esto sólo les movía ver a los griegos maltratados, la tierra que ya tenían por patria maltratada y destruida de los que vinieron para defendella. No dio el emperador por entonces crédito a los genoveses, creyendo que eran quimeras fingidas de su maldad y envidia, nacida desde que pusieron los catalanes el pie en Grecia. La fe y juramento prestado de los catalanes también lo aseguraba; pero respondióles que agradecía su cuidado y lo que se dolían de los trabajos de los griegos. Mandóles que callasen, y que él consultaría lo

que se debía hacer, y que consultado, lo ejecutaría.

En este mismo tiempo la honra y merced que Andrónico hizo a Berenguer irritó el ánimo de Miguel Paleólogo para nuestra ruina, y persuadido de los griegos, comenzó luego a tratar della, intentando para esto todos los medios más eficaces que pudo, atropellando leyes divinas y humanas. Estaban los griegos tan invidiosos y soberbios, que con rabia y furor increíble, aunque con algún secreto, andaban maquinando traiciones y alevosías; con lengua y manos solicitaban a Miguel, ya mal afecto contra nosotros, encareciendo la gran reputación de las armas de los catalanes y que ocupaban los supremos cargos de su imperio en grande mengua de su majestad y deshonor suyo.

Creyeron siempre los griegos que nuestros catalanes fueran como los alanos y turcoples, que no se les levantaban los pensamientos a más que vivir con una triste y miserable paga; pero cuando vieron proveídos en ellos los oficios de César, megaduque, senescal y almirante, y que tenían bríos para aspirar a los que quedaban, advirtieron su daño y comenzaron a sentirse de que las fuerzas y honras del imperio se pusiesen en manos de extranjeros. Al tiempo que entre los griegos corrían estas pláticas y sentimientos, los soldados de los presidios, por parecerles que la paga se dilataba, maltrataron a los griegos de los pueblos donde estaban alojados; mal forzoso de la guerra, y que difícilmente el rigor militar de los más insignes capitanes lo ha podido atajar. Miguel Paleólogo, atento a todas las ocasiones de calumniar toda nuestra nación, se valió desta para persuadir a su padre, diciendo que si no se atajaba luego la insolencia de los catalanes, sería la total perdición del imperio y de su casa; porque no contentos con la paga y sueldos tan excesivos y con los despojos riquísimos del Asia, oprimían los pueblos amigos para satisfacer su codicia; que no por haber vencido a los turcos quedaba el imperio libre de servidumbre si se esperaba más insufrible y cruel de los catalanes, en cuya mano estaba puesta la libertad común; que en vano la había recuperado su agüelo Miguel Paleólogo, echando a los latinos del imperio, si segunda vez se les había de entregar voluntariamente; que esto estaba muy cerca de suceder si no se atajaba su insolencia; que les quedaban aún fuerzas a los griegos, si sus trazas saliesen vanas, para que de cualquier manera se oprimiese a los catalanes; que la obligación en que le habían puesto con librar sus provincias de los turcos, ya su arrogancia y mala correspondencia lo había borrado, y sus vitorias merecían nombre de agravios, no de servicios, pues en vez de establecer sus armas en una segura paz el imperio, hacían nueva guerra a los pueblos amigos con intolerables contribuciones y malos tratamientos.

Andrónico, apretado de la persuasión del hijo y de sus privados, que continuamente con quejas y sentimientos lloraban la miseria de los griegos en tanto deshonor suyo, mostró luego contra los catalanes el efeto de sus pláticas, respondiendo a Roger y a Berenguer, que le pedían dinero para la guerra, que no les quería pagar hasta que hubiesen pasado a la Asia y diesen principio a la guerra; lenguaje nunca antes usado de Andrónico, que hasta entonces fue más largo en hacerles merced y darles dinero que solícitos ellos en pedille.

La respuesta de Andrónico llegó a los oídos de los de Galípoli, y fue tan grande el alboroto y motín que causó en todo el campo, que forzaron a los

capitanes a tomar las armas para acometer los lugares del imperio y apoderarse de algunas fuerzas y presidios. En tanto que Andrónico dilataba el darles satisfacción, mostraron gran sentimiento de sus dos capitanes Roger y Berenguer, por parecerles que con su peligro y sangre se querían engrandecer, y que por no disgustar al emperador, de quien esperaban sus mayores acrecentamientos, no le apretaban como debieran para que se les diese a ellos pagas tan bien merecidas. Estas sospechas llegaron a tanto, que resolvieron de enviar embajadores al emperador, pidiendo que les pagasen, y que continuarían su servicio con mucha fidelidad, castigando los excesos de los que se atreviesen a ofender y maltratar los pueblos amigos. Esta embajada tan cortés, dice Pachimerio que fue por el miedo que tuvieron del ejército de Miguel Paleólogo, que se había juntado para reprimir su atrevimiento y osadía. Recebida del emperador esta embajada, luego le pareció imposible el satisfacer, por las grandes pagas que le pedían; pero por no llegar a rompimiento y a una guerra declarada, les remitió a Berenguer de Entenza para que por su medio se quietasen con dalles parte del dinero que le pedían. Contentáronse por entonces con el dinero que se les dio, y con él se fueron a Galípoli, donde ya había llegado Roger con su mujer, suegra y cuñado, que quisieron acompañarle, y también a lo que yo sospecho, por tener Roger cerca de sí a Irene, su suegra y hermana del emperador, como en rehenes, por si acaso contra él se quisiese proceder como rebelde cuando el alboroto y motín pasara más adelante.

Capítulo XXII

Págase la gente de guerra, por orden de Andrónico, con moneda corta, de donde nacieron nuevos alborotos

Andrónico, forzado de la necesidad, con astucia y fraude griega mandó librar la moneda de plata que se dio a los embajadores para hacer el pagamento muy menoscabada y falta en más del tercio de su antiguo valor, y quiso que la recibiesen los soldados como si fuera muy entera. Los capitanes, poco advertidos del engaño, fácilmente se dejaron persuadir, y solicitados de los soldados, que casi amotinados pedían sus pagas, tomaron el dinero y le trajeron a Galípoli, donde se tomó muestra y repartió con quejas y sentimientos; pero al fin con sólo el nombre de que los pagaban, aunque conocieron la falta, se sosegaron. Diferentemente lo hicieron los genoveses poco después, que concertados con el emperador por cierta cantidad de dinero, de enviar su armada contra los catalanes, pagándoles con esta misma moneda, se la volvieron a enviar y deshicieron la armada. Cuando los aragoneses y catalanes, contentos con el dinero de las pagas, quisieron pagar los huéspedes griegos y dalles entera satisfacción, rehusaron recibir la moneda al precio que se les daba, y como la comida y sustento necesario no sufre dilaciones, forzaban a los griegos a que se

las diesen y recibiesen la moneda. Con esto se fueron alterando los griegos, y los catalanes a buscar la comida con las armas; con que todos los pueblos de aquella comarca quedaban desiertos. Andrónico, con infinitas quejas de los desórdenes y demasías de los soldados, se inclinó a seguir el parecer de su hijo, y poner remedio eficaz y violento a tantos daños. Pudiérase atajar si la diversidad de cabezas que había en nuestro ejército tuvieran entera autoridad con los súbditos, y ellos estuvieran unidos; porque siempre que un príncipe usa de trazas tan indignas de su obligación, como fue dar a los catalanes moneda tan falta por su antiguo precio, y no mandar con universal edicto que la recibiesen todos los súbditos de su imperio al mismo precio, es dar ocasión cierta de venir a rompimiento el pueblo y la milicia. Tiénese por cierto que este medio fue trazado por entrambos emperadores Andrónico y Miguel para que los catalanes maltratasen a los griegos, y ellos, ofendidos, tomasen las armas para su venganza; con que les pareció que los catalanes quedarían perdidos y ellos libres de su obligación. Salió bien la traza; porque los nuestros, faltos de dinero, se entraban por las aldeas y pueblos grandes y se hacían contribuir, y en hallando resistencia, con la acostumbrada licencia militar maltrataban de manos y de lengua a quien se les oponía. Nicéforo, autor griego, como de la parte ofendida, cuenta largamente los excesos de aquella milicia, y mucho más Jorge Pachimerio, que dando lugar a su pasión, muerde con mayor malignidad; pero Montaner niega que los catalanes se mostrasen implacables y crueles con los griegos; antes dice que les ayudaban y socorrían, porque con la furia de los turcos, los fieles de las provincias de la Asia, huyendo de tan cruel servidumbre, se recogían a Constantinopla, y perecían en los muladares de hambre y de miseria, sin que a los griegos les moviese a lástima la desdicha de los que tenían por compañeros y amigos; y que los catalanes con mucha liberalidad y largueza socorrían a muchos que padecían en este común trabajo. El crédito que se debe dar a estos historiadores, el que leyere esta relación puede fácilmente ser juez, precediendo primero la noticia de sus calidades. Nicéforo y Pachimerio, griegos, y en muchas partes poco cuidadosos de escribir la verdad, ofendidos por comunes y particulares agravios de los nuestros, lejos de las ocasiones; Montaner, español, testigo de vista de todos estos sucesos, y que la llaneza de su estilo y del tiempo que escribió parece que aseguran la verdad de los acontecimientos que refiere.

El emperador Andrónico, temiendo que Roger descubiertamente no tomase las armas contra él y siguiese la voluntad de los catalanes, ofendidos del engaño que hubo en las monedas de sus pagas, quiso que el príncipe Marulli, general de los romeos que militaban con Roger en el Oriente, fuese de su parte a Constantinopla, y le asegurase de su voluntad, que siempre había sido de hacelle merced y engrandecelle; y juntamente le ordenó que dijese a su hermana Irene que se viniese con él, por parecelle que tendría autoridad con el yerno para persuadille lo que importase. Llegó con esta embajada Marulli a Galípoli, y Roger claramente le respondió que no pensaba salir de Galípoli sin hacerse más sospechoso a los suyos con asistir en Constantinopla. Irene también se excusó por la falta de salud, que no le daba lugar de ponerse en camino.

Con esto Marulli volvió a Constantinopla, y desengañó al emperador, que si

no pagaba el ejército por entero, no había tratado de concertos. Con todo este desengaño porfió segunda vez, por medio de su hermana, a persuadille que pasase al Oriente con algún socorro que le enviaría, porque Filadelfia estaba en mayor aprieto que el año antes, y que la necesidad que padecían no perdonaba aun a los muertos. Bien quisiera Roger obedecer al emperador; pero los soldados estaban más irritados que nunca, y si Roger entonces mostrara gusto de dársele al emperador, peligrara su autoridad y su vida. En este mismo tiempo Berenguer de Entenza, viendo que todo estaba lleno de sospechas y miedos, y que los griegos le miraban como catalán, y los catalanes entraban en desconfianza de su fe porque estaba cabe el emperador en lugar tan supremo, y que aquello no podía ser sino estando de su parte, aprobando lo mal que el emperador lo hacía con ellos; finalmente, estando ya las cosas de los catalanes y Andrónico en términos que no se podía estar neutral ni ser medianero entre estas diferencias sin gran riesgo de perdellos a todos, Berenguer se resolvió de acudir a su primera obligación, y preferir a su particular acrecentamiento el público honor y estimación de la nación, que estaba cerca de perderse. Pidió licencia a Andrónico para volverse a Galípoli, y aunque el emperador, con ruegos y dádivas, le procuró detener, no dejó de embarcarse en dos galeras que tenía al puerto de Blanquernas, por la puerta del emperador, y dice Pachimerio que se embarcó con el semblante triste, y que mostraba el combate de pensamientos que llevaba. De la galera volvió a enviar al emperador treinta vasos de oro y plata que le había dado, y añade el mismo autor que las insignias de la dignidad de megaduque las arrojó en el mar, mostrando que desde entonces renunciaba la amistad del imperio. Esta acción, que en los griegos se condena por muy infame y vil, fue la más digna de alabanza que este gran caballero hizo en el Oriente; porque ni las honras ni los cargos no le pudieron apartar de lo justo: ejemplo grande para los que quieren introducirse con daño del bien público y reputación de la patria, como a muchos acontece, que olvidados de lo que deben su sangre y a su naturaleza, la dejan maltratar por pequeños intereses, que las más veces dellos no les queda sino sólo la infamia por premio de su ruindad.

Estando ya para partirse Berenguer, el emperador le envió a llamar muchas veces, sin que pudiese creer que Berenguer le dejaría. Ofrecieronle al emperador ciertos hombres de Malvasía de acometer las dos galeras de Berenguer y vengar la poca estimación que hacía de su amistad, y juntamente cobrar ellos una galera que tenían a partido en servicio de Berenguer; pero el emperador no permitió que se ejecutase, porque pensó reducirle. Aquella noche Berenguer se hizo a la vela y se vino a Galípoli, donde halló todas las cosas llenas de mil sospechas y recelos.

Capítulo XXIII

Da el emperador Andrónico en feudo a los capitanes catalanes y aragoneses las provincias del Asia

El emperador deseaba dividir los catalanes entre sí para después poderles castigar más a su salvo. Volvió a persuadir a Roger lo que antes, por medio de Canavurio, familiar ministro de Irene, su suegra, el cual, después de ir y venir muchas veces de Constantinopla a Galípoli, concertó el mayor negocio para los catalanes que se pudo desear para su grandeza y aumento, si como se les ofreció se les cumpliera; pero la insolencia de los soldados, la envidia de los griegos, la instancia del hijo, trocó el amor y afición que Andrónico tenía a nuestras cosas en mortal aborrecimiento; y así, se determinó entre el emperador y su hijo dar aparente y honrosa satisfacción a los catalanes, y ocultamente trazar su perdición y ruina; y aunque esto no lo dicen los historiadores, déjase fácilmente entender por lo que después se hizo.

Andrónico, por medio deste Canavurio, y forzado del temor de las armas de los catalanes y del socorro que la fama había publicado que venía de Sicilia, y que con tan largas pagas estaba el flaco y cámara imperial destruida, y que las rentas del imperio no eran suficientes para los gastos ordinarios y forzosos, y que como a príncipe le tocaba prevenir el remedio, y ellos, como capitanes obligados y amigos, debían ayudalle a poner en ejecución lo que a todos les importaba igualmente, al fin se concertó entre el emperador y Roger, después de largas y pesadas consultas, lo siguiente: que desde luego diese Andrónico las provincias de la Asia en feudo a los ricoshombres y caballeros catalanes y aragoneses, con obligación que siempre que fuesen llamados y requeridos por él o por sus sucesores, acudiesen a serville a su costa, y que el emperador no estuviese obligado a dar después de la conclusión deste trato sueldo a la gente de guerra; sólo les había de socorrer cada un año con treinta mil escudos y con ciento y veinte mil modios de trigo, dándoles el dinero de las pagas corridas hasta el día deste concierto.

Con este trato quedaron nuestras cosas, al parecer, en suma grandeza; porque los catalanes se vieron señores de todas las provincias de Asia, así por dárseles el emperador en paga de sus servicios, como porque las ganaron con las armas y libraron de la servidumbre de los turcos; títulos que cualquiera dellos era bastante a darles el derecho de señorío de todas ellas.

Esta fue una de las cosas más señaladas desta expedición y que más puede ilustrar la nación catalana y aragonesa; pues cuando los romanos, vencido Mitridates, ganaron el Asia, alcanzaron una de sus mayores glorias, y lo que el valor de tantos famosos capitanes y ejércitos conquistó en muchos años lo adquirieron los nuestros en menos de dos; y si con engaños y traiciones no les atajaran su fortuna, quedarán absolutos señores y príncipes de la Asia, y quizá, si se conservaran, detuvieran los turcos en sus principios y no les dieran lugar a dilatar ni engrandecer los límites inmensos del imperio que hoy poseen.

Estos conciertos se juraron delante de la imagen de la Virgen, costumbre antigua de aquel imperio. En esta donación concuerdan Pachimerio y Montaner; sólo el griego difiere en una circunstancia, porque dice que Andrónico exceptó algunas ciudades, que no quiso que se incluyesen en la donación.

Capítulo XXIV

La gente de guerra con mayor furia que antes, se alborota porque tiene alguna desconfianza de Roger

El emperador Andrónico, para cumplimiento del juramento hecho, envió a Teodoro Chuno que llevase a Roger los conciertos firmados y sellados con sellos de oro y treinta mil escudos y las insignias de César, y que el trigo estaba ya recogido para entregarle a quien Roger ordenase. Caminaba la vuelta de Ripi Teodoro, y como cuerdo y plático, junto a Ripi se detuvo, porque supo que las cosas de Galípoli y de los catalanes se iban empeorando. Resolvió de no pasar adelante hasta saber de cierto el estado de las cosas, a más de que temía a Roger por estar ofendido de un hermano suyo, que estaba en Cancilio, de donde muchas veces había salido con gente armada en su daño. Así, parece que por cierta providencia envió a Canavurio que fuese antes a la hermana del emperador, para que primero a ella le diese aviso de lo que pasaba, y juntamente volviese a significarle la disposición y estado del nuevo motín, porque su persona y el dinero no lo quería aventurar sin más seguridad de la que tenía. Pasó adelante, caminando siempre muy despacio, para dar tiempo a Canavurio que se pudiese informar y volverse a encontrar antes del peligro. Junto a Brachialio tuvo nuevas llenas de sospechas, porque tuvo aviso que Roger no recibiera las insignias de César por no hacerse más sospechoso a los suyos, de quien ya comenzaban a tener alguna desconfianza, por velle rico y honrado, y ellos, defraudados de su sueldo. Temió Teodoro, y resolvió de asegurarse, retirándose al fuerte de Ripi, donde estuvo algunos días. Como vio que no se sosegaba la gente, temió que si los catalanes entendieran que él estaba en Ripi con treinta mil escudos, no le acometiesen para quitalle el dinero; y así, una noche con gran secreto, con todos los recaudos que traía, se fue a Constantinopla, y dio razón al emperador de lo que le había detenido y forzado a volver atrás sin ejecutar su orden. Roger juzgó que convenía para su reputación y seguridad satisfacer al ejército de las sospechas viles de su fe; y así, ordenó a las principales cabezas del ejército que se viniesen a Galípoli, dejando aseguradas las plazas que tenían a su cargo. Juntos todos, les dijo que los trabajos y peligros que había padecido por el aumento y bien de la nación catalana y aragonesa no merecían tan mala correspondencia como tener duda de su fidelidad; que él había probado su intención en la guerra de Sicilia, sirviendo al rey y gobernando siempre gente catalana, y con ser aquellos tiempos tan sospechosos, nadie se atrevió a ofendelle; que en las guerras del Asia había acudido a la obligación que fue llamado, y que el emperador, aunque le había hecho muchas honras, no las tenía él por iguales a sus servicios, y cuando lo fueran, que él no era hombre que por corresponder a ellas olvidaría las obligaciones que tenía en primer lugar;

que el emperador le quería hacer César, y que él no quería más recibir honras sin que a ellos se les diese entera satisfacción, y que por sólo venirles a socorrer y animar había salido de Constantinopla y dejado al emperador, que le quería detener y acrecentar; que él estaba resuelto de correr la fortuna que ellos, y que si el emperador con su ejército les acometiere, procuraría, por el juramento hecho, ceder si pudiese a su rigor; pero que cuando conviniese forzosamente habían de venir a las armas, y las suyas siempre se habían de emplear en la defensa común contra los griegos. Con esta plática Roger aseguró su crédito, y los catalanes, satisfechos de sus sospechas; y así con el reconocimiento que siempre, le dieron disculpa de los celos mal fundados de algunos.

En este mismo tiempo sucedió, para mayor descrédito de nuestras armas, que los turcos acometieron la isla del Xio, que estaba a cargo de Roger y los suyos, y casi toda ella la tomaron, si no fueron algunos que se pudieron retirar a la fortaleza en cuarenta barcos que pudieron juntar, y éstos también se perdieron lastimosamente, rotos y deshechos de una furiosa tormenta junto a la isla de Sciro. Con esta pérdida los ánimos de los unos y de los otros se fueron irritando; los griegos porque les pareció que los catalanes, ya que les molestaban tanto con las ordinarias contribuciones, no fuesen bastantes para defendellos del rigor y sujeción de los infieles; los catalanes también atribuyeron esta pérdida a la dilación de Andrónico en no cumplirlles lo que tantas veces se les había ofrecido, y que si se les pagara con tiempo pudieran ellos acudir a su obligación y defender lo que estaba a su cargo. La falta de dinero les obligó a que con mayor desorden le fuesen a buscar por todos los lugares de Tracia.

Capítulo XXV

Conclúyese el trato de pasar al Oriente, y Roger recibe las insignias de César y dinero

Llegó a los oídos de los emperadores Andrónico y Miguel lo que Roger públicamente dijo; y ofendidos gravemente, quisieron con el ejército que tenían junto a Andrinópolis acometer el de los catalanes; pero Andrónico, a persuasión de Azan, cuñado de Roger, a quien poco antes había dado la dignidad de panipersebastor, mandó a su hijo que no lo ejecutase, esperando siempre por medio de su sobrino reducir a Roger, a quien Azan escribió la justa indignación del emperador, y que la mayor disculpa que podría dar sería pasar el ejército en Asia y comenzar la guerra.

Respondió Roger a su cuñado, y al emperador en la misma conformidad escribió que la necesidad le había obligado a dar de palabra satisfacción a todo el ejército, porque si no lo hiciera, se acabarían de confirmar en sus sospechas, y que sin duda le matarían; que él siempre sería fiel y reconocido a las muchas honras y mercedes que de su mano había recibido, y que si de lengua le había ofendido, fue porque los catalanes no le

ofendieran con efeto, tomando por cabeza otro capitán que libremente les dejara ejecutar su ímpetu; que se sirviese de socorrelles con algo, porque de otra manera no se atrevía a reducirlos, porque él apenas tenía mil hombres que le obedeciesen. Con esta carta el emperador volvió a mandar a su hijo que no les ofendiese, pero que impidiese sus correrías.

Azan, que deseaba conservar a su cuñado Roger, persuadió al emperador que le volviese a enviar lo que Teodoro Chuno poco antes le llevaba, y que con esto pasaría a la Asia; y así el emperador le envió las insignias de César, y el día de la resurrección de Lázaro fue vestido y aclamado por César, y se le dieron treinta y tres mil escudos y cien mil modios de trigo; pero resueltamente le mandó el emperador que despidiese toda la gente; sólo se quedase con mil hombres. Roger mostró con aparentes demostraciones que obedecía, pero con secreto disponía sus consejos para cualquier acontecimiento. Envió a Berenger de Entenza parte de su gente, que ya estaba declarado por rebelde y enemigo del imperio; la otra envió a Cízico y Metellin, donde ya había guarnición de catalanes. Recogió, a más del trigo que el emperador le daba, otra mayor cantidad de la que los catalanes recogieron de las contribuciones.

Capítulo XXVI

Pártese Roger a verse con Miguel Paleólogo; contradícelo María su mujer y los demás capitanes

En este tiempo que los catalanes andaban llenos de tantos temores y esperanzas, ya Andrónico y Miguel trazaban de qué manera podían hacer un castigo señalado en ellos y castigar con sumo rigor su atrevimiento; que aunque esto claramente no lo dicen los historiadores griegos, el efeto lo publicó, y descubrió su alevosía. La desdichada suerte de Roger abrió el camino para que esto se ejecutase con gran seguridad de los griegos y notable pérdida nuestra.

Llegóse el tiempo de la partida de Grecia para proseguir la guerra, y Roger determinó de ir a verse con Miguel Paleólogo para darle razón de lo que se había tratado con su padre en materia de la guerra, y pedirle dinero, como Nicéforo dice. Pero María, mujer de Roger, y su madre y hermanos, que como ladrones de casa conocían bien la condición de los suyos, sentían muy mal desta ida; y María, como a quien más importaba, advirtió a su marido en secreto que no fuese ni se pusiese voluntariamente en las manos de Miguel, y que no ofreciese la ocasión a quien con tanto cuidado la buscaba; que advirtiese cuán huérfana quedaba ella, cuán desamparados los suyos si faltase su gobierno; que no se fiase tanto de su ánimo; que no diese crédito a sus palabras, nacidas no sólo de su cuidado, pero de ciertas y seguras señales que tenía de que Miguel Paleólogo procuraba su ruina. Todas estas razones, acompañadas con lágrimas y ruegos, dijo María a su marido Roger, porque como griega y persona tan

íntima de la casa del Príncipe, aunque se recelaban della porque no descubriese sus trazas, con todo este recato llegaban a su noticia muchas, que como mujer cuerda y cuidadosa de la vida del marido, pudo advertir y descubrir algo de lo que se maquinaba contra él. Hizo poco caso Roger de sus consejos, y ella, cuanto menos recelo descubría en el marido, tanto más crecía su cuidado, y procuraba intentar algunos medios para persuadirle, y el que debiera ser más eficaz fue llamar a los capitanes más principales del ejército, y descubrióles sus justas sospechas, para que pidiesen a Roger que suspendiese su ida de Andrinópolis para visitar a Miguel Paleólogo. Al fin todos los capitanes juntos, a instancias de María, cuyas sospechas no les parecían vanas fueron a Roger y le pidieron que dejase o siquiera difiriese la jornada hasta estar más asegurado y satisfecho del ánimo de Miguel. Respondióles resueltamente que por ningún temor que le pusiesen delante dejaría de hacer su viaje y cumplir con obligación tan forzosa como visitar a Miguel, a quien debía el mismo respeto que al emperador su padre; que si antes de partir de Grecia para la jornada de Asia no se le daba razón de todos sus consejos y determinaciones, era darle ocasión de desavenirse con ellos; cosa de grande inconveniente para la conservación de todos ellos; que los recelos de María, su mujer, nacían de amor y temor de perdelle, y que pues eran sin otro fundamento, no era justo que le detuviesen.

Llamado Roger de su fatal destino, ni advirtió su peligro, ni, advertido, lo temió. Muchas veces, por más avisos que un hombre tenga, no puede escapar de la muerte y fines desastrados; y aunque Dios nos advierte con señales manifiestos y claros, puede tanto una loca confianza, que nos quita el discurso para que no veamos los peligros donde está determinado nuestro fin y castigo. En este caso de Roger, ni su buen discurso ni el conocimiento grande de la naturaleza de los griegos, ni los avisos de su mujer, ni los ruegos de los suyos, pudieron detenerle para que voluntariamente no se entregase a la muerte.

Resuelto ya de partirse, María su mujer, con todos los de su casa, no quiso quedarse en Galípoli, porque como tenía por cierta nuestra perdición, no le pareció aventurarse, pues la obligación de asistir en Galípoli faltaba con ausentarse su marido. Mandó Roger que Fernando Aonés, con cuatro galeras, la llevase a Constantinopla, y él, con trecientos caballos y mil infantes, dejando en su lugar a Berenguer de Entenza, caminó la vuelta de Andrinópolis, dicha por otro nombre Orestiade, ciudad principal de Tracia y corte de muchos emperadores y reyes, y que entonces lo era de Miguel. Zurita quiere que Andrinópolis y Orestiade sean lugares diversos, porque no llegó a su noticia que esta ciudad tenía entrambos nombres. Nicéforo la llamó Orestiade con el nombre más antiguo, y Montaner, Andrinópolis, que fue el más moderno y el que entonces le daban los griegos, y el que hoy conserva con poca diferencia.

Supo el emperador Miguel a 22 de abril cómo el César Roger venía, porque Azan, su cuñado, se lo hizo saber. Alteróse extrañamente Miguel desta venida, y con un caballero de su casa le envió a preguntar, una jornada antes que llegase, si el emperador su padre se lo había mandado, o él movido de su sola voluntad. Respondió el César con palabras llenas de humildad que sólo iba para darle obediencia y mostrar la servitud que le debía, y juntamente para conferir con él el viaje que había de hacer al

Oriente. Con esta respuesta se sosegó Miguel y mostró que gustaba de su venida. Envió luego a recibirle con la benignidad y cortesía que convenía. Era miércoles de la segunda semana de la pascua que llaman de Santo Tomás. Vióse aquella misma noche con el emperador, de quien fue recibido y acariciado con grandes demostraciones de amor.

Capítulo XXVII

Matan a Roger con gran crueldad los alanos, estando comiendo con los emperadores Miguel y María, y a todos los que fueron en su compañía

Con el buen acogimiento que Miguel hizo a Roger y a los suyos, creyeron que las sospechas de María fueron sin fundamento, y vivían tan sin cuidado ni recelo del daño que tan vecino tenían, que divididos y sin armas discurrían por la ciudad como entre amigos y confederados. Estaban dentro della los alanos con George, su general, cuyo hijo mataron en Asia los catalanes. Estaban también los turcoples, parte debajo del gobierno del búlgaro Basila; la otra obedecía a Meleco. Los romeos estaban debajo del gran primiserio Casiano y del duque y gran príncipe de compañías llamado Etriarca. Todos estos tuvieron por sospechosa la venida de Roger, y que sólo venía a reconocer las fuerzas de Miguel, con pretexto de dalle obediencia, y según ellas disponer sus consejos. El que más alteraba y movía los ánimos contra Roger y los catalanes era George, cabeza de los alanos, que, con deseo de tomar satisfacción, intentaba todos los medios que podía; finalmente, o fuese por sólo su motivo, o con permisión y orden del emperador Miguel, el día antes de la partida de Roger, estando comiendo con el emperador Miguel y la emperatriz María, gozando de la honra que sus príncipes le hacían, entraron en la pieza donde se comía George, alano; Meleco, turcople, con muchos de los suyos, y Gregorio: el primero cerró con Roger, y después de muchas heridas, con ayuda de los suyos le cortó la cabeza, y quedó el cuerpo despedazado entre las viandas y mesa del Príncipe, que se presumía había de ser prenda segurísima de amistad, y no lugar donde se quitase la vida a un capitán amigo y de tantos y tan señalados servicios, huésped suyo, pariente suyo, y como tal honrado en su casa, en su mesa y en presencia de su mujer y suya. No se pudieron juntar, a mi parecer, mayores circunstancias para acrecentar la infamia deste caso; hecho, por cierto, indigno de lo que tiene nombre y obligaciones de príncipe, que las más principales son las que más se apartan de parecer ingrato y cruel, aunque es verdad que los príncipes raras veces se reconocen por obligados, y cuando se tienen por tales, aborrecen la persona de quien les tiene obligados; pero esto no llega a tanto que, perdiendo de todo punto el miedo a la fama, descubiertamente le acaben y destruyan. Lo cierto es que comúnmente puede más en un príncipe un pequeño disgusto para castigar, que grandes y señalados servicios para perdonar o disimular algunas ofensas de poca o

ninguna consideración. Pero ¿qué maldad hay que no acometa un príncipe injusto si se le antoja que importa para su conservación? Porque el juicio y castigo de Dios, a quien sólo se sujetan y temen, le miran tan de lejos, que apenas le descubren, no acordándose por cuán flacos medios vienen también a ser castigados, pues la mano de un hombre resuelto suele quitar reinos y vidas.

Este desastrado fin tuvo Roger de Flor, de edad de treinta y siete años, hombre de gran valor y de mayor fortuna, dichoso con sus enemigos y desdichado con sus amigos, porque los unos le hicieron señalado y famoso capitán y los otros le quitaron la vida. Fue de semblante áspero, de corazón ardiente y diligentísimo en ejecutar lo que determinaba; magnífico, liberal, y esto le hizo general y cabeza de nuestra gente, pues con las dádivas granjeó amigos que le pusieron en este puesto, que fue uno de los mayores, fuera de ser emperador o rey, que hubo en aquellos tiempos. Dejó a su mujer preñada, y después parió un hijo, que Montaner refiere que vivía en el tiempo que él comenzó su historia. Nicéforo sólo dice que junto al palacio del emperador Miguel le mataron, sin decir por cuyo orden fue ni quien lo hizo; pero Pachimerio concuerda con Montaner en lo más esencial, porque refiere que saliendo el César fuera de la cámara imperial después de haber comido con los emperadores, le embistieron los alanos de George, y que Roger, viéndose acometido, se retiró hacia donde estaba la emperatriz Augusta, y cayó muerto junto a ella, atravesado de una estocada por las espaldas; y que cuando le llegó la nueva a Miguel, que estaba en otro cuarto de su palacio, del suceso de Roger, y que todo estaba alborotado por las muertes que los alanos ejecutaban en los catalanes descuidados, perdió casi el sentido, y preguntó si la emperatriz había recibido algún daño y si estaba segura; pero luego supo la ocasión de la muerte de Roger, y mandó que George viniese a su presencia, y le preguntó la ocasión que había tenido para hacer la muerte de Roger, y que le respondió que porque el imperio tuviese un enemigo menos. Así disculpa Pachimerio esta maldad; pero ya que Miguel expresamente no fue autor desta muerte, pero por lo menos la consintió y dejó de castigalla, con que se hizo participante del delito.

No se satisficieron los alanos con sólo la muerte de Roger; porque al mismo tiempo acometieron todos los catalanes y aragoneses que estaban en su compañía, y con atroces muertes los despedazaron; y dice Pachimerio que Miguel mandó a su tío Teodoro, que detuviese a los alanos y a las demás naciones, que encarnizadas con nuestra sangre salieron de Andrinópolis a degollar todos los que topasen de nuestra nación, que había muchos alojados por aquellas aldeas, y que esto lo hizo Miguel porque temió que los suyos no fuesen vencidos y que su ímpetu no les perdiese.

Con esto me parece que claramente se descubre el ánimo de Miguel, que fue sin duda de acaballes a todos. Toda la gente de a caballo que estaba junta acometieron a todos los catalanes y aragoneses dentro la ciudad y fuera della; pero algunos heridos y maltratados tomaron las armas y perdieron la vida que les quedaba con igual daño del enemigo. Escaparon sólo tres caballeros desta lastimosa tragedia, puesto que Nicéforo dice que escapó la mayor parte. El uno se llamaba Ramón Alquer, hijo de Gilabert Alquer, natural de Castellón de Ampurias; los otros dos eran Guillem de Tous y Berenguer de Roudor, de Llobregat; los demás, aunque no murieron luego,

fueron entonces puestos en hierros, y después con mayor crueldad quemados como después se referirá, por relación de Pachimerio. Estos tres caballeros, defendiéndose valerosísimamente, ganaron una iglesia, y apretándoles mucho en ella, se hubieron de retirar a una torre della, peleando con tanta desesperación desde lo alto, que no fue posible, por más que se procuró, matarles ni rendirles. Miguel, después de haber ejecutado su crueldad, quiso ganar fama de piadoso y clemente, y así mandó que nadie les ofendiese, y dióles salvoconducto para volver a Galípoli. Nicéforo difiere algo de Montaner en este hecho, porque dice que Roger fue con solos docientos caballos a Andrinópolis, y no para sólo verse con Miguel y darle cuenta de lo que se había determinado en materia de la guerra, como Montaner escribe, sino para pedirle dinero, y cuando lo rehusase, hacérselo dar por fuerza. Estas son palabras de Nicéforo, y a lo que yo puedo entender, dichas con poco acuerdo de lo que antes había referido, que Miguel estaba en Andrinópolis con un poderoso ejército; y no parece que un capitán tan prudente como Roger, a quien los mismos griegos llaman, siempre que se ofrece ocasión, hombre de gran prudencia, hiciese tan gran desatino, como lo fuera ir con solos trecientos de a caballo a amenazar un emperador que se hallaba dentro de una ciudad grande y con un ejército poderoso.

Capítulo XXVIII

La gente de guerra toma descubiertamente las armas contra los griegos, y en diferentes partes del imperio se matan los catalanes y aragoneses

La gente de guerra que estaba con Berenguer de Entenza y Rocafort les pareció tentar el último medio para que Andrónico les pagase. Enviaron al emperador tres embajadores para que resueltamente le dijese que si dentro de quince días no se les acudía con parte de lo mucho que se les debía, les era forzoso apartarse de su servicio y dar lugar a que sus armas alcanzasen lo que su razón y justicia nunca pudo. Recibió el emperador estos tres embajadores, que fueron Rodrigo Pérez de Santa Cruz, Arnaldo de Moncortés y Ferrer de Torrellas, y en presencia de la mayor parte de sus consejeros y ministros, y con mucha aspereza, les dijo que el imperio de los griegos no estaba tan acabado y destruido que no pudiese juntar ejércitos poderosos para castigar su atrevimiento y rebeldía, y aunque eran muchos los servicios que le habían hecho en la guerra de Oriente, ya los habían borrado con sus excesos y demasías y con la poca obediencia y respeto que tenían a su corona; que él haría lo que tocaba y fuese razón: en lo demás les aconsejaba que no se precipitasen con desesperación a lo que tan mal les estaba, y que no pidiesen con violencia lo que con la misma se les podía negar; que la fidelidad de que ellos tanto se preciaban se perdía si las mercedes se pedían por fuerza a su príncipe. Sin querer oír su respuesta ni dar lugar a más satisfacción, les mandó el emperador

que con más acuerdo se resolviesen y le hablasen. Después, dentro de pocos días, llegó la nueva a Constantinopla de la muerte de Roger y de algunas crueldades que los nuestros hicieron en Galípoli, y el pueblo se levantó contra los catalanes, según dice Pachimerio; pero Montaner refiere que en un mismo tiempo en todas las ciudades del imperio se degollaron los catalanes por orden de Andrónico y Miguel. Puede ser que en esto Montaner ande algo apasionado, atribuyendo toda la culpa a los emperadores; pero lo que yo tengo por cierto que el pueblo irritado ejecutó esta maldad y ellos no la atajaron.

En Constantinopla se levantó el pueblo, y acometió los cuarteles a do estaban los catalanes y como si fueran a caza de fieras, les iban degollando y matando por la ciudad. Después de haber degollado muchos, fueron a casa de Raúl Paqueo, pariente de Andrónico y suegro de Fernando Aonés el almirante, y pidió el pueblo que luego se les entregasen los catalanes que había dentro; y porque esto no se hizo tan presto como ellos quisieron, pegaron fuego a la casa, con que se abrasó todo cuanto había dentro; y aquí tengo por cierto que los tres embajadores y el almirante perecieron. El patriarca de Constantinopla salió a reprimir la multitud amotinada, y sin hacer efecto, con mucho peligro se retiró. La mayor dificultad que se ofreció para no poder oprimir a los catalanes todos a un tiempo fue por estar Galípoli bien defendido, y los que estaban alojados en las aldeas, con las armas en la mano, y más advertidos que los otros que estaban en diferentes partes.

Miguel, temiendo que los de Galípoli, sabida la muerte de Roger, no le acometiesen, mandó que el gran Primiserio fuese con todo lo grueso del ejército sobre Galípoli. Ejecutóse luego, y con la caballería más ligera se enviaron algunos capitanes para que les acometiesen antes que pudiesen ser avisados. Cogieron a la mayor parte divididos por sus alojamientos, en sus lechos y en sumo descanso, porque entre los que tenían por amigos les parecía inútil el cuidado de guardarse. Entró esta caballería por algunos casales, pasando por el rigor de la espada todos los aragoneses y catalanes que toparon. Las voces y gemidos de los que cruelmente se herían y mataban avisaron a muchos, que se pudieron poner en seguro, y la codicia de los vencedores, que ocupados en el robo dejaban de matar, también dio lugar a que muchos se escapasen.

En Galípoli, aunque lejos, se sintió el ruido y voces confusas con que los nuestros tomaron las armas, y quisieron salir a reconocer la campaña y certificarse del daño que temían; pero Berenguer de Entenza y los demás capitanes detuvieron el ímpetu de los soldados, que en todo caso querían que se les diese franca la salida; y como la obediencia de aquella gente no estaba en el punto que debiera, no se atrevió Berenguer a enviar algunas tropas a batir los caminos y tomar lengua, porque temió que tras dellas seguiría el resto de la gente, y quedaría Galípoli sin defensa, de cuya conservación pendía la salud común.

Discurríase variamente entre los nuestros la causa de tanto alboroto en las campañas y caserías vecinas de Galípoli. Decían unos que los griegos, oprimidos de la gente militar, se habrían conjurado Y tomado las armas para alcanzar su libertad; otros que, atravesando aquel angosto espacio de mar, los turcos acometían sin duda a nuestros cuarteles; pero en esta variedad de discursos jamás pudieron atinar la verdad de caso tan

inhumano. Con la noche y confusión del caso algunos de los nuestros llegaron a Galípoli libres, y sólo dieron noticia de que dentro de sus casas, en sus alojamientos, habían sido acometidos de gente militar y armada.

Capítulo XXIX

Berenguer de Entenza y los que estaban dentro de Galípoli, sabida la muerte de Roger, degüellan todos los vecinos de Galípoli, y el campo enemigo los sitia

Estando en esta turbación, tuvieron aviso cierto de la muerte de Roger y de la universal matanza de los catalanes y aragoneses en Andrinópolis, y juntamente de la que en la comarca de Galípoli se ejecutaba por orden de Miguel. Fue tanta la rabia y coraje de los catalanes, que dice Nicéforo, y concuerda con él Pachimerio, aunque Montaner lo calla, que mataron todos los vecinos de Galípoli, no perdonando a sexo ni edad; y Pachimerio encarece más la inhumanidad del caso, diciendo que hasta los niños empalaban: fiereza y maldad abominable, si fue verdad, aunque se puede dudar, por ser griego y enemigo este autor. Pero si en algún exceso tiene lugar la disculpa, fue en éste, pues con el ímpetu de la cólera la ejecutaron contra los griegos que tuvieron delante, en satisfacción de otra mayor crueldad hecha por ellos con mucho acuerdo y sin causa.

Desde este punto todo fue crueldad, rabia y furor de entrambas partes, que parece que la guerra no se hacía entre hombres, sino entre fieras. Pero sin duda que las crueldades de los griegos excedieron sin comparación a las que hicieron los catalanes; porque nunca violaron el derecho de las gentes ni ofendieron a sus enemigos debajo de palabra ni seguro, aunque en otras cosas los nuestros anduvieron muy sobrados y no guardaron las leyes de una guerra justa; pero la ocasión desto fue no quererlas guardar los griegos, con que quedan bastantemente disculpados los catalanes y aragoneses en esta parte, pues forzosamente la guerra se hubo de hacer con igualdad.

Juntáronse los capitanes con harta confusión y sentimiento a tratar de su remedio. Estaban en un estado tan lastimoso, que aun los mismos enemigos se podían compadecer de su miseria. Perdidos todos sus servicios, con que algún tiempo pensaban alcanzar quietud y descanso; perdida la reputación por el castigo, porque con él se había dado ocasión para que todo el mundo les tuviese en poco, pues tras tantas vitorias merecían tal premio; muertos gran parte de sus amigos, y su muerte a los ojos.

Hallábase a la sazón Galípoli sin bastimentos y sin fortificación alguna, cuando los enemigos, que allegaban al número de treinta mil infantes y catorce mil caballos, entre las tres naciones de turcoples, alanos y griegos, se pusieron casi sobre sus murallas, amenazando a los nuestros un lastimoso fin; porque el emperador Miguel juntó las fuerzas que pudo de

Tracia y Macedonia, a más de la gente que ordinariamente llevaba sueldo del imperio; y para dar más calor se salió de Andrinópolis, y se fue a Panfilo, y de allí envió al gran duque Eteriarca a Basila, y al gran bausi Umberto Palor a Brachialo, cerca de Galípoli, para apretar más los cercados.

La primera resolución que se tomó fue fortificar el arrabal, porque el enemigo no le ocupase y no llegase sin perder gente y tiempo, cubierto de las casas, a nuestros fosos y murallas, aunque en esto no dejaba de haber dificultad, por ser grande el espacio de los arrabales, y desigual para su defensa el pequeño número de nuestra gente. Hecho esto, determinaron de enviar embajadores al emperador Andrónico, que en nombre de toda nuestra nación se apartasen de su servicio, y le retasen para que ciento a ciento o diez a diez conforme al uso de aquellos tiempos, combatiesen en satisfacción de su agravio y de la muerte afrentosa de Roger y de los suyos, hecha tan alevosamente por Miguel su hijo y por los demás griegos. Enviáronse un caballero que Montaner llama Siscar, y a Pedro López, adalid, y dos almugávares y otros tantos marineros, que eran de todas las diferencias de milicia que había en nuestro ejército; y esto fue antes que se supiese en Galípoli la muerte de los tres embajadores primeros que fueron por orden de Berenguer de Entenza. En tanto que se esperaba la última resolución de Andrónico por medio de estos embajadores, el enemigo, poderoso en la campaña, apretó el sitio de Galípoli, y los nuestros, con su valor acostumbrado, con salidas y escaramuzas ordinarias, le fatigaban y detenían.

Capítulo XXX

Tienen los nuestros consejo; síguese el de Berenguer de Entenza, no por el mejor, pero por ser del más poderoso

Había entre los capitanes de Galípoli diversas opiniones sobre el modo de hacer la guerra; y así convino que las principales cabezas se juntasen en consejo para resolverse. Berenguer de Entenza dijo: «Si el valor y esfuerzo de hombres que nacieron como nosotros, amigos y compañeros, en algún trabajo y desdicha pudiera faltar, pienso sin duda que fuera en la que hoy padecemos, por ser la mayor y más cruel con que la variedad humana suele afligir los mortales, el ser perseguidos, maltratados y muertos por los que debíamos ser amparados y defendidos. ¿De qué sirvieron las vitorias, tanta sangre derramada, tantas provincias adquiridas, si al tiempo que se esperaba justa recompensa, debida a tantos servicios, con bárbara crueldad se ejecuta contra nosotros lo que vemos y apenas damos crédito? Por mayor suerte juzgo la de nuestros compañeros que murieron sin sentir el agravio, que la nuestra, que habemos de perecer con tan vivo sentimiento, porque dejar de tomar satisfacción de tantas ofensas y retirarnos a la patria, fuera indigno de nuestro nombre y de la fama que

por largos años habemos conservado; ni los deudos ni amigos nos recibieran en la patria, ni ella nos conociera por hijos, si muertos nuestros compañeros alevosamente, no se intentara la venganza y se borrara con sangre enemiga nuestra afrenta. Las pocas fuerzas que nos quedan, avivadas con el agravio, al mayor poder se podían oponer, y más favorecidas de la razón, que tan claramente está de nuestra parte. Vuestro ánimo invencible en la dificultad cobra valor, y en el mayor peligro mayor esfuerzo. El Asia quedó libre de la sujeción de los turcos por nuestras armas; nuestra reputación y fama también lo ha de quedar por ellas; y si Grecia se admira de tantas vitorias, hoy sentirá el rigor de vuestras espadas, que no supo conservar en su valor y defensa. Todos nos deben de tener por perdidos, o por lo menos navegando la vuelta de Sicilia con los navíos y galeras que nos quedan; pero su daño les desengañará, que ni el ánimo les acobardó, ni el agravio antes de su venganza permitió nuestra vuelta. Defender a Galípoli es lo que ahora nos importa, por estar a la entrada del estrecho, de donde se puede impedir la navegación y trato destes mares siempre que no corrieren por ellos armadas superiores a la nuestra; y así es forzoso buscar bastimentos y dinero para sustentalle. Los socorros tenemos lejos, tardos y quizá dudosos, porque a nuestros reyes ocupan otros cuidados más vecinos. Todos los príncipes y naciones que nos rodean son de enemigos; no hay que esperar otro socorro sino el que estos navíos y galeras que nos quedan podrán alcanzar de nuestros contrarios. Con esto haremos dos cosas importantes, buscar el sustento, que nos va ya faltando, y divertir al enemigo del sitio que tanto nos aprieta; y puesto que la guerra se deba hacer, como ya está determinado, es bien que sea en parte donde los enemigos no estén superiores, y se pueda más fácilmente alcanzar alguna vitoria, para que el crédito y reputación de nuestras armas vuelva a su debido lugar y estimación. Las costas destas provincias vecinas viven sin recelo, pareciéndoles que nuestras fuerzas no son bastantes a defendernos en Galípoli, y en tanto que el sitio durare, no dejaremos estas murallas. Este descuido parece que nos ofrece una ocasión cierta de hacelles mucho daño si con nuestras galeras y navíos acometemos estas islas y costas de su imperio; y pues soy autor del consejo, lo seré de la ejecución».

A las últimas palabras de Berenguer de Entenza, Rocafort se levantó con semblante y voz alterada, señales de su ánimo ocupado de la ira y venganza; dijo: «El sentimiento y pasión con que me hallo por la muerte de Roger y de nuestros capitanes y amigos no es mucho que turbe la voz y el semblante, pues enciende el ánimo para una honrada y justa satisfacción. Por el rigor de nuestro agravio, más que por la razón, debiéramos hoy de tomar resolución; porque en casos semejantes la presteza y poca consideración suelen ser útiles, cuando de las consultas salen dificultades. Retirarnos a la patria, mengua y afrenta de nuestro nombre sería, hasta que nuestra venganza fuese tan señalada y atroz como lo fue la alevosía y traición de los griegos; y así, en este punto siento con Berenguer de Entenza; pero en lo que toca al modo de hacer la guerra, opuestamente debo contradecille, porque paréceme yerro notable dividir nuestras fuerzas, que juntas son pequeñas y desiguales al poder del enemigo que nos sitia. Yo doy por cierto y constante que Berenguer robe, destruya y abrase las costas vecinas, como él ofrece; pero ¿quién nos asegura que al tiempo que él estuviere corriendo los mares, los pocos que

quedaren en Galípoli no sean perdidos? Y entonces Berenguer, ¿adónde pondrá su armada, dónde los despojos de su vitoria? No le queda puerto ni lugar seguro hasta Sicilia; pues yo por más cierto tengo el perderse Galípoli, si él sacare la gente que está en su defensa para guarnecer la armada, que seguro de su vitoria. Todos los capitanes famosos ponen su mayor cuidado en socorrer una plaza que el enemigo tiene sitiada, y para esto aventuran no sólo lo mejor y más entero de su campo, pero todas sus fuerzas; ¿y Berenguer estando dentro se ha de salir? ¿Quién asegura al soldado que su ida ha de ser para volver? El miedo y recelo común no se puede quitar, aunque su sangre y hechos claros son siguras prendas para los que nacieron como él. Nuestra venganza ya no pide remedios tan cautos y dudosos, ni a nosotros nos conviene el dilatar la guerra por ser poca, antes de ser menos; ejecutemos la ira; aventúrese en un trance y peligro nuestra vida; y así, mi último parecer es de que salgamos en campaña y demos la batalla a los que tenemos delante. Y aunque por la muchedumbre del ejército enemigo se puede tener la muerte por más cierta que la vitoria, la causa justa que mueve nuestras armas y el mismo valor que venció a los turcos, vencedores de los griegos, también puede darnos confianza de romper sus copiosos escuadrones, y abatir sus águilas como se abatieron sus lunas, y cuando en esta batalla estuviere determinado nuestro fin, será digno de nuestra gloria que el último término de la vida nos halle con la espada en la mano y ocupados en la ruina y daños de tan pérfida gente.» Prevalió este último parecer en los votos de los que se consultaban, por ser el más pronto, aunque de más peligro y de más gallardía; pero el poder de Berenguer de Entenza, mayor entonces que el de Rocafort, no dio lugar a que la ejecución fuese la que determinó la mayor parte. Y Ramón Montaner dice que las razones y ruegos de muchos no le pudieron hacer mudar de parecer,

En este medio tuvieron aviso que el infante don Sancho de Aragón había llegado con diez galeras del rey de Sicilia a Metellin, isla del Archipiélago y de las más vecinas a Galípoli. Berenguer de Entenza y los demás capitanes enviaron luego a suplicalle viniese a Galípoli a tomar los homenajes y juramento de fidelidad por el rey de Sicilia. Encarecieron su peligro y el descrédito del nombre de Aragón si no los socorría; súbditos que le habían hecho tan ilustre y grande. Don Sancho mostró luego con su presta resolución el deseo de su bien y conservación. Partió de Metellin con sus diez galeras, y vino a Galípoli, donde fue recibido con universal aplauso, creyendo que les ayudaría para tomar entera satisfacción de sus agravios, sirviéndole con parte de los pocos bastimentos y dinero que tenían; y sin precisa obligación de obedecelle, todos le reconocieron por cabeza.

Capítulo XXXI

Los embajadores de nuestro ejército, a la vuelta de Constantinopla, por orden del emperador fueron presos y muertos cruelmente en la ciudad de Rodesto

Los embajadores de nuestra nación enviados a fin de romper los conciertos que tenían con el emperador, y hecho esto desafialle, con harto peligro llegaron a Constantinopla, y puestos ante el bailío de Venecia y la potestad de Génova, y de los cónsules de los anconitanas y pisanos, magistrados y cabezas destas naciones que tenían trato y comunicación en las provincias del imperio, dieron las manifiestas siguientes: que habiendo entendido que por orden del emperador Andrónico y su hijo Miguel, en Andrinópolis y en los demás lugares de su imperio se habían degollado todos los catalanes y aragoneses que se hallaron en ellos, tanto soldados como mercaderes, viviendo ellos debajo de su protección y amparo, por cuya satisfacción los catalanes y aragoneses de Galípoli estaban resueltos de morir, y que estimaban en tanto su fe y palabra, que querían antes de romper la guerra, que constase como ellos, en nombre de todos los de su nación, se apartaban de los conciertos y alianzas hechas con el emperador, y que así los públicos instrumentos de allí adelante fuesen inválidos y de ningún valor, y que le retaban de traidor, y ofrecían de defender lo dicho en campo, ciento a ciento o diez a diez, y que esperaban en Dios que sus espadas serían el instrumento con que su justicia castigaría caso tan feo, pues a más de violar la fe pública matando los extranjeros que pacíficos y descuidados trataban en sus tierras, habían dado cruel y afrentosa muerte a quien les había librado della, defendido sus provincias, abatido sus enemigos y engrandecido su imperio. Que la insolencia de los soldados no era bastante causa para que contra ellos se ejecutara tan inhumana resolución. Castigáranse los soldados culpados a medida de sus delitos, sin que sus servicios les sirvieran de moderar la pena. Diéranles navíos y con que volver a la patria; que bastante castigo fuera enviarles sin premio; pero sin perdonar a sexo ni edad, llevando por aparejo inocentes y culpados, malos y buenos, había sido suma crueldad.

Dado el manifiesto, el bailío de Venecia con los demás dieron razón al emperador desta embajada, y queriendo tratar de algún acuerdo, no se pudo concluir, estando los ánimos tan ofendidos y cualquier palabra y fe tan dudosa; y así, se tuvo por más conveniente para entrambas partes una guerra declarada que una paz mal segura; que adonde falta la fe, el nombre de paz es pretexto y materia de mayores traiciones.

Respondió el emperador que lo sucedido contra los catalanes y aragoneses no había sido hecho por su orden; y que así, no trataba de dar satisfacción, siendo verdad que poco antes mandó matar a Fernando Aonés el almirante y a todos los catalanes y aragoneses que se hallaron en Constantinopla, que habían venido con cuatro galeras, acompañando a María, mujer del César, a su madre y hermanos; y aun Montaner aprieta más el hecho, pues dice que el propio día se ejecutaron estas muertes. Pidieron los embajadores que se les diese seguridad para su vuelta a Galípoli; fueles luego concedido, dándoles un comisario: con tanto se partieron a Rodesto, treinta millas lejos de Constantinopla, y por orden del comisario que les acompañaba fueron presos y, hasta veinte y siete, con los criados y marineros, y en las carnicerías públicas del lugar les hicieron cuartos vivos.

Esta maldad me parece que puede disculpar todas las crueldades que se hicieron en su satisfacción, porque ninguna pudo llegar a ser mayor que violar con tan fiera demostración el derecho universal de las gentes, defendido por leyes humanas y divinas, por inviolables costumbres de naciones políticas y bárbaras.

Este desdichado fin tuvieron las finezas de un capitán poco advertido. Dignas de alabanza son cuando hay seguridad en la fe y palabra del príncipe enemigo; pero cuando está dudosa, por yerro tengo el aventurarse. Nuestro rey el emperador Carlos V pasó por París, y se puso en las manos de su mayor émulo; fue su confianza tan alabada como la fe de Francisco; pero si la reina Leonor no avisara a Carlos, su hermano, de lo que se platicaba, fuera la confianza juzgada por temeridad, y la fe por engaño; con que claramente se muestra que alabamos o vituperamos por los sucesos, no por la razón. Berenguer de Entenza hizo notable yerro en enviar embajadores a príncipe de cuya fe se podía dudar; porque quien con tanta alevosía y crueldad quitó la vida a Roger y a los suyos, de creer es que en todo lo demás no guardara fe, ni diera por legítimos embajadores a los que venían de parte de los que él tenía por traidores; a más de que habiendo en los vecinos de Galípoli ejecutado tan gran crueldad, se había de temer otra mayor siempre que la ocasión se la ofreciera.

Capítulo XXXII

Envíanse embajadores a Sicilia, y sale Berenguer con su armada; gana la ciudad de Recrea, y vence en tierra a Calo Juan, hijo de Andrónico

Luego que se supo en Galípoli la muerte de sus embajadores, no se puede con palabras encarecer lo que alteró los ánimos y encendió los corazones a la venganza el verse maltratar tan inhumanamente de los que debieran ser amparados y defendidos. Cargaba todos los días sobre Galípoli gente de refresco, y apretaban a los de dentro más con el impedirles que no entrasen bastimentos por tierra, que con las armas, Berenguer de Entenza y todos los capitanes, con la resolución que habían tomado de no salir de Grecia sin haberse vengado, prevenían socorros; y así, les pareció que hiciesen dueño de sus armas al rey don Fadrique, y que le jurasen fidelidad para obligalle más a su defensa. Este fue su principal motivo, aunque al rey con razones de mayor consideración y de mayor utilidad le persuadían. Recibió el juramento de fidelidad en nombre del rey don Fadrique un caballero de su casa, que se llamaba Garcilópez de Lobera, soldado que seguía las banderas de Berenguer, y juntamente le eligieron por su embajador al rey, con Ramón Marquet, ciudadano de Barcelona, hijo de Ramón Marquet, ilustre capitán de mar, a lo que yo presumo, del gran rey don Pedro, y Ramón de Copona para que fuesen testigos del juramento de fidelidad que habían prestado en manos de Garcilópez de Lobera, y le diesen larga relación del estado en que se hallaban; que si en su memoria

tenía sus servicios, se acordase de dallas favor, pues en ello no solamente interesaban ellos, pero su aumento y grandeza; que advirtiese la puerta que le abrían ellos para ocupar el imperio de Oriente, y que se valiese de su venganza y desesperación, pues ellos ya estaban aventurados.

Partiéronse los tres embajadores a Sicilia; con que la gente quedó con algunas esperanzas de que don Fadrique les socorrería; porque siempre, aunque sean muy flacas, animan y alientan a los muy necesitados. El infante don Sancho, a la partida destes mensajeros ofreció, no sólo de seguir y acompañar a Berenguer en la jornada que tenía dispuesta, pero asistilles con sus diez galeras hasta que se supiese el ánimo y voluntad del rey. Entenza, en nombre de todos, aceptó el ofrecimiento, y agradeció al infante el haber tomado tan honrada resolución, digna de un hijo de la casa de Aragón. Con esto apresuró Berenguer su partida y embarcó la gente; pero al tiempo que quiso salir, don Sancho mudó de parecer, olvidado de la palabra que poco antes había dado, y faltando a su mismo honor y reputación; cosa que causó en todos novedad ver en tan poca distancia tomar tan diversas y encontradas resoluciones, sin haberse podido ofrecer, por la cortedad del tiempo, nuevos accidentes que le pudieran obligar. Y si los pudiera haber de tal calidad que obligaran a romper palabras dadas con tanto fundamento y razón, no se puede averiguar por lo que los antiguos nos dejaron escrito, la causa que pudo mover al infante a tomar resolución tan en descrédito suyo; pero por lo que respondió a Berenguer cuando le pidió que cumpliese su palabra, que fue decir solamente que así cumplía al servicio de su hermano, se puede presumir que advirtió el infante que había paces entre Andrónico y don Fadrique, y que sin expreso orden suyo no había de ocupar sus galeras en daño de un príncipe amigo. Esto bien me parece que pudiera disculpar al infante para no quedarse cuando no lo hubiera ofrecido; pero empeñada su palabra, y viendo maltratar los mejores vasallos y súbditos del rey su hermano, grande desconocimiento y mengua fue el de no asistilles y ayudalles; porque ya Andrónico, degollando a los catalanes y aragoneses que se hallaban en su imperio, rompió las paces primero.

Berenguer, con el sentimiento que debía, según él refiere en su relación que envió al rey don Jaime II de Aragón, dijo al tiempo que se partía, cuando sus ruegos y razones no le pudieron detener, que el infante fue como le plugo, y no como hijo de su padre. No perdieron los nuestros ánimos con la partida de don Sancho, ni verse desamparados de la mayor fuerza les hizo mudar parecer. Berenguer de Entenza embarcó en cinco galeras, dos leños con remos y diez y seis barcos, ochocientos infantes, cincuenta caballos, y salió de Galípoli la vuelta de la isla de Mármora, llamada de los antiguos Propóntide. Llegó a ella, entró su gente en tierra, y saqueó la mayor parte de sus pueblos, degollando sus moradores, sin perdonar edad ni sexo, destruyendo y abrasando lo que les pudiera ser de algún provecho y comodidad; porque como fue esta empresa la primera que ejecutaron después de tantos agravios, más se dio a la venganza que a la codicia.

Con la misma presteza y vigor volvió Berenguer a las costas de Tracia, y continuando los buenos sucesos, después de algunas presas de navíos, acometió a Recrea, ciudad grande y rica, y con poca pérdida de los suyos

la entró a viva fuerza. Ejecutóse en los vencidos el rigor acostumbrado; y recogido a los navíos y galeras lo más lucido y rico de la presa, entregaron a la violencia del fuego los edificios, porque hasta las cosas insensibles y mudas quisieron que fuesen testigos y memoria de su venganza.

Andrónico tuvo aviso de la pérdida de Recrea en tiempo que juzgaba a los pocos catalanes huyendo la vuelta de Sicilia, y para atajar los daños que Berenguer hacía de toda aquella ribera de mar que los griegos llamaban de Natura, mandó a Calo Juan, déspota, su hijo, que con cuatrocientos caballos y la infantería que pudiese recoger se opusiese a Berenguer, y le impidiese el echar gente en tierra. Junto a Puente Regia supo Berenguer que Calo Juan venía, y el número y calidad de sus fuerzas, y aunque en lo primero se juzgó por muy inferior, en lo segundo le pareció que aventajaba a su enemigo; y así, resolvió de echar su gente en tierra, y recibir a Calo Juan, que, avisado también por sus corredores cómo Berenguer con su gente habían puesto el pie en tierra, apresuró el camino, temiendo que no se retirasen, porque nadie pudiera creer que ricos y llenos de despojos quisieran los nuestros aventurarse sino forzados. Llegaron con igual ánimo a embestirse los escuadrones, y en breve espacio se mostró claramente que el valor es el que da las vitorias, y no la multitud, porque los nuestros quedaron vencedores siendo pocos, y los griegos rotos y degollados siendo muchos. Calo Juan escapó con la vida, y llegó a Constantinopla destrozado. Andrónico hizo tomar las armas al pueblo, porque toda la gente de guerra estaba sobre Galípoli, y temió que Berenguer no le acometiese la ciudad. Esta rota se dio el último día de mayo del año 1304. Fueron tan prontas estas vitorias, y alcanzadas en tan diversas partes y tan a tiempo, que los griegos juzgaron por mayores nuestras fuerzas, y que no era uno solo, Berenguer, el que les hacía el daño, sino muchos.

Capítulo XXXIII

Prisión de Berenguer de Entenza, con notable pérdida de los suyos

Con tan dichoso principio como tuvieron nuestras armas contra los griegos, gobernadas por Berenguer de Entenza, pareció pasar adelante y valerse de la fortuna y tiempo favorable, siendo el fin y remate de una vitoria el principio de otra. Resolvieron los nuestros acometer los navíos que estaban sumergidos en los puertos y riberas de Constantinopla y quemar sus atarazanas, empresa de mayor nombre que dificultad. Navegaron para ejecutar su determinación por la playa entre Paccia y el cabo de Gano con buen tiempo; pero al amanecer, descubriendo velas de la parte de Galípoli, tomáronse pareceres sobre lo que se debía hacer, viéndose cortados para volver a Galípoli, y todos conformes se metieron en tierra, y puestas en ella las proas lo más cerca que pudieron, las popas al mar, porque en aquellas que las proas no iban guarnecidas de artillería la mayor defensa

era lo alto de las popas, tomaron las armas, y bien apercebidos aguardaron lo que las diez y ocho galeras intentarían, que ya venían a dar sobre las nuestras. Estas diez y ocho galeras eran de genoveses, que ordinariamente navegaban aquellos mares, porque su valor o codicia les llevaba por lo más remoto de su patria, como a los catalanes de aquel tiempo. Reconocidos de una y otra parte, los genoveses fueron los primeros que les saludaron, con que los nuestros dejaron las armas, y como amigos y aliados se comunicaron y hablaron.

Advirtieron luego los genoveses, por lo que oyeron platicar de los sucesos que Berenguer había tenido, la mucha ganancia que les resultaría y el gusto que darían al emperador Andrónico y a los griegos si prendiesen a Berenguer y le tomasen sus galeras; y juzgando por menor inconveniente romper su fe y palabra que dejar de las manos tan importante y rica presa, enviaron a convidar a Berenguer de Entenza, dándole palabra de parte de la Señoría que no se les haría agravio ni ultraje alguno; que viniese a honrar su capitana, donde tratarían algunos negocios importantes a todos. Con esto Berenguer, sin advertir en lo pasado, y en los daños en que su confianza le había puesto, se fue a la capitana, donde Eduardo de Oria, con otros muchos caballeros, le recibió y acarició. Comieron y cenaron juntos con mucho gusto y amistad; tanto, que Berenguer se quedó a dormir en la capitana prosiguiendo hasta muy tarde algunas pláticas en razón de su conservación.

A la mañana, cuando quiso volverse a su galera, Eduardo de Oria le prendió y desarmó, y otros genoveses hicieron lo mismo con los demás que le acompañaban, y las diez y ocho galeras dieron sobre las nuestras, desapercibidas y descuidadas. Ganáronse luego las cuatro, con pérdida de 200 genoveses; pero la galera de Berenguer de Villamarín, que tuvo algún poco de tiempo para ponerse en defensa, la hizo de manera, que con tener sobre sí diez y ocho proas, no la pudieron entrar hasta que todos los que la defendían fueron muertos, sin escaparse un hombre solo: tanta fue la obstinación con que pelearon. Murieron en el combate desta sola galera 300 genoveses, y fueron muchos más los heridos. Pachimerio dice que los genoveses aquella noche que llegaron a juntarse con las galeras catalanas despacharon secretamente una de sus galeras a Pera, dándoles aviso que estaban con los catalanes, los cuales les decían que Andrónico estaba indignado contra ellos y que les quería castigar, y que les persuadían que juntos acometiesen a Constantinopla. Llegado el aviso a Pera, los genoveses dieron razón al emperador, y que él les ordenó que les acometiesen, ofreciendo de hacelles muchas mercedes; y así, al otro día ejecutaron lo referido.

Este lastimoso fin tuvo la jornada de Berenguer, mal determinada, bien ejecutada, digna de mayor fortuna; pero ¡qué difícilmente los consejos humanos pueden prevenir casos semejantes! Discurrióse en la determinación desta jornada entre los capitanes, de los peligros que pudieran sobrevenirle, y con ser tantos y tan varios los que se propusieron, fue este accidente ni imaginado ni previsto; con que claramente se muestra que los juicios de los hombres, aunque fundados en razón, no pueden prevenir los de Dios. Al infante don Sancho se debe culpar, porque fue la más cercana causa desta pérdida. Si, como debiera, acompañara a Berenguer, fueran las vitorias que se alcanzaran mayores, los genoveses no se

atrevieran, y las fuerzas de Galípoli se aumentaran; con que la guerra se hiciera con mayores ventajas y reputación.

Berenguer con serviles prisiones fue llevado, con algunos caballeros de su compañía, a Pera; y porque temieron que Andrónico no se les quitase para satisfacer en su persona los daños recibidos, le pasaron a la ciudad de Trapisonda, puesta en la ribera del mar de Ponto, donde los genoveses tenían factoría, y le tuvieron en ella hasta que las galeras volvieron. Los genoveses hicieron una cosa bien hecha; porque luego que tomaron las galeras catalanas se vinieron a Pera, sin querer entregar ningún prisionero a los griegos ni vender cosa de la presa, aunque el emperador les acarició y honró.

Con este buen suceso trató el emperador con los mismos genoveses que emprendiesen de echar a los catalanes que estaban en Galípoli, y ellos se lo ofrecieron con que les diese seis mil escudos. Fue contento Andrónico de ellos, y así se los envió; pero ellos, como gente atenta a la ganancia, pesaron el dinero, y hallándole faltar, se lo volvieron a enviar. Andrónico replicó que les satisfaría el daño, y entonces ya no quisieron, porque informados mejor de lo que emprendían, no les pareció igual paga. Supo el emperador que traían a Berenguer preso; procuró con amenazas y ruegos que se le entregasen, y últimamente ofreció por su persona veinte y cinco mil escudos. Todo se le negó, temiendo, a lo que yo sospecho, que el rey de Aragón no hiciese gran sentimiento si Berenguer, tan grande y principal vasallo suyo, padeciera afrentosa muerte en poder del emperador Andrónico; el cual tentó el medio más eficaz que pudo, ofreciendo a ciertos patrones destas galeras, para que con algún engaño se le entregasen, ocho mil escudos y diez y seis pares de ropas de brocado; pero descubierto el trato, no quisieron que Andrónico tentase alguna violencia; y así, se partieron, dejando muy desabrido al emperador.

A la entrada del estrecho Ramón Montaner, de parte de los que quedaban en Galípoli, llegó con una fragata a pedir a Eduardo de Oria le diesen la persona de Berenguer, y ofreció el dinero que pudieron recoger por su rescate, que fueron hasta cinco mil escudos; pero los genoveses no quisieron, o por parecerles poca la cantidad, a lo que tengo por más cierto, o por no irritar el ánimo de Andrónico si ponían en libertad un enemigo suyo en puesto que se tenía por sus mayores enemigos, de donde con mayor daño pudiese segunda vez destruir sus provincias y asolar sus ciudades. Desesperado Montaner de alcanzar su libertad, dióle parte del dinero que traía, y le ofreció que en nombre del ejército se enviarían embajadores al rey de Aragón y al de Sicilia para que se satisficiera agravio tan notable como prender debajo de seguro un capitán de un rey amigo.

Capítulo XXXIV

Los pocos que quedaron en Galípoli dan barreno a todos los navíos de su armada

Preso Berenguer de Entenza, y muertos los mejores caballeros y soldados que le siguieron, quedaron solos en Galípoli con Rocafort su senescal, mil y ducientos infantes y ducientos caballos, y cuatro caballeros, buenos soldados, Guillén Siscar y Juan Pérez de Caldés, catalanes, y Fernando Gori y Jimeno de Albaro, aragoneses, y con ellos Ramón Montaner capitán de Galípoli. Este tan poco número de gente defendió aquella plaza, y cuando supieron que Berenguer con su armada se había perdido, y que el socorro que esperaban había de venir por su mano ya no tenía lugar, aunque reconocieron el peligro cierto, no perdieron el ánimo; antes cobrando de la adversidad mayor esfuerzo, dieron ejemplo raro a los venideros de lo que se debe hacer en casos donde el honor corre riesgo de que alguna mal advertida resolución manche su limpieza, conservada largos años sin nota de infamia.

Tuvieron consejo, y en él hubo diferentes pareceres. Hubo algunos que les pareció forzoso el desamparar a Galípoli, y que tratar de defendella era desatino; que se embarcasen en sus navíos y fuesen la vuelta de la isla de Metellin, porque con facilidad la podrían ganar y con la misma defendella, de donde correrían aquellos mares con más seguridad suya y daño del enemigo; y que sus pocas fuerzas no daban lugar a mayor satisfacción. Fue tan mal recibido este consejo de los más, que con palabras llenas de amenazas le contradijeron, y determinaron que Galípoli se defendiese, y que fuese tenido por infame y traidor el que lo rehusase. Estimaron en tanto su determinación, que por quitarse el poder de mudalla barrenaron los navíos; con que perdieron la esperanza de la retirada por mar, quedándoles la que abriesen sus espadas en los escuadrones enemigos. Siguieron el ejemplo de Agatocles en África, y le dieron a Hernando Cortés en el Nuevo Mundo; entrambos celebrados en la memoria de los hombres por los más ilustres que el valor humano pudo emprender. Agatocles, rey de Sicilia, pasó con una armada a la África contra los cartagineses. Echada su gente en tierra, echó a fondo sus navíos, con que forzosamente hubo de vencer o morir; pero éste tenía más confianza y razón de vencer, porque llevaba consigo treinta mil hombres y la guerra solamente contra Cartago. Los catalanes se hallaron pocos, lejos de su patria y la guerra contra todas las naciones del Oriente. Superior a la mayor alabanza fue la determinación de Cortés; porque ¿quién pudo en ignotas provincias, distando inmenso espacio de su patria, echar a fondo sus navíos y escoger una muerte casi cierta por una vitoria imposible, sino un varón a quien Dios con admirable providencia permitió que fuese el que a su verdadero culto redujese la mayor parte de la tierra? No quiero hacer juicio si éste o el de los catalanes fue mayor hecho, porque pienso que son entrambos tan grandes que fuera hacelles notable injuria si para preferir al uno buscáramos en el otro alguna parte menos ilustre por donde le pudiéramos juzgar por inferior. Españoles fueron todos los que lo emprendieron; sea común la gloria.

Capítulo XXXV

Salen los nuestros de Galípoli a pelear con los griegos y alcanzan dellos señaladísima vitoria

Después de barrenados los navíos, contentos de verse fuera de peligro de perder la reputación con la retirada, dispusieron su gobierno. Dieron a Rocafort doce consejeros por cuyo parecer se gobernase. Esta elección se hacía por los votos de la mayor parte del ejército, y su poder en los consejos era igual al de Rocafort, y él ejecutaba lo que por parecer de los demás se resolvía. Hicieron sello para sus despachos y patentes, con la imagen de San George, y escritas en su orla estas letras: Sello de la hueste de los francos que reinan en Tracia y Macedonia. Prudentemente, a mi juicio, pusieron en lugar de catalanes, francos, por ser nombre más universal y menos aborrecido, y quisieron mostrar que aquel ejército era compuesto de casi todas las naciones de Europa contra los griegos, y que era causa común de todos el socorrelles. Por grandeza de ánimo tengo no estrechase los hombres al nombre de su patria, porque con este nombre no se extrañasen los españoles de otras provincias, italianos y franceses, sino dilatalle por todo el orbe de la tierra, patria común de todos los vivientes.

El enemigo se venía llegando a las murallas de Galípoli y estrechaba a los sitiados; y como en las ordinarias escaramuzas, aunque con mayor daño de los griegos, se perdía gente de nuestra parte, resolvieron de salir a pelear con todas sus fuerzas y aventurar en un trance de una batalla su vida y libertad: consejo que le deben seguir los que no pueden largo tiempo conservar la guerra.

No se hallaron en Galípoli para salir a pelear, entre infantes y caballeros, mil y quinientos, puesto que Nicéforo dice que fueron tres mil; pero el autor escribió por relación de los griegos, a quien el temor pudo engañar, y parecer doblado el número de los enemigos. Levantaron un estandarte, antes de salir a pelear, con la imagen de San Pedro; pusieronle sobre la torre principal de Galípoli con grandes demostraciones de piedad. Puestos de rodillas, después de haber hecho una breve oración al Santo, invocaron a la Virgen. Al poco tiempo que empezaron la Salve con devotas aunque confusas voces, estando el cielo sereno, les cubrió una nube, y llovió sobre ellos hasta que acabaron, y luego de improviso se desvaneció. Quedaron admirados de tan gran prodigio, y sintieron en sus corazones grandes afectos de piedad y religión, con que les creció el ánimo y tuvieron por cierta la vitoria, pues con tan claras señales el cielo les favorecía.

Reposaron aquella noche, no con poco cuidado de que fuese la última de su vida. Sábado por la mañana, que fue el siguiente, a los 21 de junio, salieron de sus murallas y reparos. El enemigo, dejando por guarda de sus reales, que estaban en Brachialo, dos millas de Galípoli, parte de su ejército, con ocho mil caballos y mayor número de infantes se adelantó a pelear. Los nuestros echaron su caballería por el lado izquierdo de su infantería, abrigándose por el derecho del terreno algo quebrado. Guillén

Pérez de Caldés, caballero anciano de Cataluña, llevaba el estandarte del rey de Aragón; Fernán Gori, el de don Fadrique, rey de Sicilia; que olvidados de sus príncipes, jamás olvidaron su memoria; el de San George dieron a Jimeno de Albaro, y Rocafort encomendó el suyo a Guillén de Tous.

Las centinelas que estaban en lo alto de las torres de Galípoli dieron la señal de acometer, porque descubrían mejor al enemigo, que venía mejorándose por los collados. Cerraron de una y otra parte con gallardía, y fue tanta la furia del primer encuentro, que afirma Montaner que los que quedaron dentro de Galípoli les pareció que todo el lugar venía al suelo, a semejanza de terremoto. No pudieron los griegos contra soldados tan pláticos y valientes, aunque con tanta desigualdad, salir con vitoria. Dieron luego la vuelta hacia sus reales, donde pensaron rehacerse. Los que quedaron en su defensa, viendo su gente rota, salieron a detener al enemigo, que con furia y rigor increíble venía ejecutando la vitoria. El nuevo socorro de gente descansada detuvo algo a los vencedores, porque era la mejor del ejército; pero repetido el nombre de San George, cerraron con igual ánimo, y segunda vez vencieron a los griegos, ganándoles sus alojamientos. Volvieron las espaldas Umberto Palor, Basila y el grande Eteriarca. Siguióse el alcance veinticuatro millas hasta Monocastano, degollando siempre sin resistencia alguna, porque la huida les hizo dejar las armas con que apretados pudieran defenderse de los nuestros, que esparcidos, cansados y pocos, les seguían; pero la vileza de los griegos era tanta, que refiere un autor que por las heridas en el rostro no osaban volvelle, aunque con sólo este riesgo se pudieran defender, última miseria a que puede llegar un hombre cuando teme las heridas más que la infamia. La mayor parte de los griegos vencidos murieron ahogados, porque seguidos de los catalanes, de quien no esperaban buena guerra, sino afrenta y muerte, se arrojaban en los barcos y leños de la ribera, cargando en ellos más gente de la que pudieran llevar; con cuyo peso, con la priesa de los que entraban, venían al fondo y se abrían, ayudando a esta pérdida los propios catalanes, que metidos en el agua, a cuchilladas, y asidos de los bordes de los barcos, les forzaban a echarse en el agua o morir. Con la noche dejaron el alcance, y cerca de la media volvieron a Galípoli, sin haber reconocido los despojos que el enemigo les dejaba, juzgando por mayor ganancia quitar vidas y derramar sangre de los que con tanta impiedad quitaron las de sus compañeros y amigos.

A la mañana salieron a recoger la presa, y fue de manera, que tardaron ocho días en retiralla dentro de Galípoli; vestidos de seda y oro, en aquel tiempo más estimados por no ser tan comunes, en gran cantidad; armas lucidas y joyas de mucho precio, tres mil caballos de servicio, y bastimentos en tanta abundancia, que en muchos días no se pudiera temer en Galípoli falta dellos. Murieron de los vencidos veinte mil infantes y seis mil caballos, y de los nuestros un caballo y dos infantes: no me atreviera a referillo, por parecerme caso imposible, si autores de mucho crédito no refirieran semejantes acontecimientos. Paulo Orosio, escritor antiguo y cristiano, cuenta de Agatocles que degolló con dos mil hombres treinta mil cartagineses con su general Annon y él perdió solos dos hombres.

Capítulo XXXVI

Previénese Miguel Paleólogo para venir sobre Galípoli; los nuestros salen a pelear con él tres jornadas lejos, y entre los lugares de Apros y Cipsela se da la batalla; sale della Miguel vencido y herido

La buena dicha de nuestras armas puso en cuidado al emperador Andrónico y a Miguel su hijo, porque nunca creyeron que gente tan poca se les pudiera dar, y forzalles a poner todas las fuerzas del imperio para su ruina. Con el suceso de Galípoli resolvieron los emperadores de juntar sus gentes, y dar sobre los nuestros antes que pudiesen de Cataluña o de Sicilia llegar socorros. Destas prevenciones y aparatos de guerra fueron los nuestros avisados por una espía griega, que Montaner envió con harto recelo de que volviese, porque otras de la misma nación, que a diversas partes se enviaron, no volvieron. Catalanes no podían servir en esta ocupación, porque siempre eran conocidos, aunque con traje y lenguaje griego se procuraban encubrir. Con este aviso se resolvieron todos de salir a buscar al enemigo tierra adentro, resolución tan gallarda como cualquiera de las otras que tomaron. No pienso yo que tantas finezas ni bizarrías se puedan haber leído en otras historias; y así, algunas veces temo que mi crédito y fe se ha de poner en duda; pero advertido el que esto leyere que Nicéforo Gregoras y Pachimerio, autores griegos, y por serlo, enemigos, y Montaner, catalán, concuerdan en lo que parece más increíble tendrá por verdad lo que escribimos. Montaner refiere que la principal causa que les movió a seguir este consejo fue verse ya ricos y prósperos, y temer que la sobrada afición de sus riquezas y el temor de perdellas no les hiciera perder algo de su reputación.

Siguiendo los consejos más cautos y menos honrosos, dejaron en Galípoli de guarnición, donde quedaban su hacienda, mujeres y familia, cien almugávares, y partieron la vuelta de Andrinópolis, plaza de armas de aquel ejército que se juntaba contra ellos, con firme determinación de pelear con Miguel, aunque fuese asistido del mayor poder de su imperio.

Caminaron tres días por Tracia, destruyendo y talando la campaña. Llegaron a poner una noche sus cuarteles a la falda de un monte poco áspero. Las centinelas que pusieron en los altos descubrieron de la otra parte grandes fuegos; enviáronse reconocedores, y poco después volvieron con dos griegos prisioneros, de quien se supo la ocasión de los fuegos, que fue por estar Miguel acuartelado con seis mil caballos y mucho mayor número de infantes entre Apros y Cipsela, dos aldeas pequeñas, aguardando lo restante del campo. Quisieron algunos que aquella misma noche se atravesase la montaña que les dividía y diesen sobre los enemigos descuidados; y no me parece que aprobaron este consejo, no sé por qué razón; porque, puesto que forzosamente se había de pelear con ellos, más fácil fuera con la oscuridad y confusión de la noche aventurarse, que aguardar la mañana, cuando siendo tan pocos, pudieran ser mejor reconocidos. Después de haberse todos confesado y recibido el sacramento de la Eucaristía,

hicieron un solo escuadrón de su infantería, la caballería dividen igualmente en dos tropas, a cada lado del escuadrón la suya, y otro escuadrón dejaron en la retaguarda para socorrer adonde la necesidad le llamase.

Caminaron la vuelta del enemigo; al salir del sol se hallaron de la otra parte de la montaña, de donde descubrieron al enemigo, más poderoso de lo que la espía les dijo, y fue porque dos horas antes llegó la mayor parte de su ejército, que le faltaba. Reconoció el enemigo su venida; y como entre infantes y caballos no llegaban a tres mil los nuestros, juzgaron que venía a rendir las armas y entregarse a la clemencia de Miguel; y esto lo tuvieron por tan cierto, que ni querían tomar las armas ni salir de sus cuarteles. Pero Miguel, que con tanto daño suyo conocía por experiencia el valor de sus enemigos, sacó su gente, y él se armó y puso a caballo, ordenando los escuadrones en esta forma. La infantería, repartida en cinco escuadrones, a cargo de Teodoro, tío de Miguel, general de toda la milicia que había venido del Oriente; en el cuerno siniestro puso las tropas de caballería de los alanos y turcoples, a cargo de Basila; en el cuerno derecho se puso la caballería más escogida de Tracia y Macedonia, con los válacos y los aventureros, a orden del gran Eteriarca; en la retaguarda quedó Miguel con los de su guarda y parte de la nobleza que asistía a su defensa. Acompañábale el déspota su hermano, y Senacarip Angelo, que este día no quiso tener gente de guerra a su cargo, por hallarse ocupado en la defensa del emperador y tener cuidado de la seguridad de su persona. Reconoció Miguel sus escuadrones, y animados a la batalla, vinieron cerrando. Los nuestros, divididos en cuatro escuadrones, con gran ánimo y resolución, los primeros con quien se toparon fueron los alanos y turcoples, que su caballería embistió el primer escuadrón de almugávares, que invencible quebrantó su furia; tanto, que dice Pachimerio que luego se retiraron huyendo, aunque Nicéforo dice que los masagetas y turcoples, cuando tocaron las trompetas para embestir, huyeron, porque tenían resuelto los alanos de no servir al emperador, y los turcoples tenían trato con los catalanes. De cualquier manera que ello fuese, o después de haber embestido o antes, ellos huyeron, y la infantería, descubierta por el siniestro lado de toda la caballería que le sustentaba, quedó, dice Nicéforo, como la nave sin árbol y sin velas en la mayor furia de la tempestad. Parte de nuestra caballería, que se había juntado de almugávares, y marineros, había desmontado y acometido a pie por aquella parte. La ocasión que tuvieron para desmontar estas tropas fue sólo por hallarse inútiles en este género de servicio, y que si no dejaran los caballos no pudieran pelear. Los demás escuadrones de infantería, libres de la mayor parte de la caballería enemiga que les pudiera dañar, cerraron por la frente tan vivamente, que degolladas las primeras hileras, donde estaban sus más lucidos y valientes soldados, todo lo demás de la infantería se puso en huida, aunque la caballería de Tracia y Macedonia, como la mejor y de mayor reputación de aquellas provincias, mantuvo por gran rato su puesto, peleando con nuestra caballería, y defendió uno de sus escuadrones que no fuese roto hasta que los almugávares le abrieron por el otro costado y por la frente, y entonces su caballería, con mucha pérdida, dejó el puesto, huyendo la vuelta de Cipsela.

Miguel, como buen príncipe y valiente soldado, viendo sus escuadrones

rotos, y su caballería parte retirada y parte deshecha, y en quien tenía puesta la mayor esperanza de vencer, sacó su caballo la vuelta del enemigo, y luego repentinamente quedó el caballo sin freno, y se arrojó la vuelta de los enemigos. Detenido de los que estaban en su guarda, hubo de subir en otro caballo, y sin tener por mal agüero el haber perdido el freno su caballo, se metía por lo más peligroso, y con gran presteza animaba a unos, socorría a otros, cuándo con amenazas, cuándo con ruegos, llamando a sus capitanes y maestros de campo por sus nombres, que volviesen las caras, que resistiesen, que no perdiesen aquel día con tanta mengua la reputación del imperio romano. Los soldados y capitanes, perdido una vez el miedo a su fama, y puesto en ejecución caso tan feo como desamparar la persona del Príncipe, también le perdieron a sus ruegos y quejas; porque cuanto mayor es la infamia de un hecho, tanto más difícil es el arrepentimiento. Entonces Miguel quiso con el ejemplo, ya que no pudo con las palabras, obligalles; y juzgando por grande afrenta no aventurar su vida por la de los suyos, vuelto a los pocos que le seguían, les dijo: «Ya llegó el tiempo, compañeros y amigos, en que la muerte es mejor que la vida, y la vida más cruel que la misma muerte. Muérase con reputación, si se ha de vivir con infamia.» Y levantando el rostro al cielo, pidiéndole su ayuda, se arrojó con su caballo en medio de los nuestros. Siguiéronle hasta ciento de los más fieles, y por un grande espacio puso la vitoria en duda: tanto puede en semejantes ocasiones la persona del príncipe que se aventura. Hirió a muchos y mató a dos. Un marinero catalán, llamado Berenguer, que en la jornada de este día se halló sobre un buen caballo y con lucidas armas, despojos de la vitoria pasada, anduvo entre los enemigos tan bizarro, que Miguel por entrambas causas le tuvo por algún señalado capitán de nuestra nación, y con deseo de mostrar su esfuerzo se fue para él y le dio una cuchillada en el brazo izquierdo. Revolvió sobre Miguel el marinero con tanta presteza, que sin darle tiempo de sacar su caballo, a golpes de maza le hizo saltar el escudo, y le hirió en el rostro, y al mismo tiempo le mataron a Miguel el caballo, y le tuvieron casi rendido; pero algunos de su guarda le socorrieron valientemente, y uno dellos le dio su caballo, con que se salvó, quedando muerto por librar a su príncipe. Miguel, perdida la mayor parte de su gente, y libre del peligro por su valor y por su dicha, se salió de la batalla, llevado más por la fuerza de los suyos que por su voluntad. Intentó muchas veces volver a cobrar la reputación perdida; pero siempre fue detenido, y su coraje reventó en lágrimas. Retiróse dentro del castillo de Apros, con que la vitoria se declaró por nosotros.

No se siguió el alcance, porque entendieron siempre que a los griegos les quedaban fuerzas enteras para volver segunda vez a pelear, y temieron alguna emboscada, según Pachimerio dice; y añade que fue particular providencia de Dios el miedo que tuvieron los catalanes de la emboscada, para detenelles que no ejecutasen la vitoria, donde perecieran muchos más, y Miguel llegara a sus manos. Contentáronse con quedar señores del campo, y aguardar la mañana, que les desengañaría de sus sospechas. Toda aquella noche se estuvo con las armas en la mano. Llegó la mañana, y reconocieron que su vitoria había sido con entero cumplimiento.

Acometieron a Apros el mismo día, que defendido sólo de sus vecinos, fácilmente se entró. En este lugar se detuvieron ocho días para que los

heridos se curasen y los demás descansasen del trabajo y fatiga de la batalla. Súpose luego cómo la gente que Miguel aguardaba, según las espías refirieron, ya se le había juntado antes de la batalla, y que todo estaba vencido. Perecieron, según Montaner, del enemigo diez mil caballos y quince mil infantes; de los nuestros, veinte y siete, y nueve caballos. Retirado Miguel dentro de Apros, no se tuvo por seguro y aquella misma noche se salió, y se fue a Panfilo, y de allí a Didimoto, donde estaba su padre, de quien cuenta Nicéforo que fue reprehendido gravemente porque puso su persona tan atrevidamente en tanto riesgo; que lo que en un soldado o capitán se debía de alabar, en un emperador era digno de reprehensión: palabras nacidas de la afición de un padre, más de lo que debiera aconsejar si no lo fuera; porque no sé yo que tenga el príncipe mayor obligación de aventurarse que la que Miguel se aventuró, cuando ve sus escuadrones deshechos, su reputación en peligro, su gente muerta y sus estados perdidos. ¿Qué príncipe de los celebrados en la memoria de las gentes dejó de poner su vida al mayor riesgo, cuando la importancia y grandeza del caso es de tal calidad?

Con esta vitoria la mayor parte de la provincia de Tracia quedó por despojos de los nuestros. Las ciudades populosas y fuertes no padecieron en esta común tempestad, porque siendo los catalanes tan pocos, no se querían ocupar en asaltar murallas, donde forzosamente habían de perder gente; y si algunas tomaron, fue porque el descuido del enemigo les convidó para que lo pudiesen hacer sin aventurarse mucho. Los moradores de las aldeas y poblaciones de griegos de toda la provincia, sabida la pérdida de su ejército, dejaron sus casas y haciendas y el trigo que estaba ya para recoger, y peregrinando por reinos vecinos, acrecentaron el temor de nuestra venganza; y dice Pachimerio que entraba de todas partes infinita gente huyendo, y que parecía Constantinopla la esfera de Empédocles.

Fue ocasión esta vitoria de que sucediese en Andrinópolis un caso lastimoso a los catalanes que estaban presos desde la muerte de Roger, que llegaban al número de sesenta. Tuvieron aviso de la vitoria de Apros y animáronse a intentar su libertad. Estaban en una cárcel fuerte de una torre; rompieron los grillos, y acometiendo una puerta, no la pudieron abrir; subieron a lo alto de la torre para reconocer algún camino de su libertad; no fue posible hallarle, y como desesperados de hallar piedad en los griegos, desde arriba, con las armas que pudieron alcanzar, pelearon valientemente con los ciudadanos de Andrinópolis, que sitiaron la torre y la procuraron ganar a fuerza de armas; pero fue tanto el valor de los que la defendían, que no fue posible hacerles daño. Finalmente, después de muchas heridas, los ciudadanos, desesperados de poderles rendir, se resolvieron de quemar todo el edificio y torre. Diéronle fuego por todas partes, y en poco rato se encendió, con gran ruina del edificio. Por entre las llamas y el fuego arrojaban piedras y dardos, y medio abrasados peleaban. Despidiéronse, y abrazados unos con otros, hecha la señal de la cruz -así lo dice Pachimerio-, se arrojaron en el fuego todos; y entre ellos dos hermanos de linaje ilustre y de ánimo valeroso, abrasándose con gran lástima de los circunstantes, se arrojaron de la torre, y escaparon del fuego, que con más piedad les perdonó que el hierro de los pérfidos griegos, de quien fueron despedazados. Entre estos sesenta, sólo hubo uno que diese muestras

de rendirse, a quien los otros arrojaron de la torre. Después de haber destruida y talada la mayor parte de la provincia, volvieron a Galípoli, acrecentados de reputación, de hacienda y de gente que se les juntaba de italianos, franceses y españoles, que pudieron escapar de la crueldad y furia de los griegos.

Capítulo XXXVII

Estado de las cosas de Andrónico y de los griegos

En todos tiempos y edades se ha mostrado la igualdad de la justicia divina, pero en unos se ha señalado más que en otros con el azote de alguna pestilencia, hambre o guerra. Esta última se tomó para castigo de Andrónico y de los griegos, que apartados de la obediencia de la romana Iglesia, madre universal de los que militan en la tierra, cayeron en mil errores, y por ellos y por los demás pecados que antes se siguieron permitió Dios que los catalanes fuesen los ministros de su ejecución. Añadióse a los daños de la guerra males y divisiones caseras, que entre los príncipes suele ser el último y mayor de los trabajos, porque con él se confunden los consejos y se enflaquecen las fuerzas, y es un breve atajo para su ruina.

Irene, mujer del emperador Andrónico, juzgaba por cosa indigna de su grandeza y sangre que sus tres hijos Juan, Teodoro y Demetrio no tuviesen parte en el imperio de su padre, por tener hijos de otra madre, llamados primero a la sucesión: Miguel, ya nombrado por emperador, y Constantino, déspota. Procuró por todos los medios posibles que su marido Andrónico dividiese entre sus hijos algunas provincias de su imperio; no le fue concedida esta demanda. Volvió segunda vez a tantear otro medio, más perjudicial y dañoso para el imperio que el primero, y fue pedir que les declarase sucesores y compañeros de Miguel, su hermano; negósele también; con que Irene, mujer ambiciosa, conociendo el amor grande de su marido, y que apartándose dél doblara a su constancia, y que el deseo de volvella a ver fuera más poderoso que lo habían sido sus ruegos, fué a Tesalónica con gran contradicción de su marido, aunque por no publicar males tan íntimos y secretos, mostró en lo exterior que no le displacía. Nunca ausencia se tomó por medio para acrecentar una afición; antes suele ser con que la mayor se desvanece, como siempre suele experimentarse. El amor y afición de Andrónico se fue perdiendo, y la mujer, al mismo paso desesperando y cerrando la puerta a su pretensión, trocó los ruegos en amenazas. Admitió pláticas y tratos de príncipes extranjeros enemigos de Andrónico; envió a llamar a su yerno Crales, príncipe de los tribalos y de Serbia, casado con su hija Simónide, y le dio todas las joyas y tanto dinero, que Nicéforo quiere que con él se pudiera fundar renta para sustentar cien galeras en defensa de los mares y costas del imperio. Con esta división, ¿qué poder no se deshiciera, qué reino no se acabara, y más

sobreviniendo un ejército de gente enemiga a quien el deseo de su venganza puso en la necesidad de morir o vencer?

Capítulo XXXVIII

Los nuestros hacen algunas correrías y toman a las ciudades de Rodesto y Pactia

Retirados a Galípoli después de la vitoria, quedaron dueños absolutos de la campaña, y Andrónico sin atreverse a salir de Constantinopla ni Miguel de Andrinópolis: tan apretados les tuvieron nuestras armas.

Andrónico, a las quejas de tantos daños como hacían los catalanes en sus provincias, encogió los hombros, atribuyendo a sus pecados el castigo que Dios le enviaba, y confesaba que no era poderoso para resistirles. Hasta Maronea, Ródope y Bizia, ciento y setenta millas de Galípoli, entraban haciendo correrías, con universal temor y asombro de todas las provincias, porque no había lugar que estuviese libre de su furia, por remoto y apartado que fuese. Las ciudades que por su fortaleza de muros no podían ser acometidas, sentían estos males en sus vegas y en sus jardines, quemando y talando lo más estimado, y haciendo prisioneros a muchos, de quien sacaban grandes y continuos rescates; y no sólo compañías enteras, pero cuatro o seis soldados hacían estos lances. Pedro de Maclara, almugávar, que servía en la caballería, hallándose una noche entre sus camaradas desesperado de haber perdido lo que tenía al juego, resolvió de rehacer la pérdida y despucarse con algún daño de sus enemigos, de que le resultase provecho. Subió a caballo, y con dos hijos que tenía, caminando siempre entre enemigos, llegó a los jardines que están pegados a Constantinopla, donde luego la suerte la puso entre manos un padre y un hijo mercaderes genoveses. Hízolos prisioneros y dio con ellos en Galípoli sin que persona alguna se lo estorbase, con haber veinte y cinco leguas de retirada. Hubo por su rescate mil y quinientos escudos, con que el almugávar recompensó lo perdido y ganó reputación de valiente y plático soldado.

Estas y muchas otras correrías refiere Montaner que se hacían con igual felicidad y admiración: a tanto llegó el atrevimiento de los catalanes. Vióse Roma cabeza del mundo, conocida entonces en tanta grandeza y gloria, que desvanecida con sus vitorias y triunfos, se atribuyó el renombre de eterna; pero las armas de los godos y vándalos mostraron cuán breves fueran sus glorias y cuán falso su atributo. Lo mismo sucedió a Constantinopla, cabeza del imperio oriental, en quien juntamente se levantaron y merecieron el poder y la piedad por el grande Constantino, en cuyos sucesores se conservó, hasta que la ira de Dios ejecutó su castigo, entregándola por despojos a naciones extrañas, y en este tiempo casi forzada de pocos catalanes y aragoneses a recibir leyes la que las daba a tantos reinos y gente.

Ardía en los corazones de los catalanes el deseo de vengar la muerte afrentosa de sus embajadores en los naturales y vecinos de Rodesto, donde tan inhumanamente fueron despedazados y muertos. Salieron a esta jornada hasta los niños, en quien fue más poderosa la pasión de su venganza que la flaqueza de su edad. Estaba esta ciudad ribera del mar, sesenta millas de camino por tierra de Galípoli. Para llegar a ella forzosamente se habían de dejar los nuestros pueblos enemigos a las espaldas, y esta siguridad causó descuido en los vecinos de Rodesto, porque nunca creyeron que los catalanes se aventurarían sin tener la retirada llana y sin peligro; pero estas dificultades fueran bastantes si el agravio no las atropellara.

Al amanecer escalaron las murallas y la entraron sin hallar resistencia, ejecutando muertes con tanta crueldad, que por este hecho primeramente, y por los demás que fueron sucediendo, quedó entre los griegos hasta nuestros días por refrán: «La venganza de catalanes te alcance». Esta es la mayor maldición que entre ellos tienen agora la ira y el aborrecimiento: tan viva se les representa siempre la memoria de aquel estrago. Dice Montaner, encareciendo el desorden que hubo por nuestra parte, que los capitanes y caballeros no pudieron detener ni impedir las crueldades que los vencedores ejecutaron en los vencidos, porque perdido el temor de Dios y el respeto debido a sus capitanes, y el de su misma naturaleza, despedazaban cuerpos inocentes, por la edad incapaces de culpa; hasta los animales quisieron entregar a la muerte, porque en el lugar no quedase cosa viva.

De allí pasaron a Pactia, ciudad vecina, y la ganaron con la misma facilidad y trataron con el mismo rigor. Parecióles a nuestros capitanes ocupar estos puestos, porque la gente iba creciendo y era ya bastante para dividirse y acercarse a Constantinopla, cuya perdición y ruina era el último fin de sus peligros y fatigas. A Montaner dejaron en Galípoli sólo con algunos marineros. cien almugávares y treinta caballos.

Capítulo XXXIX

Fernán Jiménez de Arenós llega a Galípoli, entra a correr la tierra, y al retirarse rompe dos mil infantes y ochocientos caballos del enemigo

Fernán Jiménez de Arenós, uno de los más principales capitanes aragoneses que vinieron con Roger en Grecia, por algunos disgustos, como dijimos arriba, se apartó de nuestra compañía. Con los pocos que le siguieron se fue al duque de Atenas, donde se detuvo algún tiempo, sirviendo en las guerras que el duque tuvo con sus vecinos, que fueron muchas y varias; accidentes forzosos que padecen los estados pequeños que tienen por vecinos príncipes poderosos. En todas ellas Fernán Jiménez ganó reputación y ocupó lugar honroso; pero el peligro de sus amigos en su ánimo pudo tanto, que dejó sus acrecentamientos seguros y ciertos por socorrelles con su persona. Habida licencia del duque, con una galera, y en ella ochenta

soldados viejos, llegó a Galípoli. Fue de todos recibido con notables muestras de agradecimiento. Diéronle muchos caballos y armas para poner su gente en orden, y con algunos amigos que le quisieron seguir juntó trecientos infantes y sesenta caballos, y con ellos entró la tierra adentro. Después de haberse visto con los capitanes que estaban en Rodesto y Pactia, y comunicado con ellos su resolución, caminó con su gente la vuelta de Constantinopla, y pasado el río que los antiguos llamaron Batinia, saqueó y quemó muchos pueblos a vista de la ciudad. Andrónico, de los muros miraba como se ardían las casas, y creyendo que todo nuestro campo era el que tenía delante, no quiso que saliese gente; antes la puso en guarda y seguridad de Constantinopla, repartida por sus muros, esperando que nuestras espadas, se habían de emplear aquel día en su última ruina. Recelos fueron estos de Andrónico bien fundados y advertidos, porque el pueblo, lleno de pavor, acostumbrado al ocio, no trataba de tomar las armas para su propia defensa. La gente de guerra mercenaria de turcoples y alanos, ni por naturaleza ni por beneficios obligada al servicio de su príncipe, rehusaba y temía los peligros, a más de las sospechas del trato que tenían con nuestros capitanes. Entre estos temores y desconfianzas andaba metido Andrónico, cuando supo que Fernán Jiménez de Arenós con solos trecientos era el autor de tantos daños, y que Rocafort con el grueso del ejército andaba junto a Ródope. Entresacó Andrónico de su caballería ochocientos, y con dos mil infantes les mandó salir a cargar a Fernán Jiménez, que se retiraba con riquísima presa. Salieron con buen ánimo y resolución, y pasando aquella noche el río, ocupando un puesto aventajado, paso forzoso para los nuestros, se pusieron en emboscada. Descubriéronla luego los corredores de Fernán Jiménez; y como la retirada no podía ser por otra parte, hecho alto, dijo a los suyos: «Ya veis, amigos, que el enemigo nos tiene cerrado el paso y que sólo puede allanalle nuestro valor. Lo que en esto se interesa no es menos que la vida, puesta en último peligro. Los contrarios que tenemos delante son los mismos que habéis vencido tantas veces con mayor desigualdad; su multitud sólo ha servido siempre de aumentar nuestras victorias; tan sigura la tenemos en esta como en las demás ocasiones, pues se resuelven, según vemos, de aguardarnos y pelear. El puesto aventajado les da confianza, olvidados de que nuestras espadas penetran defensas y reparos inexpugnables. Conozca esta gente vil que dondequiera les ha de alcanzar el rigor de nuestra justa venganza.» Dicho esto, hizo cerrar su infantería de almugávares, y él con sus pocos caballos embistió las tropas de la caballería enemiga. Peleóse valientemente; pero los dos mil infantes griegos, acometidos de los trecientos almugávares, fueron casi todos degollados con tanta presteza, que tuvieron lugar de socorrer a Fernán, que andaba peleando con la caballería; y fue tan importante su ayuda, que luego dejaron los enemigos el paso libre, con pérdida de 600 caballos entre muertos y presos. Vitoriosos y llenos de despojos, pasaron adelante, y llegaron a Pactia, donde Rocafort poco antes había llegado de correr de Ródope.

Capítulo XL

Fernán Jiménez gana el castillo y lugar de Módico

Parecíale a Fernán Jiménez que para asegurar sus cosas importaba tomar alguna plaza donde pudiese tener cuartel aparte del que tenía Rocafort, porque su condición no daba lugar a que pudiesen vivir juntos. La nobleza de sangre de Fernán y su trato llevaban tras sí a muchos de los que seguían a Rocafort; pero temiendo su ira, como del más poderoso, no osaban descubiertamente dejarle sin tener la seguridad de alguna plaza. Módico, lugar del enemigo más vecino, puesto a la parte del estrecho, al mediodía de Galípoli, fue el que pareció intentar de ganalla por interpresa; y como no les sucedió bien, pegados casi al lugar se fortificaron y abrieron sus trincheras.

Condenaban la resolución de Fernán los bien entendidos del arte militar, porque con 200 infantes y ochenta caballos que solos tenía no se podría emprender cosa tan difícil como lo era ganar un pueblo, habiendo dentro setecientos hombres para tomar armas; pero la vileza de sus ánimos y la constancia de los nuestros hizo fácil lo imposible. Cuando a una nación le falta la industria y el valor, forzosamente ha de dar buenos sucesos al enemigo que la quisiere sujetar, porque ni el número de la gente ni la defensa de las murallas le sirve de reparo. Los miserables griegos deste pueblo, con ser 700, y los nuestros apenas trecientos, se encerraron dentro sus murallas, como si todo el campo de los catalanes les sitiara, sin salir a pelear ni a deshacer lo que su enemigo trabajaba para su ruina. Fernán Jiménez levantó un trabuco, y con él batió algunos días lo que parecía más flaco; pero tiraba piedras de tan poco peso, que no hacía daño en sus murallas, fuertes y muy levantadas. Arrimábanse escalas algunas veces, y todo fue sin fruto. Montaner, de Galípoli, socorría con bastimentos y vituallas; sólo los nuestros cuidaban de asegurarse dentro de sus fortificaciones, dando cuidado al enemigo, y rendille a vivir más descuidado. Con su asistencia y pertinacia alcanzaron al fin lo que pretendían; porque los griegos, después de largos siete meses de sitio, creció en ellos el desprecio de sus enemigos, y al mismo paso el descuido de guardarse. Las centinelas eran pocas, y éstas no muy ordinarias. El primero de julio celebraron los griegos dentro de su pueblo con gran solemnidad una de sus fiestas; y como el mayor de sus deleites es el del vino, vicio que en todas las edades infamó mucho esta nación, bebieron de manera, olvidados de que el enemigo estaba sobre sus murallas y atento a las ocasiones de su daño, que unos bailando, otros a la sombra durmiendo, dejaron de guarnecer las murallas como solían. Fernán Jiménez, desesperado ya de que Módico se le rindiese y de tomalle, estaba dentro de su tienda dudoso de lo que había de hacer, cuando las voces y algazara de los que bailaban le sacó de su tienda. Poco a poco se arrimó a las murallas, y reconociéndolas sin gente, mandó que ciento de los suyos diesen una escalada, y él con lo restante acometería la puerta. Púsose con diligencia increíble esta ejecución en efeto. Los ciento arrimaron las escalas, y subieron hasta setenta dellos sin ser sentidos, y ocuparon tres torreones.

Los griegos, despertando de sueño tan dañoso, tomaron las armas, incitados más por la fuerza del vino que por su valor, y procuraron echar de los torreones a los nuestros. En este combate ocupados todos, no acudieron a la puerta que Fernán había acometido; y así, sin tener quien la defendiese, la puso por el suelo y entró a pie llano por el lugar, dando por las espaldas a los que combatían los torreones. Fuéronse retirando y defendiendo en las torres estrechas de las calles, y últimamente pusieron su seguridad en la huida y con ella dejaron libre el lugar y el castillo a Fernán con la mayor parte de sus haciendas. Este fin tuvo el sitio de Módico y la dichosa pertinacia de un aragonés en los ocho meses que duró este sitio.

No hallo cosa notable que escribir de los nuestros que estaban en los demás presidios; sólo ordinarias correrías la tierra adentro para buscar el sustento forzoso.

Capítulo XLI

Divídense los nuestros en cuatro plazas. Montaner rompe a George de Cristopol

Ganado el lugar y castillo de Módico, Fernán Jiménez de Arenós le tomó por presidio y plaza suya. Rocafort dividió su gente en Rodesto y Pactia, y Montaner, escribano de ración, quedó gobernando en Galípoli, donde los bastimentos y armas de todo el campo se juntaban y prevenían. Si a los soldados de los demás presidios les faltaban armas, caballos y vestidos, acudían a Galípoli. Allí residían los mercaderes de todas naciones, los heridos, viejos y otra gente inútil, que, como lugar más apartado del enemigo, se tenía por más seguro.

Con este modo de gobierno se sustentaron los nuestros cinco años, sin que en todas aquellas comarcas se labrase campo ni viña, cogiendo solamente lo que la tierra naturalmente producía. Esta manera de hacer la guerra los tiempos la han mudado y mejorado; porque el principal intento no es desolar y trocar en desiertos las campañas, sino conservallas para el uso propio; porque ganarse una provincia para destruilla y totalmente impedir la cultivación de sus campos, es lo mismo que no ganalla, y más cuando de sus frutos necesariamente se han de valer si quisieren sustentarse en ella. Por no advertir estos inconvenientes los nuestros y no moderarse en sus crueldades, que eran las que desterraban de los pueblos los labradores, se vieron en tanta necesidad, que con estar llenos de vitorias, la falta de los víveres les sacó de Tracia con mucho peligro y daño.

Jorge de Cristopol, caballero rico y principal de Macedonia, venía de Salonique a Constantinopla a verse con el emperador Andrónico, con ochenta caballos. Tuvo noticia que Galípoli estaba con poca gente, y pareciéndole que podría hacer algún buen lance, dejó su camino, y con buenas espías

llegó cerca de Galípoli sin ser sentido, y encontróse luego con algunos carros y acémilas que habían salido a hacer leña. El que los llevaba a su cargo era Marco, soldado viejo en la caballería. Viéndose acometido tan improvisamente, dijo a la gente de a pie que se retirasen entre las paredes de un molino, y él tomó la vuelta de Galípoli. La gente de Jorge, sin detenerse en ganar el molino, fueron siguiendo al soldado, para que el aviso y ellos llegasen a un tiempo; pero como más plático Marco en la tierra, dio el aviso primero a Montaner, capitán de Galípoli, con que todos tomaron las armas y se pusieron a la defensa de sus murallas, y con catorce caballos y algunos almugávares, Montaner salió a reconocer el enemigo y entretenelle, mientras la gente esparcida fuera del lugar tuviese tiempo de retirarse. Topáronse luego y Montaner, hecha una pequeña tropa de sus catorce caballos, cerró con los ochenta, y peleó tan valientemente, que Jorge se retiró con pérdida de treinta y seis de los suyos muertos o presos. Fuéle Montaner siempre cargando, hasta que llegó al molino. Cobró las acémilas y salvó la gente. Vuelto a Galípoli, se pusieron en libertad los prisioneros y repartieron la ganancia: a los hombres de armas veinte y ocho perpres de oro, catorce a los caballos ligeros, y siete a los infantes.

Capítulo XLII

Rocafort y Fernán Jiménez de Arenós toman al Estañara y cobran sus cuatro galeras

Al mismo tiempo que Montaner hizo tan buena suerte contra Jorge, Rocafort y Ferrán Jiménez de Arenós juntaron la gente que estaba dividida en Pactia, Rodesto y Módico, y entraron por Tracia hacia el mar Mayor, haciendo lo que siempre, pegando fuego a los lugares después de saqueados, talar y abrasar los frutos de las campañas, cautivar, matar; jamás aflojando en su venganza. Parecióles intentar de tomar Estañara, pueblo de mucho trato, a la ribera del mar de Ponto, donde se fabricaban la mayor parte de los navíos de Tracia. Atravesaron largas cuarenta leguas; entraron el lugar sin hallar resistencia, porque nunca temieron a los catalanes, estando tan apartados de sus presidios para vivir con cuidado. Ganado el lugar, acometieron los navíos y galeras del puerto, que afirma Montaner que fueron ciento cincuenta bajeles, y todo se les hizo llano en el mar como en la tierra. Recogieron riquísima presa, cobraron sus cuatro galeras, que los griegos tomaron en Constantinopla cuando mataron a Fernando Aonés, su almirante. Fue notable el espectáculo de aquel día, porque, turbado el orden de la misma naturaleza, anegaron la tierra, rompiendo algunos diques que detenían el agua de las acequias y en el mar pegaron fuego a los navíos, sirviendo los elementos de ministros de su venganza, y saliendo de sus límites y jurisdicción para ruina de sus contrarios: parecía que volvían a su primer confusión, según andaba todo

trocado. Murieron muchos quemados en el agua, otros ahogados en la tierra; sólo reservaron del incendio sus cuatro galeras, que estando cargadas de despojos y reforzadas de gente, se enviaron a Galípoli.

Pasaron por el canal de Constantinopla con mayor espanto de los enemigos que peligro suyo, porque no hubo quien se les opusiese. Rocafort y Ferrán tomaron el camino de sus presidios muy poco a poco, corriendo por entrambos lados la tierra para buscar el sustento forzoso y quitársele a su enemigo, que desamparando los lugares, se retiraba a lo más áspero de sus montañas.

Andrónico, sabida la pérdida, no le parecieron bastantes sus fuerzas para podella restaurar, saliendo a cortalles el camino; antes desesperado, entregó sus provincias al rigor de las armas enemigas, desconfiando no tanto del valor como de la fe de los suyos; daño que padecen todos los príncipes que por su crueldad y tiranía hacen a los más fieles desleales. En el imperio griego se introdujeron los príncipes más por aclamación del ejército que por derecho de sucesión; y como temían perder el lugar por las mismas artes que le ocuparon, andaban con perpetuos recelos y temores, así de los súbditos que se aventajaban a los demás en valor y consejo, de los ricos, de los honrados, de los bienquistos como de los atrevidos y sediciosos, igualmente afligidos de las virtudes de los unos y de los vicios de los otros. Desto nacieron las crueldades entre los desta nación, de quitar la vista, las orejas y las narices; proscripciones, destierros, muertes por vanas sospechas imaginadas o fingidas para quitarse el miedo de la emulación, y las más veces fueron oprimidos de los que nunca temieron. Andrónico, tenido por príncipe de singular prudencia, a lo último de sus años su nieto Andrónico le quitó el imperio, prevenidos sus consejos por el atrevimiento de un mozo: este fin tienen siempre los reinados e imperios que con razones políticas solamente se quieren conservar y emprender.

Capítulo XLIII

Los catalanes y aragoneses, por dar cumplimiento a su venganza, a las faldas del monte Hemo vencen a los masagetas

No estaban los catalanes y aragoneses a su parecer enteramente satisfechos si los masagetas con su general George, principal ministro de la muerte del César Roger y de los que con él iban, se retiraban a su patria sin llevar justa recompensa del agravio que dellos recibieron. Y como por los avisos que tuvieron se supo que los masagetas, con licencia de Andrónico, se volvían a su patria cansados de los trabajos y fatigas de la guerra, prefiriendo la servidumbre y sujeción de los scitas, sus antiguos señores, a la libertad que gozaban entre los griegos -tanto puede el amor de la patria, que hace parecer dulce la sujeción y libertad, fuera della insufrible-, parecíales a los nuestros lance forzoso, puesto que les

habían de buscar, salir luego en su alcance antes que pasasen el monte Hemo, que divide el imperio de los griegos del reino de Bulgaria; porque fuera mal advertida resolución si dentro de Bulgaria les siguieran, así por ser la retirada difícil, por la angostura de los pasos, entradas y salidas del monte, como por ser la gente de Bulgaria belicosa, y entonces amiga de Andrónico,

Juntos los capitanes en Pactia, resolvieron que para esta facción se debía hacer el mayor esfuerzo; y así, para poder sacar más gente, desampararon a Pactia, Módico y Rodesto; sólo quedó Galípoli, donde se retiraron todas las mujeres, debajo del gobierno de Ramón Montaner, con docientos infantes y veinte caballos. Replicó Montaner diciendo que no le estaba bien a su reputación faltar en la jornada a que todos se aventuraban; pero los ruegos del ejército le obligaron a quedarse, y la confianza que de su persona hicieron encargándole la defensa de sus mujeres, hijos y haciendas. Ofreciéronle del quinto de la presa un tercio, y otro para sus soldados; y con ser la ganancia cierta y sin peligro, muchos de los soldados la estimaron en poco, y quisieron más seguir el ejército, saliendo de noche a juntarse con Rocafort; a otros Ramón Montaner dio licencia, viéndoles resueltos de partirse sin ella, y movido de algún interés, porque le ofrecieron partir con él la parte de la presa que les cupiese. Con esto los docientos infantes quedaron en ciento treinta y cuatro, y los veinte caballos en siete. Las mujeres eran más de dos mil; y así, dice el mismo Montaner: Romanguí mal acompanyat de homens, y ben acompanyat de fembres. Enviáronse con buenas escoltas a Galípoli todas las que estaban en los presidios, y luego nuestros capitanes partieron de Pactia a grandes jornadas la vuelta de los masagetas, que avisados del intento de los catalanes, apresuraron su partida; pero su diligencia no pudo ser mayor que su desdicha porque sus enemigos, después de doce días de camino, les alcanzaron antes de pasar el Hemo. Los reconocedores del campo de los catalanes una tarde descubrieron el de los masagetas, y por los de la tierra se supo que eran tres mil caballos y seis mil infantes, y el bagaje infinito, por llevar sus familias y haciendas.

Rocafort y Fernán Jiménez fuéronse mejorando con su gente por asegurarse de que los masagetas no se les fuesen por pies, y descansaron el día siguiente dentro de sus alojamientos. Al amanecer del otro, alentada su gente con el reposo, presentaron la batalla al enemigo. Los masagetas, gente la más valiente de todas las naciones de Levante, admirados más que atemorizados del caso, tomaron las armas y salieron a recibir sus enemigos en la defensa de sus hijos y mujeres. George, general, principal ministro de la muerte del César Roger, con mil caballos dio principio al terrible y espantoso combate, oponiéndose a nuestra caballería, que iba a meterse entre los reparos que tenían hechos con los carros. Trabóse sangrienta batalla, porque fueron las demás tropas de una y otra parte cerrando con la infantería. Viéronse notables hechos en armas, porque iguales en valor, aunque desiguales en número combatían. El teatro desta tragedia era un llano que por espacio de dos leguas se extendía a las faldas del Hemo. La caballería, destrozadas las armas, muertos los caballos, las espadas y mazas rotas, con las manos, con los cuerpos se sustentaba en la pelea. A unos daba ánimo el deseo de venganza insaciable, a otros la necesidad última de su propia defensa, y en todos gobernaba el caso, porque los

masaetas estaban ya todos fuera de sus reparos peleando trabados y confusos con los nuestros. Hasta mediodía anduvo la vitoria dudosa y varia; pero muerto George cabe sus banderas con los más valientes capitanes, se inclinó a nuestra parte. Quisieron los vencidos rehacerse dentro de los reparos, pero no fue posible, porque los vencedores entraron juntamente con ellos, dándoles la muerte entre los brazos de sus mujeres, a quien muchas veces alcanzaba la espada, porque sin excepción de sexo ni edad salían a la defensa de sus hijos y maridos, ofreciendo sus cuerpos al rigor de la muerte.

Acrecentó la vitoria el detenerse los masaetas en poner en los caballos a sus mujeres y hijos para huir; porque si de sólo sus personas cuidaran, pocos se dejaran de librar huyendo; pero el amor natural, poderoso aun entre los bárbaros a despreciar la muerte, les detuvo para mayor daño suyo. Esparcidos por la llanura, caminaban al guarecerse de la montaña; mas los caballos, cansados, poco ayudados de las mujeres, mas llenos de temor y impedidos de los niños que en los pechos y en los brazos sustentaban, no pudieron salvarse. En este alcance perecieron casi todos, porque desesperados revolvían sobre los nuestros a cuyas manos, hechos pedazos, rendían la vida y por dar lugar a que sus mujeres se alargasen. No escaparon, de nueve mil hombres que tomaban armas, 300 vivos, y en esto concuerdan Nicéforo y Montaner.

Sucedió en este alcance un caso tan extraño como lastimoso. Viendo la batalla perdida y que las armas catalanas lo ocupaban todo, un masaeta, mozo valiente y bravo, quiso acudir al remedio de la huida, más por librar a su mujer hermosa y de pocos años que por temor de perder la vida. Con la priesa que el peligro pedía sacó su mujer de los reparos y tiendas, donde todo andaba ya revuelto con la sangre y con la muerte, y puesta sobre un caballo, el primero que el caso le ofreció, y él en otro, tomaron el camino del monte. Tres soldados nuestros movidos de su codicia o quizá de la hermosura y bizarría de la mujer, la fueron siguiendo. Reconoció el marido sus enemigos y el cuidado con que le venían siguiendo. Echó el caballo de su mujer delante y con el alfanje le iba dando, y animaba con voces; pero el caballo se rindió al calor y cansancio. Con esto el masaeta tuvo por menor mal dejar la mujer que morir él, y dando riendas y espuelas a su caballo, pasó adelante; pero las lágrimas y quejas tan justamente vertidas de su mujer le detuvieron. Revolvió su caballo, y emparejando con ella, le echó los brazos, y con besos y lágrimas se despidió y apartó enternecido, y levantando luego el alfanje le cortó de una cuchillada la cabeza. Bárbara y fiera crueldad y extraña confusión de accidentes, que puedan en un mismo tiempo andar juntos los abrazos con el cuchillo y los besos con la muerte: efectos todos de la pasión de un amante. Amor tierno dio los abrazos y besos; celos insufribles el cuchillo y la muerte, porque sus enemigos no gozasen lo que él perdía, y vencieron los celos: dos efectos igualmente poderosos en el ánimo del hombre: amor y deseo de vivir. Al mismo tiempo que cayó la mujer muerta del caballo, le cogió por la rienda Guillén Bellver, uno de los tres que la seguían; pero el masaeta, bañado de sangre propia vertida por sus manos, con increíble furia y braveza, de una cuchillada quitó el brazo y la vida a Guillén, y revolviendo sobre Arnau Miró y Berenguer Ventallola, dando y recibiendo heridas, cabe el cuerpo difunto de la mujer cayó muerto; y no parece que

cumpliera con las leyes de amante si, como sacrificó la vida de su mujer a sus celos, no sacrificara la suya a su amor. De cualquier manera fue el caso indigno de hombre racional, cuando no cristiano. De Radamisto, hijo de Tarasmanes, rey de Iberia, nos cuenta Tácito un suceso semejante cuando, huyendo con su mujer Cenobia en sendos caballos, junto al río Araxes, viéndola rendida por estar preñada, temiendo que no llegase a manos de su enemigo ofendido prenda en quien pudiese con grande mengua y afrenta suya vengarse, le dio cinco heridas y la echó en el río; pero Cenobia tuvo diferente fin que la mujer del masageta, porque unos villanos la sacaron del río, la curaron y entregaron al rey Tiridates, enemigo de Radamisto.

Los nuestros después de la vitoria recogieron la presa y los cautivos, y dieron la vuelta a sus presidios con grande alegría y regocijo de haber dado fin a su venganza con tanto cumplimiento. El camino que llevaron fue con fatiga y peligro, por ser largo y la tierra enemiga, puesta en armas, retirados en lugares fuertes los frutos recién recogidos de las campañas con que la comida las más veces se compraba con sangre y vidas.

Hay entre Nicéforo y Montaner alguna diversidad en la relación desta jornada. Nicéforo dice que los catalanes la emprendieron a persuasión de los turcoples, porque en el tiempo que juntos militaban debajo de las banderas del imperio, los masagetas, como más poderosos en la reputación, de las presas siempre les trataron con desigualdad, y les hicieron agravio, de que quisieron los turcoples por este camino tomar satisfacción. Montaner sólo dice que fue pensamiento de los catalanes, y déjase bien creer, porque en materia de venganza no había para qué sollicitalles. Lo que yo tengo por cierto es que los turcoples fueron los que les avisaron de la partida de los masagetas, y que algunos siguieron a los catalanes, pero no toda la nación junta, ni Meleco su capitán; porque después desta vitoria dejaron al emperador Andrónico, y vinieron a servir a los catalanes, como en su lugar se dirá.

Capítulo XLIV

Acometen los genoveses a Galípoli y retiranse con pérdida de su general

En el mismo tiempo que Rocafort y Fernán Jiménez alcanzaron vitoria de los masagetas, Ramón Montaner, capitán de Galípoli, la alcanzó de genoveses. Fue el suceso notable, y en que claramente se muestra cuán varios son los accidentes de una guerra, pues algunas veces las vitorias y pérdidas nacen de causas ni previstas ni esperadas.

Antonio Spínola con diez y ocho galeras genovesas llegó a Constantinopla para traer al marquesado de Monferrato a Demetrio, tercer hijo de Andrónico y de la emperatriz Irene, y platicando con el emperador del estado de los catalanes, el Spínola, con más temeridad que cordura, ofreció de tomar a Galípoli y echar los catalanes de Tracia, si le daba

palabra de casar a Demetrio, su hijo tercero, con la hija de Apicin Spínola, premio debido a tan señalado servicio. Andrónico aceptó el partido y empeñó su palabra que casaría a su hijo.

Con esto el genovés arrogante con dos galeras llegó a Galípoli debajo de seguro. Preguntó por el capitán, y llevado adonde estaba, con semblante soberbio y descortés le dijo: «Yo soy Antonio Spínola, general de mi república: vengo a ordenaros que sin réplica y dilación dejéis libres estas provincias y os retiréis a vuestra patria; porque de otra manera os echaremos con las armas y estaréis sujetos a su rigor». Ramón Montaner, reconociéndose sin fuerzas, como cuerdo y buen soldado respondió reportado, con mucha blandura y cortesía, que el salirse de Galípoli y de Tracia no era cosa que tan arrebatadamente se podía hacer como él quería, y que amenazalle con sus armas era cosa muy fuera de toda razón y de las paces que tenían sus reyes y su república; que él estaba puesto en guardalla mientras ellos la guardasen. Replicó Antonio, y segunda y tercera vez desafió a todos los catalanes con palabras llenas de mil ultrajes, y quiso que contase su desafío por fe pública de escribano. Montaner, irritado de tanta insolencia, perdió el sufrimiento y respondió con valor que la guerra que les denunciaba de parte de su república era injusta; y que así, protestaba delante de Dios y por la fe común que profesaban, que todos los daños, derramamiento de sangre, robos, incendios y muertes, serían por su causa porque ellos forzosamente se habían de oponer a tan injusta ofensa; que la república de Génova no tenía jurisdicción para requerirle saliesen de Tracia, no siendo aquella tierra sujeta a su señorío; que si su derecho sólo le fundaban en su poder, viniesen a echarles; que el suceso mostraría la diferencia que hay del decir al hacer; que Andrónico era scismático, fementido, y que sus armas se habían de emplear en su ruina a pesar de genoveses.

Luego con esta respuesta Antonio volvió a sus galeras, y con ellas a Constantinopla, y dio cuenta al emperador de lo que había pasado, y ofreció dalle luego ganado a Galípoli, por la poca defensa que tenía. Andrónico, codicioso de ganar el presidio de sus mayores enemigos, dio al Spínola siete galeras con su capitán Mandriol, genovés de nación, para que juntas con las diez y siete, facilitasen más la empresa. Antonio embarcó a Demetrio, y con veinte y cinco galeras llegó al día siguiente a las dos, después de mediodía, a los Palomares, cerca de Galípoli, y comenzó a desembarcar la gente.

Montaner con los pocos caballos que tenía arriscado y valiente, a la lengua del agua impedía la desembarcación. Pero diez galeras, apartándose de las demás, libremente pusieron en tierra la gente que traían. Hirieron a Montaner y le mataron el caballo; y creyendo los genoveses que su dueño lo quedaba, dijeron a voces: «Muerto es el capitán, y Galípoli nuestro»; pero socorrido de un criado, escapó de sus manos con cinco heridas. Retiróse dentro de Galípoli bañado en sangre propia y ajena, y causó alguna turbación, creyendo que las heridas de su capitán eran mortales. Reconocidas luego, fue de tan poco cuidado que ni el pelear ni el gobernar le impidieron. Guarneciéronse las murallas de Galípoli con dos mil mujeres, siendo cabo de cada diez un mercader catalán, y con chuzos, espadas y piedras se pusieron a la defensa de su libertad sucediendo no sólo en el cargo, pero en el valor de sus maridos.

Dueños ya los genoveses de la campaña, ordenadas sus haces, llegaron a Galípoli, y arrimaron sus escalas, tirando innumerables dardos; apretaron gallardamente el asalto, y más cuando vieron las murallas sólo defendidas de mujeres. La resistencia mostró luego que sólo en el nombre lo parecían, y en el esfuerzo y constancia varones invencibles. Rebatidos con muchas muertes y heridas de las murallas, creyeron que la flaqueza natural del sexo, si porfiadamente se combatía, se rendiría. Volvieron segunda vez al asalto, pero con mayor daño se retiraron. Miraba Antonio Spínola de su capitana el combate; y viendo su gente rendida, desesperado de poder hacer algún buen efeto con sola la que tenía en tierra, acudió con su persona y con cuatrocientos caballos a dar calor al asalto. Llegó a las murallas; conociendo el daño de cerca y tanta gente muerta, quisiera no haberse empeñado; animó a los suyos, y acometieron con valor. Renovóse el combate, y en las mujeres creció el ánimo con el peligro, llenas de sangre y heridas, tan asistentes en sus postas, que alguna dellas con cinco heridas en el rostro no quiso dejar la suya, juzgando que tan honrado puesto como ocupar el que el marido debiera tener, no se había de perder sino con la vida.

Los genoveses, afrentados de verse tan gallardamente rebatidos de mujeres, obstinadamente peleaban: en caer uno muerto de las escalas, había otro que se ofrecía al mismo peligro. Ramón Montaner, visto el daño que habían recibido los genoveses, y que ya no tenían dardos que tirar, sus escuadrones deshechos, la mayor parte heridos, los demás cansados y rendidos al rigor del combate y del tiempo, por ser el mes de julio, poco después de mediodía, con cien hombres y seis caballos, sin armas defensivas, por ir más sueltos, salió a pelear. Abierta una puerta de Galípoli, se arrojó con sus seis caballos sobre el enemigo desalentado de la fatiga del calor y las armas; siguiéronle los cien hombres, y con poca resistencia todo lo vencieron y degollaron. Tomaron los vencidos la vuelta de sus galeras; apretados siempre de sus enemigos, perecieron casi todos en el alcance. Las galeras tenían las escalas en tierra, y hubo algún catalán que siguiendo a su enemigo, llegó a darle muerte dentro de la galera; y si Montaner aquel día tuviera más gente de fresco, pudiera ser que muchas de las galeras genovesas quedaran en su poder.

Demetrio, hijo del emperador, y los demás capitanes que quedaban vivos se alargaron de tierra, temiendo el atrevimiento y osadía del vencedor. Los cuatrocientos caballos murieron todos y su capitán Antonio en el mismo lugar donde de parte de su república retó a nuestro ejército y le denunció la guerra: fin justamente merecido de un hombre tan arrogante y que tan fuera de toda razón rompió una guerra; y su pérdida fue aviso para los que ofrecen a los príncipes empresas sujetas a la incertidumbre de la guerra por muy fáciles y seguras. Encendida una guerra y empuñada la espada, lo muy cierto está dudoso, cuanto más lo que está en duda.

Antonio Rocanegra, capitán genovés, hallando cortado el paso para sus galeras, con hasta cuarenta soldados se puso en defensa en lo alto de un collado. Llegó este aviso a Montaner después que los pocos genoveses que quedaron se habían con tanta infamia y daño retirado a sus galeras y alargado con ellas; revolvió con la gente que tenía hacia donde el genovés estaba con los suyos; peleó con ellos, y parte rendidos, parte muertos, quedó solo Antonio Rocanegra con un montante, haciendo bravas y extremadas

pruebas de su valentía. Aficionado y obligado Montaner, aunque enemigo, de tanto valor, detuvo los soldados que le tiraban y procuraban matar, y con mucha cortesía le pidió que se diese a prisión. Pero el genovés temerario, resuelto de morir antes que rendir las armas, menospreció los ruegos y cortesía de Montaner, con que provocó la ira a los vencedores, que cerrando con él, le hicieron pedazos; con que los catalanes quedaron señores del campo y de la vitoria.

Las diez y siete galeras de genoveses no osaron volver a Constantinopla, aunque la necesidad y falta de gente les pudiera obligar; pero temiendo la indignación de Andrónico y la insolencia de los griegos, desembocaron el estrecho y fueron la vuelta de Italia, llevando en ellas a Demetrio. Las otras siete galeras gobernadas por Mandriol, vueltas a Constantinopla, avisaron a Andrónico del suceso.

Llegó la voz del peligro en que estaba Galípoli a nuestro ejército, que se venía retirando a sus presidios, después de la vitoria que se alcanzó contra los masagetas; y temiendo perdelle antes de poder ser socorrido, apresuró el camino, y llegó dos días después que los genoveses se embarcaron vencidos. Fue el sentimiento universal en todos por no haber llegado a tiempo a castigar en los genoveses tanta deslealtad como romper las paces con ellos estando ausentes, y acometer su presidio defendido de mujeres. Acrecentaba más este sentimiento el verlas heridas y maltratadas; pero el gusto de la vitoria le quitó luego, y juntos celebraron el contento y regocijo de entrambas vitorias.

Capítulo XLV

Los turcos y turcoples vienen al servicio de los catalanes

En tanto que las armas catalanas y griegas se ocupaban en su misma ruina, los turcos, libres del miedo que el ejército de entrambas les pudiera dar si concordés y unidos prosiguieran la guerra, volvieron a seguir el curso de sus vitorias y ocupar las provincias del Asia, no temiendo ejército que se les opusiese a la corriente de su próspera fortuna. Porque, según cuenta Pachimerio, el año veinte y cuatro del reino de Andrónico, que fue el de Cristo mil trecientos y seis, los griegos desampararon de todo punto el Asia, y esto fue tres años después que los nuestros salieron della; de donde se colige manifiestamente el daño que resultó de la división y discordia de los catalanes y griegos, pues con ella se perdió la ocasión de oprimir aquella soberbia nación en sus principios, que en este tiempo se pudiera haber hecho con poca dificultad.

Los turcos, absolutos señores de la Asia, deseaban poner el pie en Europa y dilatar sus vencedoras armas en Poniente. Detuvo algunos años el cumplimiento de su deseo la falta de navíos con que pasar los que estaban de la otra parte del estrecho de Galípoli. Valiéndose de la ocasión presente de ver a los catalanes enemigos de los griegos, enviaron a

Galípoli sus mensajeros a tentar el ánimo de los nuestros, y si admitirían algún trato queriendo venilles a servir. Mostraron que no les displacía. Los catalanes con esto enviaron a los mensajeros una fragata armada, y con ella vino Ximelix, su capitán, con diez compañeros, a concluir el trato. Ofreció de parte de los suyos venir con ochocientos caballos y dos mil infantes y prestar juramento de fidelidad al general de los catalanes. Las condiciones fueron que se les señalase cuartel aparte donde pudiesen vivir juntos con sus familias; que de las presas se les diese la mitad de lo que se daba al soldado catalán; que siempre que quisiesen volver a su tierra pudiesen, sin que se les hiciese violencia para detenelles. Oído lo propuesto por el turco, de común consentimiento le admitieron a su servicio, ofreciendo de cumplir con las condiciones con juramento. Con esta respuesta Ximelix volvió a pasar el estrecho y a prevenir su gente en tanto que la armada llegaba, y poco después, embarcados en los navíos y galeras que se pudieron juntar, llegaron a Galípoli dos mil infantes, ochocientos caballos turcos, con sus hijos y mujeres y haciendas. Este fue el hecho de los catalanes condenado de los antiguos y modernos escritores por muy feo: pasar en Europa a los bárbaros infieles enemigos del nombre cristiano, manchando la gloria de aquella expedición con tan impío y detestable consejo, como lo fue abrir el camino de Europa a tan gallarda y poderosa nación. Injusto cargo fue sin duda el que estos escritores ponen a los catalanes, dejándose llevar de la pasión o del descuido de no advertirlo, yerro en un escritor grave. Impío consejo fuera el de los catalanes, y pernicioso para su libertad, si los turcos que admitieron en su favor fueran superiores en fuerzas; porque entonces libremente pudieran introducir su seta y hacer daño a nuestra fe, y justamente oprimir la libertad de quien les llamó. Los socorros y ayudas no han de ser mayores que las propias fuerzas, porque no suceda lo que a un Scipión en España, cuando treinta mil celtíberos con perfidia notable le desampararon, y él como inferior, no los pudo detener; de donde Livio sacó un importante documento. Los turcos no llegaban a tres mil en número, en armas, en valor inferiores a los catalanes; de manera que no se pudiera presumir que los turcos hicieran más de lo que ordenaban los catalanes, y siendo ellos cristianos, cierto es que su fe no pudiera peligrar que aquellos bárbaros viéndose tan inferiores la ofendieran. En las comunidades del reino de Valencia, en tiempo de nuestros agüelos, los que más fielmente sirvieron fueron los moros, y el servirse dellos contra cristianos se tuvo por lícito y necesario. No de otra manera sirvieron los turcos a los catalanes en Grecia, a más de que la propia defensa disculpa cualquier yerro que en esto se pudiera haber hecho. No se hallará república ni príncipe apretado de guerras extranjeras o civiles que haya dejado de llamar en su ayuda gentes de religión y costumbres diferentes, y muchas veces dieron entrada en sus reinos a los más poderosos por librarse del presente daño, sin advertir que pudieran quedar por despojos, vencidos o vencedores. El peligro vecino alguna vez se ataja con otro mayor, y puesto que de cualquier manera se haya de perecer, bueno es dilatallo y escoger el más remoto y el que puede dejar de ser. Si los catalanes hicieran lo que hizo Stilicón y Narsés, el uno llamando a los godos, el otro a los longobardos, para la ruina de Italia y del imperio, no pudieran ser más ofendidos de las plumas y lenguas de la historia: unos les llaman

impíos, sacrílegos; otros piratas, común pestilencia de las gentes, hombres sin Dios, sin ley, sin razón; y todo nace porque en su favor llamaron a los turcos, que entendido esto por mayor, ofende algo las orejas cristianas; pero bien advertido y averiguado, no hay razón para culpalles levemente, cuanto más para ofendelles con palabras tan descompuestas y llenas de injurias y afrentas. Mil leguas de su patria, sus capitanes y embajadores muertos a traición, ¿qué sufrimiento no irritara?, ¿qué medio, por violento que fuera no intentara su afrenta? Cuando hubiera yerro, esto pudiera moderar el juicio del escritor. Hállase también alguna dificultad acerca del tiempo en que pasaron los turcos, porque Nicéforo dice que fueron llamados de los catalanes antes de la batalla de Apros, cuando se supo que Miguel venía sobre ellos, y que solos fueron quinientos los que pasaron. Esta narración de Nicéforo la tengo por falsa, porque Montaner en el número y en el tiempo le contradice, y como testigo de vista se le debe dar más crédito, aunque catalán y ofendido; porque en el discurso de su historia refiere muchas cosas contra los de su nación y condena lo mal hecho con libertad y sin respeto, y no es de creer que quien dice la verdad en su daño no la dijera en lo que tan poco importaba a su gloria como venir los turcos cuatro años antes o después. Zurita, siguiendo la relación de Berenguer de Entenza, difiere también de Nicéforo; porque dice que el mismo Berenguer de Entenza llamó a los turcos después que supo la muerte de sus embajadores, y que pasaron a Galípoli mil y quinientos caballos, y le prestaron juramento de fidelidad. Esto también lo tengo por falso, porque parece imposible que en quince días que Berenguer se detuvo en Galípoli después que se declaró por enemigo del imperio, llamase a los turcos que estaban en Asia, y se concertase con ellos, y se juntasen mil y quinientos caballos, y se embarcasen y viniesen a prestarle juramento de fidelidad; que son cosas que aunque se hicieran con suma presteza, no pudieran concluirse en quince días. La verdad del tiempo en que pasaron los turcos la refiere claramente Montaner, que fue cuatro años después desta jornada, y para tener esto por cierto no se halla dificultad ni imposibilidad alguna, como las hay, y muy grandes, en lo que dicen Nicéforo y Zurita; y así, en materia de los hechos de los turcos sólo seguiré a Montaner, porque le tengo por más verdadero, y que intervino y asistió en todas estas jornadas. En este mismo tiempo los turcoples que servían al emperador, declarados por rebeldes, porque, a imitación de los catalanes, quisieron que se les pagase el sueldo o hacerse contribuir con las armas, no pudieron, por ser pocos, mantenerse de por sí; enviaron a decir a los catalanes que si les admitirían en su compañía. Respondieron que viniesen seguros, que con ellos se usaría lo mismo que con los turcos, y con mayores ventajas, por ser cristianos. Vinieron hasta mil caballos buenos, y prestaron juramento de fidelidad debajo de los mismos conciertos que lo hicieron los turcos. Pusiéronse a orden de Juan Pérez de Caldés. Quedó el emperador Andrónico sin la milicia extranjera, después que los alanos y turcoples se apartaron de su servicio, tan falto de soldados, que libremente se podía acometer cualquier empresa, por grande que fuese, en las provincias de su imperio, sin tener quien se lo impidiese. Estas fuerzas que perdió el emperador acrecentaron las de Rocafort, porque turcos y turcoples igualmente le respetaban y reconocían por suprema cabeza, y con esta seguridad de verse

tan obedecido y amado dellos, se desvaneció y se hizo odioso a muchos, por la insolencia y poder absoluto con que lo gobernaba y mandaba todo.

Capítulo XLVI

Sucesos de Berenguer de Entenza después de su prisión hasta su libertad, y su vuelta a Galípoli

Con los nuevos socorros de turcoples y turcos, y de muchos otros españoles que andaban antes en cubiertos en los lugares del imperio, como mercaderes o debajo del nombre de otra nación, se aumentaron los nuestros, porque acreditados con tantas vitorias, todos procuraban su amistad: movidos algunos con el deseo de venganza, los más con su codicia, querían participar de las riquezas que la fama publicaba que habían adquirido en aquella guerra.

En este mismo tiempo Berenguer de Entenza, después de su larga y trabajosa prisión, y haber peregrinado en vano por las cortes de algunos príncipes de Europa para dar calor a la empresa de los catalanes, llegó a Galípoli con una nave y con quinientos hombres, gente toda de estimación. Turbó la paz y sosiego del ejército su venida, por las competencias del gobierno que entre Rocafort y él se levantaron; pero antes de escribir las causas y razones que los unos y los otros tuvieron de competir, será bien dar una larga relación de lo que sucedió a Berenguer desde que le prendieron hasta su vuelta.

Después que Ramón Montaner, por orden de los capitanes del ejército, intentó, sin podello concluir, el rescate de Berenguer cuando las galeras de genoveses pasaron por el estrecho de Galípoli a la vuelta de Trapisonda, se tuvo por cosa muy cierta que en llegando a Génova se pondría a Berenguer en libertad y se le daría satisfacción, por ser vasallo y capitán de un rey amigo. No sucedió como pensaron; antes bien la república autorizó caso tan feo, ni castigando a su general, ni dando libertad y enmienda de lo perdido a Berenguer; porque siempre que el delito no se castiga, se aprueba. Llegó a noticia de los catalanes de Tracia como Berenguer estaba detenido en Génova en cárceles indignas de su persona, sin tratar de dalle libertad, y determinaron de común parecer, ya que por las armas no se podía intentar, suplicar al rey de Aragón don Jaime interpusiese su autoridad con los de aquella república. Para esto se nombraron tres embajadores, que fueron García de Vergua, Pérez de Arbe, Pedro Roldán, entrambos del Consejo de los Doce. Llegaron a Cataluña y dieron al rey su embajada: propusieron el agravio grande que se les había hecho en prender debajo de fe y palabra a Berenguer, su capitán, y continuar lo mal hecho alargando su libertad; que de parte de todos venían ellos a echarse a sus pies, esperando de su clemencia que, olvidados los disgustos pasados, daría el remedio que conviniese y buen despacho a su petición. Diéronle particular relación de sus vitorias y del estado en que

se hallaban sus cosas y las del imperio, cuyo señorío le ofrecieron si se les ayudaba con calor, por estar sus provincias sin defensa, expuestas al rigor y armas del que primero las acometiese; y que tendrían por uno de sus mayores blasones poder, a costa de su trabajo y de su sangre, acrecentar su corona y hacer obedecer su nombre en lo más remoto y apartado de Europa y Asia. Respondió el rey que por dar gusto a tan buenos vasallos pondría su autoridad y las armas cuando importase, y más por Berenguer de Entenza, uno de sus mayores vasallos. En lo de dalles socorro se excusó, por parecelle que al rey don Fadrique de Sicilia, su hermano, le convenía más el dársele; que él estaba lejos, y que difícilmente se podrían dar las manos ni sustentar, cuando se ganasen, las provincias de Grecia con Cataluña; pero agradeció y estimó su voluntad.

Hecha esta diligencia, los tres embajadores se fueron a Roma a representar al Papa la ocasión que tenía de reducir aquel imperio de Grecia a su obediencia si a los catalanes de Tracia se les daba alguna ayuda grande, como lo sería si a don Fadrique se le concediese la investidura para que con su persona pasase a la empresa, con un legado de la Santa Sede, y se publicase la cruzada en favor de los que irían o ayudarían con limosnas. El Papa no recibió bien esta embajada ni le pareció ponella en trato, porque de suyo había grandes dificultades, y la mayor era el temer que la casa de Aragón no se engrandeciese por este medio.

El rey don Jaime, para cumplimiento de su promesa, envió su embajada a la república de Génova, significando el sentimiento grande que había tenido de la prisión de Berenguer, uno de sus mayores y más principales vasallos; y que esto había sido contravenir a los tratados de paz si con sabiduría de la Señoría se hubiese ejecutado; que les pedía pusiesen en libertad a Berenguer, y le diesen satisfacción del daño que había recebido, porque de otra manera no podía dejar de hacer alguna demostración. La república determinó de venir en lo que el rey mandaba, y respondió que había sentido lo que Eduardo de Oria, su general, hizo con Berenguer de Entenza, y que fue motín de la gente vil de las galeras el que causó tan grande exceso; que no se pudo atajar por los capitanes y general hasta después de ejecutado; que ellos pondrían desde luego a Berenguer en libertad; y nombraron once personas para que se juntasen con los deputados que el rey enviaría en el lugar donde fuese servido, para tratar de la enmienda que se había de dar a Berenguer por los daños que había recebido en la pérdida de las galeras y en su prisión. Con este buen despacho se despidieron los embajadores del rey, y la república envió otros para que de su parte representasen lo mismo, y el vivo sentimiento que habían tenido todos los della de que su general, aunque sin culpa, hubiese ofendido sus vasallos; y que luego que se supo, mandaron que a Berenguer le llevasen a Sicilia y le restituyesen lo que le habían tomado.

Suplicáronle después que mandase a los catalanes que dejasen la compañía de los turcos y se saliesen de aquellas provincias donde ellos tenían la mayor parte de su trato, y que le iban perdiendo por los daños y correrías que continuamente se hacían por ellas. El rey ofreció que se lo enviaría a mandar si Berenguer quedaba satisfecho. Puesto Berenguer en libertad, el rey envió sus deputados a Montpellier, lugar que se señaló para tratar de la recompensa; y la república envió a Señorino Donzelli, Meliado Salvagio, Gabriel de Sauro, Rogerio de Savignano, Antonio de Guillelmis, Manuel

Cigala, Jacomo Bachonio, Rafo de Oria, Opisino Capsario, Guidero Pignolo y Jorge de Bonifacio, todos de su consejo. Estos fueron los que se juntaron con los deputados del rey, y después de muchas juntas y acuerdos que se propusieron, jamás por parte de la Señoría se vino bien a ellos, hallando en todos ocasiones de dudar para concluir; y últimamente se deshizo la junta sin dar alguna satisfacción por parte de la Señoría; y con esto pareció que la respuesta tan cortés que dieron al rey fue para que por este medio el rey mandase a los catalanes que no innovasen por el camino de las armas cosa contra genoveses, pues amigablemente se ofrecieron a componello.

Berenguer, desesperado de poder alcanzar la recompensa, se fue al rey de Francia y al Papa a tentar segunda vez que diesen ayuda a los catalanes de Tracia, proponiendo lo mismo que los tres embajadores propusieron; pero ni el rey ni el Papa quisieron dárselo, y él se hubo de volver a Cataluña, donde vendió parte de su hacienda y juntó quinientos hombres, todos gente conocida y plática; y embarcado en un grueso navío, dejó la quietud de su casa por acudir a los amigos que tenía en Galípoli.

Capítulo XLVII

Berenguer de Entenza y Berenguer de Rocafort dividen el ejército en bandos

Berenguer de Entenza, luego que llegó a Galípoli quiso ejercitar su cargo como solía antes de ser preso, y Berenguer de Rocafort dijo que ya las cosas estaban trocadas y que no tenía que gobernar más de lo que traía, que los demás ya tenían general. Alteráronse los ánimos, pretendiendo todos que se les debía la suprema autoridad. Los amigos y allegados de cada cual dellos, con palabras descompuestas y llenas de arrogancia, amenazaban que con las armas se harían obedecer. Dividido el ejército con esta competencia, todo andaba desordenado y cerca de llegar a grande rompimiento, movidos de algunos chismes que se andaban refiriendo. Estuvieron cerca de venir a las manos, porque no falta entre tantos quien gusta de revolver, por hacer daño al enemigo o acreditarse con el amigo. Esforzaban entrambas las partes su pretensión con razones muy bien fundadas. Por la de Berenguer se decía que antes de su prisión era general, y había sido el primero que acometió felizmente las provincias del imperio, y que por la alevosía de los genoveses se había perdido, no por haber faltado a lo que debía. Después de una larga prisión, padecida por ser su general, no había de ser ocasión de quitalle el cargo, antes bien de honralle con él cuando no le hubiera tenido; que por desdichado no había de perder lo que ganó por su valor; que en viéndose libre vendió parte de su hacienda para dalles socorro; y a esto se añadía lo que a Rocafort le ofendía más, la diferencia tan desigual de la calidad, trato y condición: Berenguer, ricohombre; Rocafort, caballero particular; el uno

cortés, liberal, apacible; el otro áspero, codicioso, insolente. Por la parte de Rocafort esforzaban sus amigos su pretensión con razones de gran consideración. Fundaban su derecho diciendo que Rocafort había gobernado el campo como supremo capitán seis años; que cuando tomó a su cargo el gobierno estaban nuestras partes de todo punto perdidas, y con su industria y valor lo había restaurado, y que su nación en su tiempo se había hecho la más poderosa y estimada de todo el Oriente; que sería cosa muy injusta quitarle el gobierno al tiempo de la felicidad, habiéndole tenido en tiempos tan apretados; que muchas veces se deseó la muerte por menor mal del que se esperaba; que el fruto de los trabajos los había de gozar quien los padeció, antes que los demás, por nobles y grandes que fuesen, y que sería un agravio muy notable si le quitaban el puesto en que había acrecentado su nombre con tan señaladas vitorias y librado su gente de una triste y miserable muerte, que siempre tuvieron por cierta.

Mientras que de una y otra parte se trataba del caso, vinieron casi a rompimiento, remitiendo su pretensión a las armas; con que muchas veces dentro de las murallas de Galípoli estuvieron para darse la batalla, porque como no había quien pudiese decidir la causa, por estar el ejército dividido, llevados todos de las obligaciones y afición que cada cual tenía, no se podían gobernar ni limitar como convenía para el bien común. Hubo algunos bien intencionados, que prefiriendo el bien público a sus particulares intereses, se mostraron neutrales y se pusieron de por medio para concertalles, cosa de mucho peligro cuando las partes están ya declaradas, porque siempre se juzgan por enemigos los que no son amigos y vienen a ser aborrecidos de los unos y de los otros.

El bando de Berenguer de Entenza, si con este medio no se llegara a impedir el venir a las armas, se hubiera sin duda perdido, porque al de Rocafort seguía la mayor parte de los almugávares y todos los turcos y turcoples, por haber jurado fidelidad en manos de Rocafort, a quien ciegamente obedecían. Berenguer tenía mucha menos gente que Rocafort, aunque era la mejor, porque siempre los menos suelen ser los mejores. Persuadieron a Rocafort los que trataban del concierto que remitiese su justicia y su derecho en lo que determinasen los doce consejeros del ejército, poniéndole delante los inconvenientes grandes si el negocio llegaba a rompimiento; porque aunque se degollase todo el bando de Berenguer, no pudiera ser sin gran pérdida suya, y que después quedaría sin fuerzas para resistir tantos enemigos como por todas partes le cercaban; que no eran tiempos aquellos que por intereses particulares fuese reputación el venir a las armas, de donde se podría seguir el perdella toda la nación; que ganaría más gloria en ceder del derecho que pretendía que si venciera a Berenguer. Últimamente, Rocafort vino bien en esto, por temer los daños que se podrían seguir, o por parecelle que los doce consejeros estarían más de su parte que de la de Berenguer, a quien fácilmente persuadieron lo mismo.

Declararon los jueces que Berenguer, Rocafort y Ferrán Jiménez gobernasen cada cual de por sí, y que los soldados tuviesen libertad de servir debajo del gobierno que mejor les pareciese, sin que para esto se les hiciese violencia por ninguna de las partes. Fue el medio más acertado que en este caso se pudo tomar; porque declarar por capitán general el uno era sujetar el otro a su émulo y competidor, y primero escogiera la muerte cualquier

dellos que esta sujeción; además de que los doce no tenían autoridad para mandar que se obedeciese a quien ellos elegirían, porque no eran más que medianeros para concertar las partes.

Quedaron por entonces en lo exterior algo sosegados, pero los ánimos secretamente muy alterados y sospechosos, deseando ocasión de vengarse del agravio que cada cual imaginaba que se le hacía; que todo lo que no es alcanzar uno su pretensión como lo desea, lo juzga por agravio. Las más veces se imposibilitan las empresas por las competencias de los que mandan, cuando no los gobierna algún príncipe grande y poderoso que puede reprimir las insolencias de los atrevidos y ambiciosos; y por mucha moderación que haya en los principios de una empresa, después de los buenos o malos sucesos siempre se siguen ruines interpretaciones, de que toman mayor osadía los inquietos, y muchos buenos se ven obligados a defenderse, porque con esto se levantan tantas máquinas de recelos, envidias y aborrecimientos, que parece imposible librarse; y así, se ha de tener por cosa muy notable que durase ocho años esta empresa de los catalanes y aragoneses libre deste daño. La empresa que Godofré hizo a la Tierra Santa, con ser la más ilustre de todas las que refieren las historias, en sus principios padeció este daño, por las competencias entre Tancredo y Baldovino, entre Boemundo y el conde de Tolosa; porque siempre en algunos pudo más la ambición que la piedad, principal motivo de aquella empresa. Ferrán Jiménez de Arenós, aunque por el concierto pudiera dividirse y gobernar solo por sí, no quiso apartarse de Berenguer de Entenza, porque le pareció que no perdía reputación en obedecer a un hombre igual en sangre y mayor de años, y también por ser muy pocos los que le seguían, y temerse de Rocafort; y así, Berenguer y Ferrán unieron sus fuerzas por ser más respetados y temidos.

Capítulo XLVIII

Rocafort pone sitio a Nona, Berenguer a Megarix y Ticin Jaqueria, genovés, con ayuda de gente catalana, toma el castillo y lugar de Fruilla

Aunque por los conciertos hechos pareció que todo quedaba en paz, no se aseguraron los unos de los otros ni dejaron de vivir llenos de recelos, acrecentando de cada día más el aborrecimiento, y cerrada de todo punto la puerta a tratos de concordia; porque como todos se hubieron de declarar, dejó de haber neutrales y medianeros para averiguar algunas cosas que siempre ocurrían de jurisdicción; el peligro les hizo apartar, ya que otra razón no pudo. Berenguer fue a poner sitio sobre Megarix, y Rocafort, en su emulación, fue a ponelle a Nona, sesenta millas de Galípoli y treinta de Megarix; y aun se tuvo por corta la distancia, según estaban los ánimos alterados, y particularmente los del bando de Rocafort, que, como superiores, les parecía mengua que los otros se atreviesen a competir. Los turcos y turcoples y los almuğávares siguieron a Rocafort y algunos

caballeros; con Berenguer se fueron los aragoneses y toda la gente noble que servía en la mar. Montaner, por su oficio de maestre racional, no tuvo por qué declararse, por haberse de quedar en Galípoli; y así, quedó solo por confidente de entrambos.

En este mismo tiempo, Ticin Jaqueria, genovés, gobernador del castillo y lugar de Fruilla, vino al servicio de los catalanes con un bajel de ochenta remos. La causa de su venida fue deseo de satisfacer un agravio con ayuda de los catalanes; porque muerto un tío suyo, que se llamaba Benito Jaqueria, en cuyo nombre había gobernado el castillo cinco años con cuidado y fidelidad, según él decía, habíale heredado un otro tío suyo, que luego vino a Fruilla, y sobre la averiguación de ciertas cuentas tuvieron algunos disgustos; y vuelto a Génova el tío, tuvo aviso Ticin que enviaba cuatro galeras para prendelle. Sintió el agravio el genovés, y quiso luego vengarse; pero no pudo hacerse dueño del castillo, porque no tenía fuerzas para sustentarse solo de por sí, ni bastante gente de confianza para echar los amigos de su tío; y así, con esperanza de que hallaría en los catalanes lo que deseaba, vino a Galípoli.

No halló a los generales, y dio razón a Montaner de la ocasión que le traía. Ofreció servir con fidelidad; y así, le asentó Montaner en los libros a él y a diez caballos armados para que todos ganasen sueldo en su provecho. Esto se acostumbraba de hacer con algunos caballeros y gente principal, asentalles el sueldo por más gente de la que traían, para hacelles esa comodidad. Pidió luego Ticin a Montaner que le diese gente, que él ofrecía de poner en sus manos el castillo y el lugar, de donde le podría resultar grande provecho. Montaner no trató de la justicia y razón del hecho, sino sólo de favorecer a quien pedía su ayuda y se ponía debajo de su amparo. Diéronle luego armas, caballos y las demás cosas para poner en orden los suyos, que llegaban hasta cincuenta; dióle gente de socorro, porque Montaner, como enemigo mortal de genoveses, no quiso perder la ocasión de hacelles algún daño. A Juan Montaner, su primo, y a cuatro consejeros catalanes se encomendó el socorro, con orden que no se hiciese cosa sin tomar parecer de Ticin Jaquería.

Partieron de Galípoli al otro día del domingo de Ramos con una galera bien armada y cuatro bajeles menores. Navegaron la vuelta del castillo de Fruilla, donde se llegó víspera de Pascua ya noche. El mozo Jaqueria, sentido del agravio, ejecutó su determinación. Desembarcó su gente con el silencio de la noche y arrimaron sus escalas. Subieron por ellas treinta genoveses de los de Jaqueria y cincuenta catalanes. Vino luego el día, con que fueron descubiertos y se les defendió la entrada; pero peleando valientemente ganaron una puerta por la parte de adentro, y abierta, dieron libre la entrada a los demás que quedaban fuera. Hízose grande resistencia al principio por los que defendían el castillo, que pasaban de quinientos hombres, no tan bien armados como los nuestros ni tan resueltos. Murieron hasta ciento y cincuenta de los enemigos. Hubo algunos cautivos, pero la mayor parte escapó con la huida. El castillo ganado, la villa que era de griegos, sin defensa alguna, se acometió luego, antes que los naturales pudiesen ponerse en resistencia ni esconder su hacienda. Fue la presa riquísima, porque, a más del oro y plata y vestidos de precio que se ganaron, se tomaron tres reliquias grandes que estaban en el castillo empeñadas por los turcos al genovés Benito Jaqueria. Teníase por

tradición que San Juan Evangelista las había dejado en el sepulcro, de quien arriba hicimos mención. Las reliquias fueron un pedazo del leño de la Cruz, de la parte donde Cristo reclinó su cabeza. Así lo refiere Montaner, y éste San Juan le trujo siempre pendiente del cuello el tiempo que vivió entre los mortales. Estaba entonces con un engaste de oro, con joyas de mucho precio; una alba, con que el Santo decía misa, labrada por las manos de la Virgen, y el Apocalípsis escrito por el mismo Santo, con unas cubiertas de admirable arte y riqueza. Pareció a Juan Montaner y a Ticin Jaqueria que Fruilla estaba lejos de los presidios para podella sustentar; y así, la desmantelaron, satisfecho el genovés de su tío, y todos los demás del oro que se ganó; con que volvieron a Galípoli y dieron a Ramón Montaner y a los demás la parte que les cupo, y de las reliquias le cupo por suerte el leño de la Cruz, que sin duda hubiera llegado a estos reinos si en Negroponte, a vuelta de la demás hacienda, no le robaran este gran tesoro. Animado con el suceso pasado Ticin Jaqueria le pareció acometer alguna empresa y ganar algún lugar donde pudiese estar de asiento. Dióle también para esto Montaner alguna gente, y con ella poco después ganó un castillo en la isla de Tarso y le mantuvo, no sin gran provecho de nuestra nación, como adelante veremos.

Capítulo XLIX

El infante don Fernando, hijo del rey de Mallorca, enviado del rey don Fadrique, llega a Galípoli para gobernar el ejército en su nombre

Divididos los capitanes en los sitios de Nona y Megarix, el infante don Fernando, hijo del rey de Mallorca, con cuatro galeras, llegó a Galípoli, por orden del rey de Sicilia don Fadrique, porque juzgó que importaba para el aumento de su casa enviar persona puesta por su mano, que gobernase el ejército de los catalanes de Tracia, pues ellos mismos le habían llamado y prestado juramento de fidelidad, no acordándose quizá de que esto había sido cinco años antes, cuando la necesidad les obligó, y que entonces pudiera haber dificultad en admitirle.

Tomó el infante esta jornada a su cargo por servir al rey solamente, y él se la encargó, con palabra de que no se casaría en Francia sin su consentimiento, y que gobernaría aquellos estados en su nombre. Tanta estimación se hizo de aquellas armas cuando las vieron superiores a las del imperio, que no las quisieron apartar de su obediencia los reyes, aunque fuese para un infante de su misma casa. Don Fadrique, príncipe de singular prudencia y maestro grande de la arte del reinar, no quiso empeñar su reputación en nuestras armas, porque las tuvo por perdidas cuando le pidieron socorro, ni declararse por enemigo de Andrónico hasta que le vio sin fuerzas para defenderse; pero los accidentes fueron tan diferentes de lo que se presumía, que la resolución del rey, con tanta razón determinada, vino, como veremos, a no tener el efecto que tuviera si

antes les socorriera.

La venida del infante dio notable contento a los que entonces se hallaron en Galípoli, particularmente a Montaner, grande criado y apasionado de su casa. Admitiéronle como a lugarteniente del rey sin dificultad ni réplica todos los que se hallaron presentes, que aunque fueron pocos, por ser los primeros se les agradeció de parte del rey. Enviáronse luego correos a los tres capitanes principales, Entenza, Rocafort y Ferrán Jiménez, haciéndoles saber la venida del infante, y juntamente les remitieron las cartas del rey que vinieron para ellos, dándoles razón de como venía a gobernalles en su nombre. Dio Montaner para su servicio cincuenta caballos y mayor número de acémilas que hubo menester para su casa; y porque la posada de Montaner era de las mejores de Galípoli, se salió della, y se la dio al infante.

Berenguer de Entenza estaba sobre el sitio de Megarix, treinta millas de Galípoli, donde recibió el aviso de la venida del infante por los dos caballeros que Montaner envió para que se le diesen, juntamente con la carta del rey. Partió luego con pocos y llegó a Galípoli el primero de los capitanes, dio la bienvenida al infante y le juró por su general y suprema cabeza. Luego tras él vino Ferrán Jiménez de Arenós de Módico, y siguió en todo a Berenguer. Mejoróseles el partido a estos dos ricoshombres porque su bando, menos poderoso, siempre temía al de Rocafort, y con la venida del infante parece que todo se había de sosegar, y las cosas, fuera de sus lugares por la violencia de uno, volverían al suyo y serían todos estimados según sus merecimientos y calidades. Fue el contento universal en todos, así del bando de Berenguer como de Rocafort, a quien alteró mucho la venida tan fuera de tiempo del infante, y sin duda que desde luego le negara la obediencia si no fuera porque conoció en los suyos el gusto que les había dado esta nueva. Hallóse en notable confusión; era hombre sagaz y prevenido en todos sus consejos, pero no pudo prevenir con sus artes acostumbradas lo que nunca pudo temer. Después de haber consultado con sus íntimos amigos el caso, pareció que convenía responder mostrando mucho gusto de la venida del infante, único deseo de todos ellos, y que por estar el sitio tan adelante no se atrevía a dejarle para ir a darle obediencia; que le suplicase de parte de todos que viniese a Nona, donde le esperaban con mucho gusto. En esta sustancia se respondió al infante, y él entre tanto, con los deudos y amigos confidentes, dispuso los ánimos a seguir su parecer y consejo.

Llegó la respuesta de Rocafort a Galípoli, y el infante no quiso determinarse sin el parecer de Berenguer de Entenza y de Ferrán Jiménez, y de algunos otros capitanes bien afectos a su servicio y de gran conocimiento de las trazas y designios de Rocafort. A todos pareció peligrosa la detención y que debía el infante partir luego, porque el ejército no se enfriase con el gusto que tenía de su venida y Rocafort no tuviese tiempo de concluir ni mover nuevas pláticas en deservicio del rey y excluir del gobierno su persona. Con esta resolución dispuso el infante su partida; fue acompañado de la mayor parte de la gente de Berenguer de Entenza y de Ferrán Jiménez; sus personas no pareció llevallas, porque no fuera acertado, antes de tener ganada la voluntad de Rocafort y de los suyos, ponerle delante por primera entrada sus competidores en mejor lugar cabe el infante, y así, defirieron la ida estos dos ricoshombres cuando el

infante hubiese jurado, porque entonces, estando con entera autoridad, se podrían hacer las amistades.

Capítulo L

El infante es excluido del gobierno por las mañas de Rocafort

Partióse el infante de Galípoli con el mayor acompañamiento que pudo, llevando consigo de los capitanes conocidos sólo a Ramón Montaner, y en tres días de camino por la costa llegó al campo, donde fue recibido con universal regocijo, y Rocafort con grandes demostraciones de contento le festejó los días que tardó a poner en plática las órdenes de su tío.

Esperaba el infante que Rocafort se comidiese a sin volver segunda vez a requerille; pero como vio que alargaba el obedecer al rey y no se daba por entendido, le dijo que él quería dar luego las cartas del rey que venían para el ejército y decilles de palabra el intento de su venida, y que para esto mandase juntar el consejo general. Obedeció Rocafort con muestras de mucho gusto y para el día siguiente ofreció de tenelle junto; porque ya en los pocos días que tardó el infante, previno a sus amigos que echasen voz por el campo que sería bien andar con mucho tiento en la resolución que se debia tomar de admitir al infante por el rey, y que por lo menos no se determinasen luego. Hízose esto con mucha arte, porque siempre se temió que viendo el ejército al infante no aclamase luego al rey y le admitiese. Pareció a todos el consejo avisado y cuerdo, porque el vulgo ignorante raras veces penetra segundas intenciones; y así, le siguieron.

El día siguiente la confusa multitud del consejo general, que constaba de todos los que ganaban sueldo, junta en el campo, esperó al infante. Vino acompañado de los de su casa y de muchos capitanes; entregó las cartas a un secretario, y mandó que en público se leyesen. Leídas, les declaró brevemente cómo el rey, movido de sus ruegos, había admitido el juramento de fidelidad que sus embajadores le hicieron; y aunque para sus reinos no podía ser útil el encargarse de su defensa, había querido mostrar el amor que les tenía posponiendo su conveniencia a la dellos; y así, le había mandado que con su persona viniese a gobernalles en su nombre y les ofreciese que siempre acudiría con mayores socorros. Respondiéronle, según Rocafort pretendió, que ellos tendrían su acuerdo sobre lo que se debía hacer, y que tomado, le responderían. Con esto los dejó el infante y se fue a su posada.

Quedó Rocafort con ellos, y poco seguro de la determinación que tanta gente junta pudiera tomar, y temiéndose de algunos caballeros, que aunque eran sus amigos deseaban que el infante quedase a gobernalles, les dijo que el caso de que se trataba no podía discurrirse bien entre tantos, porque la multitud siempre trae consigo confusión, la cual no da lugar a considerarse por menudo las dificultades que suelen ofrecerse en materia de tanto peso; que se escogiesen cincuenta personas, las de mayor crédito

y confianza, para que éstas fuesen platicando y discurrendo el negocio, con las conveniencias y contrarios que en él había; y tomada la resolución que les pareciese, la refiriesen a los demás, para que juntos libremente la condenasen o aprobasen; con que se excusarían los inconvenientes de haberlo de comunicar con tantos.

Túvose por acertado el parecer de Rocafort; que cuando el vulgo se inclina a dar crédito a uno, en todo le sigue, sin hacer diferencia de los buenos o malos consejos, porque más se gobierna con la voluntad que con la razón. Luego nombraron cincuenta personas para que juntamente con Rocafort lo trataran, no advirtiendo con cuánta mayor facilidad se pueden cohechar los pocos que los muchos. Con esto tuvo hecho su negocio, porque los cincuenta fueron casi todos puestos por su mano, y a los pocos de quien no podía fiar igualmente que de los demás fue fácil el persuadirles, a más de no faltarles razones y de mucho fundamento para esforzar la suya. Juntáronse los cincuenta con Rocafort, y él les dijo lo siguiente: «La venida del señor infante, amigos y compañeros, ha sido uno de los mayores y más felices sucesos que pudiéramos desear, al fin enviado por la poderosa mano de quien hasta al presente día nos ha conservado con grande aumento de nuestro nombre y confusión de nuestros enemigos; porque ya se ha dado fin a nuestros trabajos y principio a una felicidad muy entera, por tener prendas tan propias de nuestros reyes, a quien podemos entregar con seguridad la libertad y la vida, recibéndole, no como él quiere, por lugarteniente de su tío, sino como a príncipe absoluto Y sin sujeción y dependencia alguna. Por grande yerro tendría, si la elección de príncipe pende de nosotros, escoger al que vive ausente y ocupado en gobernar mayores estados, y dejar al desocupado y libre de otras obligaciones, y el que ha de vivir siempre entre nosotros y correr la misma fortuna de los sucesos prósperos y adversos. Si a don Fadrique recebimos por rey, a manifiesta servidumbre nos sujetamos, porque con su persona no podrá asistirnos, y necesariamente habrá de enviar quien en su nombre gobierne este vitorioso ejército y las provincias que por él están sujetas. ¿Qué mayor desdicha se podrá esperar si por premio de nuestras victorias venimos a ser gobernados por otra mano que la propia de nuestro príncipe? Y el mismo rey don Fadrique procurará nuestra defensa en cuanto no le estorbare a la del reino de Sicilia. Pues ¿por qué se ha de admitir tanta desigualdad? Los trabajos, los peligros, las pérdidas para nosotros solos; pero la gloria y provecho, no sólo igual, pero mayor y más segura, para el rey. Si nos perdemos, quedando muertos o en dura servidumbre, libre don Fadrique y tan gran príncipe como antes; pero si ganamos nuevas provincias y estados, todos han de venir a ser suyos. Pues ¿puede algún cuerdo con esta desigualdad, hallándose libre para escoger, dar la obediencia a príncipe con tales calidades? A más desto, ¿no se os acuerda la paga que nos dio por tantos servicios al partir de Sicilia? ¿Qué fue más que un poco de bizcocho, y otras cosas que no pueden negarse a los siervos y esclavos? No, amigos; no nos conviene tomar por rey a don Fadrique, pues no se acordó de nosotros al tiempo que le pedíamos su ayuda y cuando nos importaba tanto el dárnosla, sino cuando a él convino y a nosotros no nos es de provecho. Esto se echa bien de ver agora, pues no nos envía armas, gente, bastimentos o dineros, ni otra cosa necesaria para la guerra, sino cabeza y general que nos gobierne, como si tuviéramos falta desto, y no se

hubieran alcanzado muchas vitorias sin tenerle puesto por su mano. No consintamos que el premio de nuestros servicios se distribuya por mano de sus ministros y gobernadores, en quien siempre puede más la pasión que la verdad, más su particular interés que la común utilidad; porque tratan las provincias como quien las ha de dejar, y como en la posesión temporal de ajena propiedad gozan de lo presente sin ningún cuidado de lo venidero, y más estando el rey tan apartado, a quien nuestras quejas llegarán tarde cuando sean oídas, y los socorros tan a tiempo como el que ahora nos envía, después de seis años que con grande instancia se lo pedimos. En esto, finalmente, me resuelvo que excluyamos a don Fadrique por don Fernando; tengamos presente al príncipe por quien aventuramos la vida, y sea testigo, pues ha de ser juez, de los servicios que le hiciéremos, y cuide de nosotros como de sí mismo, pues nuestra conservación y vida corre parejas con la suya. Conténtese don Fadrique con Sicilia, ganada y conservada por nuestro valor; deje a don Fernando, su sobrino, los trabajos de una guerra incierta y peligrosa, estas provincias destruidas, y sola la esperanza de conquistar nuevos reinos y señoríos.»

Con esta plática los pocos dudosos que había se resolvieron con el parecer de Rocafort, y luego dos de los cincuenta electos dieron razón de la determinación que habían tomado a todo el campo, refiriendo las mismas razones de Rocafort. Túvose con aplauso general de todos por acertada aquella determinación, y quisieron que luego se diese la respuesta al infante. Fueron para esto los cincuenta, y propusieronle su embajada. Don Fernando, como buen caballero, respondió que él venía de parte de su tío, y que con su autoridad y fuerzas había tomado aquella empresa a su cargo, y sería faltar a su obligación si con puntualidad no ejecutaba las órdenes de quien le enviaba, y que por ningún caso admitiría el ofrecimiento que le hacían, sino recibéndole como lugarteniente de su tío don Fadrique. Rocafort siempre publicó que el infante, por tener alguna disculpa con el rey, no admitiría luego el ofrecimiento que le hacían, y con esto engañó la mayor parte del ejército; porque si hubiera quien les persuadiera y desengañara que el infante por ningún caso se quedara a gobernalles como a príncipe, sin duda que le admitieran por el rey. Quince días se pasaron en este trato, y el infante creyó siempre que aquellas eran palabras de cumplimiento, y que a lo último obedecerían al rey. En este medio Rocafort, como de su parte tenía todos los turcos y turcoples a su disposición y parte del ejército que le seguía, la otra, como inferior, no le osaba contradecir. Con esto quedó todo el ejército que estaba debajo de su mano resuelto de no admitir el infante por el rey; y a la verdad su intento no era excluir a don Fadrique por don Fernando, porque con ninguno dellos se pudiera conservar; pero como hombre sagaz y que conocía al infante por uno de los mejores caballeros de su tiempo y que no tendría mala correspondencia con el rey su tío, le propuso al ejército para que excluyesen al rey, prefiriendo al infante, de quien estaba cierto que no lo admitiría; y como la mayor parte del ejército con este engaño de Rocafort se declaró por el infante contra el rey, después no quisieron elegir a quien una vez excluyeron.

Todos estos embustes tramaba Rocafort, seguro que aunque después se descubriesen no le causarían daño, por tener de su parte a los turcos y turcoples, que juntos con los confidentes, era la mayor parte del

ejército.

No se puede negar que en esta parte Rocafort podría tener alguna disculpa, aunque fuera de natural y condición más moderado; porque después de tantas victorias, y haber gobernado un ejército cinco años, justamente pudiera rehusar el no admitir un superior, cuyo favor habían prevenido sus mayores enemigos Berenguer de Entenza y Ferrán Jiménez, que siempre serían preferidos por su calidad y mejor correspondencia. Y aunque el infante, por quitar toda sospecha, les hizo quedar en Galípoli, no por eso se la quitó a Rocafort; antes ese mismo cuidado con que prevenían las ocasiones exteriores de que pudiese tenerla se la acrecentaba más, creyendo siempre que era tener sobrada confianza de Berenguer y de Ferrán, y que ellos la tenían del infante, pues no mostraban queja de no haberles admitido en su compañía. No hay cosa que más penetre y descubra que los celos y temores de perder un puesto tan superior como el que Rocafort tenía, y más en un sujeto de tantas partes y experiencia.

Capítulo LI

Rocafort, antes de partirse el infante del ejército, ganó a Nona, y de común acuerdo de los capitanes deja el ejército los presidios de Tracia y determina pasar a Macedonia

La venida del infante don Fernando al ejército acabó de poner en desesperación a los griegos que estaban sitiados, y dentro de pocos días se hubo de entregar con mucha pérdida en las manos del vencedor, porque aunque no perdieron las vidas, quedaron sin haciendas. Berenguer de Entenza también tomó a Megarix.

Sentíase ya en nuestro campo gran falta de vituallas, porque diez jornadas al contorno de Galípoli estaba todo talado y destruido; que los cinco años últimos, de los siete que estuvieron en esta provincia, se mantuvieron de lo que la tierra sin cultivar producía, pues no llegaban a los árboles y viñas sino para quitarles el fruto. A lo último vino esto a faltar, y fue forzoso tratar de buscar otras provincias donde entretenerse y poder vivir. Habíase diferido esto por las enemistades de Entenza y Rocafort, que estaban aún tan vivas, que no se osaban mover de sus alojamientos ni juntarse, por el recelo que se tenía que entrambas las dos parcialidades no llegasen a rompimiento: tanto pueden disgustos e intereses particulares, que impiden el remedio común y quieren más perecer con ellos que vivir cediendo de sus locas y vanas pretensiones. Todos fueron de parecer que desmantelasen a Galípoli y los demás presidios, y en esto conformaron los capitanes competidores juntamente con los turcos y turcoples, y así, suplicaron al infante la gente buena y libre de pasiones que fuese servido de no desampararles hasta dejarles en otra provincia, porque debajo de su autoridad y nombre irían todos muy seguros y en este medio se podrían concertar las diferencias de Entenza y Rocafort. El

infante tuvo su acuerdo por bueno y ofreció de hacello; y a lo que yo puedo entender, movido de lástima de que Berenguer de Entenza y Ferrán Jiménez de Arenós quedasen en las manos de Rocafort, a quien el respeto del infante parece que detenía la ejecución de su ánimo vengativo, quiso tentar si con esta detención podría concertar estas diferencias y dejalles con mucha paz y quietud, para que unidos y conformes pudiesen hacer mayores progresos, esperando siempre que obedecerían al rey, aunque por entonces lo hubiesen rehusado.

Juntó el infante las cabezas principales del ejército, con todos los del consejo, y resueltos ya de salir de aquellos presidios que tenían en Tracia, por habelles forzado la necesidad y falta de vituallas, trataron qué camino tomarían y qué ciudad en Macedonia ocuparían. Hubo diferentes pareceres, y últimamente pareció el más acertado que se acometiese la ciudad de Cristopol, puesta en los confines de Tracia y Macedonia, por tener la entrada de las dos provincias fácil y la retirada segura, y los socorros de mar sin podérselos impedir, como en Galípoli, que ocupado el estrecho con pocos navíos de guerra, impedían el libre comercio que venía por mar a dalles alguna ayuda. Ordenóse que Ramón Montaner, con hasta treinta y seis velas que había en nuestra armada, y entre ellas cuatro galeras, llevasen las mujeres, niños y viejos por mar a la ciudad de Cristopol, después de haber desmantelado todos los presidios que en aquellas costas se tenían por nosotros, como Galípoli, Nona, Pactia, Módico y Megarix.

El infante y los demás capitanes ordenaron en esta forma su partida. Berenguer de Rocafort con los turcos y turcoples y la mayor parte de los almugávares saliese un día antes que Berenguer y Ferrán Jiménez, y que siempre se guardase este orden en el camino, siguiendo siempre Berenguer a Rocafort una jornada lejos, y esto se hizo por quitar las ocasiones que pudiera haber de disgustos si los dos bandos juntos se alojaran, donde forzosamente sobre el tomar los puestos vinieran a las manos. Púdose sin peligro dividir sus fuerzas, por no tener enemigo poderoso en la campaña que les pudiese prontamente acometer, porque divididos el espacio de un día de camino, no se pudieran socorrer si le tuvieran; pero toda la gente de guerra atendía más a defenderse dentro de las ciudades que salir a ofender nuestro ejército, cosa que tantas veces emprendieron con notable daño suyo y gloria nuestra.

Juntos en Galípoli, después de haber desmantelado todos los demás presidios, partió Rocafort con su gente por el camino más vecino al mar, y al otro día le siguió Berenguer de Entenza y el infante, ocupando siempre los puestos que Rocafort dejaba. Después de haber caminado algunos días, comenzaron a entrar en lo poblado de la provincia, adonde sus armas antes no habían llegado. Los griegos, con el pavor del nombre de catalanes, huían la tierra adentro, dejando en los pueblos bastimentos en grande abundancia, con que los nuestros pasaban con mucha comodidad, y libres del daño, que siempre creyeron, de faltarles con que vivir. Esta fue una de sus empresas grandes: entrarse por tierras y provincias no conocidas, sin tener seguridad de alguna plaza o de algún príncipe amigo. La expedición de los diez mil griegos que cuenta Jenofonte fue de las mayores que celebra la antigüedad: pero siempre los griegos llevaban por fin llegar a su patria, y parte con armas atravesaban provincias y naciones extrañas;

pero los catalanes sólo tenían por fin de aquel viaje, no el descanso de su patria, sino la expugnación de una ciudad grande y fuerte, que resolvieron de acometer antes de salir de Galípoli, y que el fin de una fatiga y peligro grande fuese el principio de otro mayor.

Capítulo LII

La vanguardia del campo del infante y Berenguer alcanza la retaguarda de Rocafort, y llegan casi a darse la batalla; mata Rocafort a Berenguer de Entenza; y Ferrán Jiménez de Arenós, huyendo del mismo peligro, se pone en manos de los griegos

Llegó Rocafort con su ejército a una aldea dos jornadas lejos de la ciudad de Cristopol, puesta en un llano abundante de frutas y aguas, las casas vacías de gente, pero llenas de pan y vino y de otras cosas, no sólo necesarias, pero de mucho gusto y regalo. Detuviéronse en tan buen alojamiento más de lo que debieran soldados pláticos y bien diciplinados; cerca de mediodía aún no habían partido porque la gente derramada por aquella llanura, con el regalo de la fruta que se hallaba en los árboles, se entretuvo de manera que no se pudo recoger antes. La vanguardia del campo del infante, donde iba Berenguer de Entenza, porque salió más temprano de lo que acostumbraba, alcanzó la retaguarda de Rocafort. Por huir del calor del sol partieron antes del amanecer, y sin advertillo se hallaron sobre los de Rocafort. Alteróse su retaguarda, y vueltas las caras, viéndose tan cerca los de Berenguer, juzgaron que venían a romper con ellos: tocóse arma con grande confusión, y la vanguardia del uno con la retaguarda del otro se encontraron. Rocafort, luego que reconoció la gente de su contrario, tuvo por cierto que venía con determinación de ejecutar algún mal intento, pues no pudiera ser otra la causa que a Berenguer le obligara a romper los conciertos sin primero avisar. Un hombre sospechoso nunca discurre ni piensa lo que le puede quitar las sospechas, sino lo que se las acrecienta, Rocafort no consideró su descuido en diferir la partida hasta mediodía, y acordóse que Berenguer de Entenza había madrugado mucho. Al fin, o por pensarlo así o por tomar la ocasión de venir a las manos con él, mandó subir a caballo su gente, y él hizo lo mismo armado de todas piezas, y partió con gran furia contra la gente de Berenguer de Entenza, a quien la suya había ya acometido, trabándose una cruel y sangrienta escaramuza. Llegó también aviso al infante y a los demás capitanes del desorden. Salió Berenguer de Entenza el primero a caballo y desarmado, con sólo una azcona montera, como persona de más autoridad, a detener los suyos y retirarlos. Gisbert de Rocafort, hermano de Berenguer, y Dalmau de San Martín, su tío, vieron a Berenguer que andaba metido en los peligros de la escaramuza: o que les pareciese que animaba su gente contra ellos, o lo que se tiene por más cierto, viendo la ocasión de satisfacer su mal ánimo y quitar el émulo a su hermano, Gisbert y Dalmau cerraron juntos con

él. Berenguer de Entenza, que como inocente y buen caballero, viendo que los dos hermanos se encaminaban para él, vuelto a ellos les dijo: «¿Qué es esto, amigos?» Y en este mismo tiempo le hirieron de dos lanzadas, con que aquel valiente y bravo caballero cayó del caballo, muerto, sin poderse defender, por estar desarmado, descuidado y entre sus amigos.

Encendiéndose más vivamente la escaramuza después de muerto Berenguer, y los Rocafort ejecutaron su venganza matando muchos de su bando. No puede ser mayor la crueldad que, después de haber vencido y muerto a su contrario, degollar y despedazar los vencidos, en quien no pudiera haber resistencia, después de perdida su cabeza, en admitir a Rocafort y obedecelle; pero su soberbia y arrogancia fue tanta, que no hacía ya la guerra a sus enemigos, sino a su propia naturaleza, y solicitaba a los turcos y turcoples para que inhumanamente acabasen todos los del bando de Berenguer, sin excepción alguna de persona.

Ferrán Jiménez de Arenós, con el mismo descuido que Berenguer de Entenza, iba desarmado, y retirando su gente a cuchilladas, fue advertido de la muerte de Berenguer, y que con cuidado le iban buscando para matalle; y así, con alguna gente que pudo recoger y llevar tras sí, se salió del campo, y tuvo por más seguro entregarse a los griegos que a Rocafort. Fuese a un castillo que estaba cerca, donde fue recibido debajo de seguro, con que se presentase delante del emperador Andrónico.

El infante, por amparar y defender la gente del bando de Berenguer, salió armado con algunos caballeros que le siguieron, y se opuso con valor a los turcos y turcoples, que asistidos de Rocafort, todo lo pasaban por el rigor de su espada. Pudo tanto la presencia del infante, que Rocafort, puesto a su lado porque los turcos no le perdiesen el respeto, retiró su gente, después de haber tan alevosamente muerto a Berenguer y tanta gente de su bando. Quedaron muertos en el campo ciento y cincuenta caballos y quinientos infantes, la mayor parte de las compañías de Berenguer de Entenza y Ferrán Jiménez de Arenós.

Sosegado el tumulto y retirada la gente a sus banderas, el infante y Rocafort vinieron juntos a la plaza del lugar, donde tenían el cuerpo de Berenguer tendido. Apeóse el infante de su caballo, y abrazado con el cuerpo difunto, dice Montaner que lloró amargamente, y que le abrazó y besó más de diez veces, y que fue tan universal el sentimiento, que hasta sus mismos enemigos le lloraron. Vuelto el infante a Rocafort, con palabras ásperas le dijo que la muerte de Berenguer había sido malamente hecha por algún traidor. Rocafort con palabras humildes respondió que su hermano y tío no le conocieron hasta que le hubieron herido. Con esto se hubo de satisfacer el infante, pues no tenía fuerzas para castigar tanto atrevimiento, y sin duda que hiciera alguna demostración si no se hallara con tan poca gente. Mandó que para enterrar el cuerpo de Berenguer y hacerle sus obsequias se detuviese el ejército dos días, porque quiso honrarle con lo que pudo; Y así se hizo. Enterráronle en una ermita de San Nicolás, que estaba cerca, junto del altar mayor; sepulcro harto indigno de su persona si consideramos el lugar humilde y poco conocido donde le dejaron, pero célebre y famoso por ser en medio de las provincias enemigas, cuya inscripción y epitafio es la misma fama, que conserva y extiende la memoria de los varones ilustres que carecieron de túmulos magníficos en su patria, por haber perecido en tierra ganada y adquirida

por su valor.

Este fin tuvo Berenguer de Entenza, nobilísimo por su sangre y celebrado por sus hazañas, y por entrambas cosas estimado de reyes naturales y extraños. En sus primeros años sirvió a sus príncipes, primero en Cataluña y después en Sicilia, con buena fama, donde alcanzó amigos y hacienda para seguir el camino que la fortuna le ofreció de engrandecerse y alcanzar estado igual a sus merecimientos; que aunque en su patria le poseía grande, pero no de manera que su ánimo generoso y gallardo cupiese en tan cortos límites como los de la baronía que hoy llamamos de Entenza. Fue Berenguer animoso y valiente con los mayores peligros, fuerte en los trabajos, constante en las determinaciones, igualmente conocido por los sucesos prósperos y adversos, porque en medio de su felicidad padeció una larga y trabajosa prisión, y apenas salido della y restituido a los suyos, cuando otra vez la fortuna se le mostraba favorable, murió a traición a manos de sus amigos, en lo mejor de sus esperanzas.

El infante, después de sosegado el alboroto, envió a llamar a Ferrán Jiménez, ofreciéndole que podía venir seguro debajo de su palabra.

Respondió que le perdonase, que ya no estaba en su libertad para cumplir sus mandamientos, porque había ofrecido de presentarse ante el emperador Andrónico con toda su compañía. Túvole el infante por disculpado, y Ferrán Jiménez, después de haber recogido los suyos, se fue a Constantinopla, donde le recibió Andrónico con muchas muestras de agradecimiento de que le hubiese venido a servir, y por mostrarlo con efeto, le dio por mujer una nieta suya, viuda, llamada Teodora, y el oficio de megaduque que tuvo Roger y después Berenguer de Entenza. Con esto quedó Ferrán Jiménez de los más bien librados capitanes desta empresa, y el que solo permaneció en dignidad y escapó de fines desastrados.

Capítulo LIII

Deja el infante nuestra compañía y lleva consigo a Montaner, después de entregar la armada

En este medio que el infante se detuvo en el lugar donde mataron a Berenguer, llegaron sus cuatro galeras con sus capitanes, Dalmau Serran, caballero, y Jaime Despalau, de Barcelona; y alegre de tener galeras con que apartarse de Rocafort, mandó juntar Consejo general, y volvió segunda vez a requerirles si le querían recibir en nombre de su tío don Fadrique, porque cuando no quisiesen, estaba resuelto de partirse. Rocafort, autor de la determinación pasada cuando se les propuso lo mismo, como más poderoso entonces, después que le faltaban sus émulos en quien pudiera haber alguna contradicción, fuéle fácil tener a todo el campo en su opinión, porque sus pensamientos ya eran mayores que de hombre particular. Respondieron al infante lo que la vez pasada, y con mayor resolución. Con esto se tuvo por imposible y desesperado el negocio; y así, se embarcó el

infante con sus galeras, dejando a Rocafort absoluto señor y dueño de todo, y navegó la vuelta de la isla de Tarso, seis millas lejos de la tierra firme, donde estaba el campo.

Llegó el infante a la isla casi al mismo tiempo que Montaner con toda la armada, y después de haberle referido la maldad de Rocafort y pérdida de tan buenos caballeros como eran Berenguer de Entenza y Ferrán Jiménez de Arenós, le mandó de parte del rey y suya que no se partiese de su compañía. Obedeció Montaner con mucho gusto, porque estaba rico y temía a Rocafort, aunque era su amigo. La amistad de un poderoso insolente siempre se ha de temer, porque la amistad fácilmente se pierde, y queda el poder libre de respetos para ejecutar su furia y sus antojos. Suplicó al infante fuese servido de detenerse mientras él con la armada daba razón a los capitanes del campo de lo que se le había encargado, que eran la mayor parte de sus haciendas y todas sus mujeres y hijos. Fue contento el infante de aguardalle, y con esto Montaner con la armada llegó a una playa donde estaba alojado el ejército, una jornada más adelante de donde los dejó el infante. No quiso que persona alguna desembarcase hasta que le aseguraron que no se haría daño a las mujeres, hijos y haciendas de los de Berenguer de Entenza y Ferrán Jiménez, y que les dejarían libres para ir donde quisiesen. Con este seguro desembarcó todos los que quisieron ir al castillo donde Ferrán Jiménez se había retirado. Diéronles cincuenta carros, y con docientos caballos de turcos y turcoples de escolta y cincuenta cristianos, les enviaron al castillo. A los que no quisieron quedarse ni con Rocafort ni con Ferrán Jiménez se les dieron barcas armadas hasta Negroponte. En esto se entretuvo el campo dos días; y Montaner, ya que se quería partir, hizo juntar Consejo general, y después de haberles entregado los libros y el sello del ejército, les dijo que el infante don Fernando, de parte del rey y suya, le había mandado que le siguiese, a quien era forzoso obedecer, y que no lo había querido hacer antes hasta haber dado descargo de lo que se le encomendó; que él se iba con grande sentimiento de dejarles, aunque por su mal proceder dellos pudiera no tenelle, pues daban tan mala recompensa a los que les habían gobernado y sido sus generales; que Berenguer quedaba muerto por sus excesos, y Ferrán Jiménez entregado a la fe dudosa de los griegos. Estas razones dijo Montaner por la seguridad que tenía de los turcos y turcoples, a quien siempre trató con mucho amor, y ellos, reconocidos, le llamaban Cata, que en su lenguaje quiere decir padre; y aunque Rocafort lo mandara, no intentaran cosa contra él. Toda la nación junta le rogó que se quedase, y los turcos y turcoples hicieron lo mismo, solicitando siempre a Rocafort que le detuviese; pero como estaba ya resuelto de partirse, y habló con alguna libertad en favor de Berenguer de Entenza y Ferrán Jiménez, no quiso ponerse en peligro ni dar ocasión a Rocafort que con pequeña ocasión le diese la muerte como a los demás.

Con esto se partió del ejército con un bajel de veinte remos y dos barcas armadas, en que puso su hacienda y la de sus camaradas y criados. Llegó a la isla de Tarso, donde el infante le esperaba, y en ella se detuvieron algunos días para tomar bastimentos y consultar la navegación que habían de hacer. Detúvoles también el buen acogimiento que hallaron en Ticin Jaqueria, aquel genovés que con ayuda de Montaner saqueó el castillo de Fruilla y después ocupó el de aquella isla, donde con muestras de sumo

agradecimiento les entregó las llaves del castillo y les ofreció servir con su vida y hacienda. Siempre el hacer bien es de provecho, y la recompensa viene muchas veces de quien menos se pensó que la pudiera hacer; y lo que se perdió en muchos beneficios, de uno solo que se agradezca se sigue mayor utilidad que daño de todos los que se perdieron. Halló Montaner, con el infante, seguridad en el puerto, regalo en lo que se les dio para su sustento, por sólo haber ayudado antes al genovés, aunque fue con su mismo interés y provecho.

Capítulo LIV

Pasa el ejército a Macedonia

Apartado Montaner del campo, Berenguer de Entenza muerto y Ferrán Jiménez huido, quedó solo Rocafort absoluto señor y dueño de todo, y así mudaba a su gusto y antojo las determinaciones de todo el Consejo. La resolución que se tomó entre todos los capitanes antes que saliesen de sus presidios fue de acometer a Cristopol y hacerse fuertes en él, como lo hicieron en Galípoli, y tener las dos provincias de Tracia y Macedonia vecinas, para hacer sus entradas. Pareció al principio fácil la empresa, porque creyeron coger a los griegos descuidados y sin tiempo para prevenirse, y sin duda que les saliera bien el pensamiento al en el camino no se detuvieran cuatro días en vengar sus particulares agravios o pasiones; con que tuvieron los griegos espacio y lugar bastante, no sólo para defenderse, pero también para ofenderles y acabarles, si entre los griegos hubiera hombre de valor y cuidado. La dilación de las ejecuciones en la guerra es muy perniciosa y muy útil cualquier presteza; que por faltarles a muchos un día, una hora, y aun menos tiempo, perdieron grandes lances y ocasiones.

Rocafort, después que supo que la ciudad estaba puesta en defensa, se resolvió de pasar al estrecho de Cristopol, que es la parte marítima del monte Ródope, y no detenerse en acometer el lugar. El siguiente día con todo el campo pasó el estrecho, no sin gran fatiga, porque el camino era áspero, los bagajes muchos, y los niños, mujeres y enfermos. Los griegos, aunque advertidos del camino que llevaban los catalanes, no pudieron o no osaron atreverse a impedirles el paso. Atravesado el monte Ródope, bajaron a los campos de Macedonia cerca de ocho mil hombres de servicio entre todas las naciones; bastante ejército para cualquier grande empresa si los ánimos estuvieran unidos y la muerte de Berenguer no hubiera hecho odioso a Rocafort aun a sus propios amigos, porque desde entonces él se desvaneció y ellos se ofendieron.

Al fin del otoño se hallaron en medio la provincia de Macedonia, los pueblos enemigos poderosos y aun no maltratados con la guerra: pero los daños de Tracia, su provincia más vecina, les sirvió de escarmiento para prevenirse dentro de las ciudades y recoger los frutos de la campaña.

Cuidadosos, pues, los catalanes de poner su asiento por aquel invierno en algún sitio acomodado, corrían toda la tierra, reconociendo puestos que poder ocupar y recoger bastimentos y vituallas compradas con sangre y con dinero. Últimamente, después de haber hecho grandes daños en toda la provincia, se hicieron fuertes en las ruinas de la antigua Casandria, uno de los mejores puestos de toda la provincia, por estar vecino al mar, y toda la comarca de aquel cabo, fértil y apacible, por los muchos senos y entradas que el mar hace, y de donde fácilmente, o por lo menos con más comodidad que de otro cualquier lugar, podían hacer sus entradas la tierra adentro, y tener a Tesalónica, cabeza de la provincia, en continuo recelo de su daño.

Capítulo LV

Prisión del infante don Fernando en Negroponte

Partió el infante de la isla de Tarso con Ramón Montaner y mandó que se le entregase a Montaner la mejor galera, que fue la que llamaban Española. Con estas cuatro galeras, un leño armado y una barca de Montaner, fueron navegando por la costa de Tracia y Macedonia, hasta el puerto de Almiro, lugar del ducado de Atenas, donde el infante había dejado cuatro hombres cuando venía, para hacer bizcocho para cuando se volviese. Halló el infante que, contra la fe y palabra común, le habían tomado el bizcocho y maltratado los cuatro que lo hacían. Tomó el infante luego satisfacción del daño que había recibido, echando gente en tierra y saqueando el lugar de Almiro, donde todo se llevó a sangre y fuego. Después de haber saqueado y satisfecho la pérdida pasada, de allí pasaron a la isla que Montaner llama Espol; yo entiendo que fue la que hoy se llama el Sciro. Saqueó toda la isla y combatió el castillo sin fruto. De allí tomaron el cabo de la isla de Negroponte; quiso el infante entrar en la ciudad, porque cuando vino a Romania estuvo en ella y fue muy bien recibido y festejado. Montaner y los demás capitanes de experiencia le advirtieron que no convenía poner a riesgo su persona y la de los que con él iban, después de haber saqueado los lugares del duque de Atenas, con quien los señores de Negroponte tenían confederación.

No dio crédito a sus buenos consejos; y usando de su poder absoluto, con evidente peligro entró en la ciudad, y hallaron en el puerto diez galeras de venecianos que habían venido a instancia de Carlos de Francia, a quien dio el Papa la investidura de los reinos de Aragón cuando el rey don Pedro ocupó a Sicilia. Traían un caballero francés llamado Tibal de Sipoy, para que en nombre de Carlos, su príncipe, tratase en Grecia nuevas confederaciones y amistades, y particularmente de los nuestros, de quien esperaba Carlos su remedio, porque tenía pensamiento de venir en persona, por los derechos que pretendía al imperio, a echar dél al emperador Andrónico. El infante ya no tuvo lugar de arrepentirse ni volver atrás,

porque fuera dar mayor sospecha; pero antes de desembarcar quiso que le asegurasen y diesen palabra de no ofendelle. Hiciéronlo con mucho gusto al parecer, Tibaldo el primero, y los capitanes de las diez galeras venecianas, que se llamaban Juan Tarín y Marco Misot, y los tres señores de Negroponte. Con esto le pareció al infante que estaba seguro. Saltó en tierra, donde le convidaron para aseguralle más y quitar a las galeras la mayor defensa, que era el estar allí su persona y las de quien siempre le acompañaban, que entre ellas fue la de Montaner. Apenas puso el infante el pie en tierra, cuando las diez galeras venecianas dieron sobre las del infante y el bajel de Montaner, donde acudió mucha gente, porque tenían noticia que había dentro grandes riquezas. Mataron al entrar cerca de cuarenta hombres que se quisieron defender, y al mismo tiempo prendieron al infante, con hasta diez de los más principales que estaban en su compañía. Tibaldo luego libró la persona del infante a micer Juan de Misi, señor de la tercera parte de Negroponte, para que le llevase al duque de Atenas en nombre de Carlos de Francia, cuya orden se aguardaría para disponer de la persona del infante. Lleváronle con ocho caballeros y cuatro escuderos a la ciudad de Atenas, donde fue entregado al duque, y por su orden con muchas guardas llevado al castillo de Sant Omer, donde quedó prisionero algunos días.

Capítulo LVI

Rocafort y su gente prestan juramento de fidelidad a Tibaldo de Sipoy, en nombre de Carlos de Francia

En este tiempo ya Tibaldo trataba de traer al servicio de Carlos a Rocafort y a toda la compañía, y procuraba granjearles por todos los medios que pudo. No faltó quien le advirtió que en ninguna cosa podía ganar más la voluntad de Rocafort que entregándole dos de aquellos prisioneros que tenía; que el uno de ellos era Montaner y el otro García Gómez Palacín, enemigo grande de Rocafort. Tibaldo dio crédito al aviso, y sin más averiguación embarcó en sus galeras a Montaner y a Palacín, y él en persona partió la vuelta del cabo de Casandria, donde estaban los nuestros con Rocafort; y apenas hubo llegado a su presencia, cuando le presentó los dos prisioneros, pareciéndole que habían de ser el medio de sus amistades, y así fueron ellas tan desdichadas, pues se fundaron en la sangre y muerte de un inocente. Entregáronse ambos prisioneros, pero con diferente suerte; porque al uno le apartaron para quitarle la vida, y al otro para darle libertad. Honraron con grandes demostraciones de contento a Montaner, y a Palacín mandó Rocafort cortarle luego la cabeza, sin darle más tiempo de vida de la que el verdugo tardó a darle la muerte, y sin que persona alguna se atreviese a replicar sobre ello a Rocafort. Que se halle hombre tan ruin como Rocafort entre tantos soldados y capitanes no me causa admiración; pero ¡que entre todos ellos no se hallase un hombre de

bien que detuviera o replicara a Rocafort, advirtiéndole siquiera que ofendía su fama y escurecía sus hechos con ejecución tan inhumana y fuera de tiempo! Era García Gómez Palacín aragonés, valiente soldado y honrado caballero, aunque desdichado, principal capitán y valedor del bando de Berenguer de Entenza y Ferrán Jiménez de Arenós.

Con este hecho, indigno de cualquier hombre que lo sea, perdió Rocafort amigos y reputación, pues dar la muerte a un caballero que se retiraba como vencido a la patria, de donde no le pudiera ofender ni impedir su grandeza, fue indicio y señal manifiesto de su crueldad y fiereza.

Montaner, como habla sido maestro racional de nuestro ejército, y era el que mandaba todos los oficiales de pluma, tenía granjeados con su buen término y verdad los ánimos de todos los soldados, y así, le amaban como a padre: cosa raras veces vista, amar los soldados la gente de pluma, a quien ordinariamente aborrecen y murmuran, porque les parece que estando descansados, con trampas y enredos, en daño de la milicia se acrecientan y enriquecen, y ellos con mil trabajos y peligros viven siempre en una miserable suerte.

Recibieron todos a Montaner con regocijo general, y luego le dieron una posada de las más honradas que había, y los turcos y turcoples los primeros le presentaron veinte caballos y mil escudos, y Rocafort un caballo de mucho precio y otras cosas de valor, sin que hubiese persona de estimación en todo el ejército que no le diese algo. Tibaldo de Sipoy y los capitanes venecianos que le entregaron quedaron corridos, de ver que se hiciese tanta honra a quien ellos habían robado cuanto tenía, y temieron que no le hiciese daño en desbaratar sus trazas y pretensiones; pero Montaner era cuerdo, y como no le pareció cosa segura quedarse en nuestro campo, ni las impidió ni las favoreció.

Rocafort, que hasta entonces había estado dudoso en aceptar lo que por parte de Carlos de Francia le ofrecía Tibaldo de Sipoye, porque el respeto de la casa de Aragón le detenía; pero cuando tuvo por cierto que por no haber querido admitir al infante por el rey don Fadrique, las casas de los reyes de Aragón, Sicilia y Mallorca le serían enemigos, vino en lo que Tibaldo deseaba, que la compañía le recibiese por su general en nombre de Carlos de Francia, ofreciéndoles el sueldo aventajado y grandes esperanzas, que era lo que les podía dar. Con esto le juraron fidelidad, forzados, a lo que yo puedo juzgar, de la violencia de Rocafort, porque desechar a su príncipe natural y tomar al extraño y enemigo, no es posible que los catalanes y aragoneses voluntariamente lo consintiesen, ni Rocafort lo intentase, sino por la seguridad que tenían en los turcos y turcoples y parte de la almugavería, que ciegamente le obedecían, aunque lo que Rocafort hizo no parece que fuese traición, porque no tomó las armas contra sus príncipes, sino sólo se apartó de su servicio, cosa en aquellos tiempos lícita y usada, y más cuando precedían agravios. Ni menos fue por aborrecimiento que tuviesen a la casa de Aragón y amor a la de Francia, sino que quiso arrimarse por entonces al príncipe menos poderoso, para con más facilidad apartarse dél cuando sus cosas llegase al estado en que esperaba verse. Porque corría una voz, entre muchas, que Rocafort se quería llamar rey de Tesalónica o Salonique, y no era esto sin algún fundamento, pues había mudado el sello del ejército, que era la imagen de San Pedro, y en su lugar mandó poner un rey coronado: señales evidentes de

sus altos y atrevidos pensamientos. Tales bríos cobra el que tiene en sus manos un ejército vitorioso y amigo; y pienso que fueran más que pensamientos, y que sin duda llegara a ser príncipe absoluto si su grande avaricia y soberbia no atajara los pasos de su próspera fortuna, al tiempo que le ofrecía un estado con que pudiera fundar y engrandecer su casa. Que si Rocafort viviera cuando los nuestros ocuparon los estados de Atenas y Neopatria, tengo por sin duda que no llamaran al rey de Sicilia, sino que le recibieran por su príncipe y señor, pues se pudiera hacer con muy justo título, habiendo sido Rocafort su general tantos años, en tiempo de tantos trabajos, y debajo de cuyo mando y gobierno habían alcanzado tantas vitorias y dado glorioso fin a tan señaladas empresas.

Luego que las galeras venecianas vieron a Tibaldo general del ejército en nombre de Carlos, partieron la vuelta de su casa, y Ramón Montaner con ellas, aunque le rogaron mucho que se quedase; pero como él conocía la poca seguridad que había en la condición de Rocafort, jamás quiso quedarse, ni aun pidiéndoselo muy encarecidamente el mismo Tibaldo.

Capítulo LVII

Montaner con las galeras venecianas vuelve al Negroponte, y en Atenas se ve con el infante don Fernando

Juan Tari, general de las galeras venecianas, por orden de Tibaldo dio una galera a Montaner para que llevase en ella sus camaradas, sus criados y su ropa, y su persona se embarcó en la capitana con Tari, de quien fue por extremo regalado y servido. A más desto, Tibaldo dio cartas a Montaner para Negroponte, en que mandaba que se le restituyese todo lo que se le había robado de su galera cuando prendieron al infante, y esto so pena de la vida y perdimiento de bienes si alguno lo ocultase. Con este buen despacho partió Montaner a Negroponte con las galeras venecianas, donde llegaron con buen tiempo, y luego se notificaron las cartas de Tibaldo al justicia mayor de venecianos. Hiciéronse luego pregones con las penas dichas a los que no restituyesen, y Juan Damici y Bonifacio de Verona, como señores también de la isla, hicieron los mismos pregones cuando vieron la carta de Tibaldo, supremo ministro en aquellas partes del rey de Francia. Fueron los pregones poco obedecidos, porque no se hicieron sino sólo para satisfacer y cumplir con esta demostración con Tibaldo; porque Montaner no cobró cosa alguna de las perdidas ni se le dio otra satisfacción. Montaner, como verdadero criado y servidor del infante, pidió a Juan Tari que le diese lugar para ir a la ciudad de Atenas a verle y consolalle en su prisión; que como nació súbdito de los de su casa, no podía dejar de acudir en caso tan apretado como el velle preso. Tari con mucha cortesía le ofreció de aguardar cuatro días en Negroponte, en que tendría bastante tiempo para ir a visitar al infante y volverse, porque de Negroponte a Atenas había solas veinte y cuatro millas.

Partió Montaner con cinco caballos, y en llegando a la ciudad quiso ver al duque, y aunque le halló enfermo, le dio lugar para que le viese, y le recibió con mucha cortesía, y con palabras muy encarecidas le significó el sentimiento que había tenido del suceso de Negroponte cuando le robaron su galera, y ofreció que en todo lo que se le ofreciese le ayudaría con veras. Montaner respondió que estimaba mucho la merced y honra que le hacía; pero que sólo deseaba ver al infante don Fernando. Dióle licencia el duque con mucho cumplimiento, y mandó que el tiempo que Montaner estuviese con el infante todos cuantos quisiesen pudiesen entrar en el castillo y visitalle. Dieron luego libre la entrada de Sant Ober; y Montaner, en viendo al infante, las lágrimas le sirvieron de palabras, que mostraron el sentimiento de ver su persona puesta en manos de extranjeros. El infante en lugar de recibir algún consuelo de Montaner, fue él el que se le dio y animó con palabras de grande valor y constancia. Dos días se detuvo Montaner en su compañía, platicando los medios más necesarios para su libertad, y últimamente quiso quedarse para serville y asistille en la prisión; no lo consintió el infante, por parecerle más conveniente que fuese a Sicilia a tratar con el rey de su libertad. Dióle cartas para el rey, y le encargó que, como testigo de vista, refiriese a su tío todo lo que había pasado en Tracia y Macedonia acerca de admitille en su nombre. Con esto se despidió Montaner, y fue a tomar licencia del duque para volverse, de quien fue regalado con algunas joyas, que le fueron de mucho provecho, porque todo el dinero que traía había dejado al infante, y repartido sus vestidos entre los que le servían. Vuelto a Negroponte, se partieron luego las galeras, y navegando por las costas de la Morea llegaron a la isla de la Sapiencia, donde toparon cuatro galeras de Riambau Dasfar, de quien ya tenía lengua Montaner. Los venecianos, sospechosos siempre, como gente de república, apartándose con Montaner, le preguntaron si Riambau Dasfar era hombre que les guardaría fe. Respondióles que era buen caballero, y que él no sería enemigo ni haría daño a los amigos del rey de Aragón, y que con seguridad podrían estar todos juntos y honrar a Riambau. Con esto se sosegaron, y Montaner pasó a la galera de Riambau Dasfar, y luego todas se juntaron, y se convidaron los capitanes con mucha llaneza y seguridad. Llegaron a Clarencia, donde se detuvieron las galeras venecianas, y entonces Montaner se pasó a las de Riambau, en cuya compañía llegó a Sicilia, y en Castronuevo se vio con el rey, y le dio larga relación de lo que pasaba, juntamente con la carta del infante. Mostró el rey gran sentimiento, y luego escribió al rey de Mallorca y al rey de Aragón para que todos juntos ayudasen a la libertad de don Fernando; y en este medio, Carlos, hermano del rey de Francia, escribió al duque de Atenas que enviase la persona del infante al rey Roberto de Nápoles. Obedeció el duque; y así, vino el infante a Nápoles preso, donde estuvo un año en una cortés prisión; porque salía a caza y comía con Roberto y con su mujer, que era su hermana. El rey de Mallorca, su padre, por medio del rey de Francia, le alcanzó libertad, con que el infante vino a Colibre a verse con su padre.

Capítulo LVIII

Prisión de Berenguer y Gisbert de Rocafort

Los nuestros, después que admitieron por capitán general a Tibaldo, y le juraron en nombre de Carlos, hermano del rey de Francia, mantuvieron el puesto de Casandria, sustentándose de las correrías y entradas que hacían la tierra adentro, hasta llegar a Tesalónica, donde estaba la emperatriz con toda su corte, con todas las riquezas y tesoros del imperio de los griegos, que esta ambiciosa mujer había recogido para acrecentar a sus hijos, en grave daño de Miguel, su entenado, sucesor legítimo del padre. Mientras Rocafort, sin recelo de mudanza, trataba de su aumento y grandeza, llegó el fin de su prosperidad y principio de su desdicha, que las más veces suele ser en la mayor confianza y seguridad del hombre, para que se conozca claramente la inestabilidad de las cosas humanas, y que no hay poder que pueda en sí propio asegurarse, porque las causas de su acrecentamiento son las mismas de su ruina. La primera causa y motivo que tuvieron sus enemigos para derriballe fue conocer en él un grande desconocimiento de lo que debía a su propia naturaleza y sangre, pues a más de ser cruel era codicioso y lascivo, insufribles vicios en los que mandan; porque la vida, honra y hacienda, bienes los mayores del hombre mortal, andan siempre en peligro. El deseo de tomar satisfacción y venganza de los agravios recibidos de Rocafort con el miedo se encubrieron, hasta que tomaron la ocasión del poco caso y respeto que Rocafort tenía a Tibaldo, y secretamente pusieron en plática su libertad, pareciéndoles que hallarían en Tibaldo, como en hombre ofendido el remedio de sus agravios, pues casi eran comunes a todos. Dijeron a Tibaldo que les ayudase a salir de tan dura servidumbre y que se reprimiese la insolencia de Rocafort, pues olvidado de lo que debia hacer un buen gobernador y capitán, atropellando las leyes naturales usaba de su poder en cosas ilícitas y fuera de toda razón, y de los súbditos libres como de sus esclavos, y de los bienes ajenos como suyos propios. Que ya era tiempo que las maldades de Rocafort tuviesen castigo y sus trabajos y peligros fin; que pues él era la suprema cabeza, pusiese el remedio conveniente y diese satisfacción a tantos agraviados. Tibaldo, como solo y forastero, temiéndose que no fueran echadizos de Rocafort para descubrir su ánimo, respondió con palabras equívocas, ni cargando a Rocafort ni desesperándoles a ellos. Era el francés hombre muy prudente y de grande experiencia, y quiso aunque agraviado de Rocafort, tentar el camino más suave para moderalle; porque como el principal motivo de su venida había sido para tener de su parte nuestro ejército, no reparaba en su particular autoridad, sino en lo que había de ser de importancia para el príncipe cuyo ministro era. El primer medio que tomó fue hablar con gran secreto a Rocafort y pedille que se fuese a la mano en sus gustos, poniéndole delante los daños que le podrían causar. Pero Rocafort, poco acostumbrado a sufrir personas que pretendiesen detener y corregir sus desórdenes, respondió a Tibaldo con tanta aspereza, que le obligó a poner remedio más violento; y desesperado de poder mantener a Rocafort en el servicio de su príncipe si no se le

consentían sus ruindades, determinó vengarse dél y dejar nuestra compañía. Pero disimuló esta determinación hasta que un hijo suyo viniese con seis galeras de Venecia, adonde le había enviado algunos meses antes. Llegaron dentro de pocos días; y Tibaldo, cuando se vio seguras las espaldas, envió con gran secreto a decir a los capitanes conjurados que le hiciesen saber en lo que estaban resueltos de los negocios de Rocafort. Ellos respondieron que juntase consejo, y que en él vería los efectos de su determinación. Dióse Tibaldo por entendido, y al otro día hizo juntar el consejo, publicando que tenía cosas importantes que tratar en él. Vino Rocafort con la insolencia y arrogancia que acostumbraba. A la primera plática que se propuso, comenzaron todos a quejarse dél; pero como hasta entonces no había tenido hombre que le osase contradecir ni que descubriertamente se le atreviese alborotóse extrañamente, y con el rostro airado y palabras muy pesadas los quiso atropellar, como solía. Entonces los capitanes conjurados se fueron levantando de sus asientos; y llegándosele más, multiplicando las quejas y acordándose de los agravios que a todos hacía, diciendo y haciendo, le asieron a él y a su hermano, sin que pudiesen resistirse, porque los conjurados eran muchos y resueltos. Luego que tuvieron presos a entrambos hermanos y entregados a Tibaldo, acometieron la casa de Rocafort y la saquearon toda, alargándose la licencia militar como suele en casos semejantes, sin detenerles el respeto que debían tener a las paredes de quien había sido su general tantos años, y con su espada y valor haberles defendido tantas veces.

Capítulo LIX

Tibaldo, llevando consigo los dos hermanos presos, deja el ejército y los lleva a Nápoles, donde les dieron muerte

La prisión de Rocafort causó diferentes efectos, porque sus amigos se entristecieron, como participantes de sus delitos, y hubieran hecho alguna demostración de libralle, si no dudaran de que un caso tan grave no era posible haberse emprendido sino con gran prevención de ayuda y lados; y más que aún no habían reconocido cuáles eran amigos o enemigos declarados: cosas que muchas veces suelen ser de importancia para los que acometen casos tan repentinos y prompts. Los turcos y turcoples, que eran los fieles a Rocafort, quedaron tan pasmados y atónitos del hecho, que no pudieron tomar resolución. Los almugávares estaban divididos: la mayor parte le amaba, la otra le aborrecía; pero toda la gente de estimación y la nobleza, como la más ofendida, era la que procuraba con muchas veras su perdición.

Aquella noche que Rocafort estaba preso fue toda inquieta y llena de recelos. A la mañana ya pareció que había más sosiego, porque supieron que Rocafort y su hermano estaban vivos. Pero cuando a Tibaldo le pareció que tenía a todos los del ejército más descuidados y seguros, una noche, con

gran secreto, embarcó a los dos hermanos Rocaforts en sus galeras, y él juntamente con ellos navegó la vuelta de Negroponte, dejando burlada toda nuestra compañía.

A la mañana, cuando vieron partidas las galeras, y que Tibaldo se llevaba en ellas a los dos hermanos, alteráronse todos mucho, y decían que aunque Rocafort fuese de tan ruines costumbres era su capitán, y no les parecía justo entregarle a sus enemigos para que hiciesen escarnio dél y de nuestra nación, dándole una muerte vil y afrentosa, en mengua de todos ellos; que si Rocafort la merecía, que se la hubiera dado el ejército por sus manos, y no ponerle en las de sus mayores enemigos. Con esta plática se fueron encendiendo los ánimos, atizados de los amigos íntimos de Rocafort, de suerte que llegaron a tomar las armas los almugávares y turcos contra los que se habían señalado en su prisión, y con una furia y coraje increíble los iban buscando por sus alojamientos y matando los que topaban, sin que hubiese soldado ni caballero que se atreviese a resistirles: tanta fue la afición y voluntad que la gente de guerra tuvo a Rocafort, que jamás la pudieron borrar sus maldades y ruin correspondencia con los amigos, ni en esta ocasión pudo sosegarse hasta vengarle y satisfacerse muy a su gusto.

Quedaron muertos deste alboroto o motín catorce capitanes de los más conocidos enemigos de Rocafort, y otra mucha gente de los aficionados y criados destes capitanes que quisieron al principio resistir: cosa notable que los nuestros, puestos en medio de sus enemigos, tres años continuos tuviesen entre ellos siempre guerra civil, derramándose más sangre que en todas las demás que tuvieron con los extraños. Y aunque las guerras civiles son de ordinario ocasión de no tenerlas con los extranjeros, no sucedió esto a los nuestros, pues a un mismo tiempo acometían al enemigo y se mataban entre ellos.

Tibaldo llegó a Nápoles con los dos hermanos Rocaforts presos, y los entregó al rey Roberto, su mortal enemigo. El origen desta enemistad fue no haberle querido Berenguer de Rocafort entregar unos castillos de Calabria, que por razón de las paces hechas entre los reyes le pertenecían, hasta que lo satisficiesen lo corrido de sus pagas a él y a su gente; y como los reyes tienen por injuria y atrevimiento grande pedirlles paga de servicios por medios violentos, aunque por entonces satisfizo a Rocafort, quedóle siempre vivo el sentimiento deste agravio. Mandó luego que los llevasen a los dos hermanos al castillo de la ciudad de Aversa, y que encerrados en una oscura prisión, los dejasen sin darles de comer hasta morir.

Fue Berenguer de Rocafort el más bien afortunado y valiente capitán que hubo en muchas edades, y el más digno de alabanza, si al paso de su prosperidad no crecieran sus vicios. Sirvió al rey don Pedro y a sus hijos don Jaime y don Fadrique, de capitán. Después, con nuevos pensamientos, se juntó con Roger en la Asia, adonde fue con no pequeño socorro. Por muerte de Corbarán de Alet fue senescal, maestro de campo, general del ejército, y después de muerto Roger, y Berenguer preso, le gobernó por espacio de cinco años sin competidor alguno, y en este tiempo destruyó muchas ciudades y provincias. Venció tres batallas con muy desigual número de gente, y en una dellas un emperador de Oriente; y mantuvo una guerra tanto tiempo en el centro de las provincias enemigas; y últimamente atravesó con

su ejército desde Galípoli a Casandria, quemando y destruyendo cuanto se le puso delante. Nunca fue vencido ni aun en pequeñas escaramuzas. Triunfó de todos sus enemigos, y en todas las guerras civiles y extranjeras fue siempre vencedor; pero el remate de todas estas dichas paró en una triste prisión y miserable muerte, aunque, al parecer de todos, justísimo castigo del cielo, por la sangre inocente que derramó de sus amigos y de otros muchos que injustamente murieron a sus manos. Gisbert de Rocafort siguió la misma fortuna que su hermano; pero, según se colige de los historiadores de aquellos tiempos, no procedió tan disolutamente como él, aunque fue participante y compañero en muchos de sus delitos, y particularmente en la de Berenguer, y quizá por no tener el lugar de su hermano fue menos notado; porque los vicios se descubren más en la mayor fortuna. Quién fuesen estos caballeros, o de qué familia de las muchas que en Cataluña hubo deste apellido, Montaner lo calla, como de muchos otros que se hallaron en esta grande empresa, que ni aun escribió sus nombres: yerro por cierto o descuido muy notable y de grandísimo perjuicio para las casas nobles que hoy permanecen en estos reinos, cuyos pasados se hallaron en esta tan señalada expedición.

Capítulo LX

Eligen los catalanes gobernadores; y solicitados del duque de Atenas, ofrecen de serville

Después del miserable caso de Rocafort y de los que por él se siguieron, quedó nuestro ejército, no sólo sin cabeza, pero sin personas capaces de tanto peso; porque el gobierno de tan varias gentes, acostumbradas a obedecer famosos capitanes y envejecidas debajo de su mando, mal se pudiera entregar a quien no fuera igual a los pasados en valor y nobleza de sangre. Roger de Flor fue el que primero los gobernó, hombre, como se dijo, señaladísimo entre todos los capitanes de su tiempo; después Berenguer de Entenza, ilustre por su sangre y hazañas; luego Rocafort, famoso por sus vitorias; y aunque sin éstos en nuestro campo había muchos caballeros y capitanes de nombre que pudieran ocupar este puesto, habían todos perecido por la crueldad de Rocafort, que, como a émulos y competidores, les procuró siempre su perdición; porque no hay razón que prevalezca en un hombre cuando se atraviesa la conservación de un puesto grande, y los medios que pone para adquirirle y mantenerle no repara en si son buenos o malos, a trueque de salir con su pretensión.

Juntáronse los del Consejo para elegir cabeza, y considerando la falta que tenían dellas, se resolvieron de nombrar dos caballeros, un adalid y un almugávar, para que por todos cuatro juntos, por consejo de los doce se gobernase el campo.

Con este gobierno se entretuvieron algún tiempo en Casandria, adonde tuvieron embajadores del conde de Breña, que sucedió en el ducado de

Atenas por la muerte de su duque, último decendiente de Boemundo, que por faltarle sucesión dejó su estado al conde, su primo hermano. Trajo esta embajada Roger Deslau, caballero catalán, natural de Rosellón, que servía al conde. Con éste asentó el trato, ofreciéndoles de parte de su señor que siempre que le viniesen a servir les daría seis meses de paga adelantada y las mismas ventajas que habían tenido en servicio del emperador Andrónico. Pero dudábase mucho que pudiesen ir a serville sino dándoles armada con que pasar, porque por tierra parecía imposible, por haber de atravesar tantas provincias, y casi todas de enemigos, ríos caudalosos, montes ásperos, y todo esto sin haberlo reconocido. Con todas estas dificultades quedaron firmados todos los conciertos, por si en algún tiempo le fuesen a servir.

Pasaron el siguiente invierno los nuestros con alguna falta de bastimentos; y así, en abriendo el tiempo, trataron de desamparar a Casandria y acometer a Tesalónica, cabeza de toda la provincia, y adonde estaba la mayor fuerza della, porque se tenía por cierto que ganada esta ciudad, podrían fundar con mucha seguridad los catalanes y aragoneses su imperio en ella y alcanzar las mayores riquezas del Oriente, por residir allí Irene, mujer de Andrónico, y María, mujer de su hijo Miguel, con toda su corte.

No fueron estos consejos tan ocultos al emperador Andrónico como se pensaba, y trató luego de prevenirse, porque conocía a los catalanes con bríos para emprender cosas tan grandes y al parecer imposibles. Envió capitanes expertos a Macedonia a levantar gente para defender las ciudades principales. Mandó que dentro dellas se recogiesen los frutos de toda la campaña, para asegurarse del daño, que podía causar la falta dellos, y dejar al enemigo la tierra de manera que no se pudiese mantener de lo que en ella quedaba. Mandó también que desde Cristopol hasta el monte vecino se levantase una muralla para impedirles la vuelta de Tracia. Con esto le pareció al emperador que acabaría a los catalanes sin venir con ellos a las manos; que esto jamás quiso que se aventurase, porque tenía por imposible vencerlos con fuerza y violencia. Estuvo bien cerca de salirle bien estas trazas a Andrónico, si el valor de nuestra gente no las hiciera vanas y sin provecho.

Capítulo LXI

Sale el ejército de Casandria y pasa a Tesalia

Dejaron los nuestros a Casandria y vinieron con todo su poder la vuelta de Tesalónica, creyendo hallarla en el descuido que ciudad tan grande y populosa, pudiera tener; pero fue muy diferente de lo que se pensó; porque bastecida de provisiones y de gente de guerra, estaba sobre el aviso. Tentaron de acometella a viva fuerza de asaltos, pero las dos emperatrices que estaban dentro, asistidas de los más valientes capitanes del imperio,

libraron la ciudad; porque los catalanes, reconociendo tan gallarda defensa, dejaron la empresa, y alojados en las aldeas más vecinas, corrieron la tierra para buscar el sustento; pero como la vieron vacía de gente y de ganado, sospecharon la traza del enemigo, que ellos no habían prevenido. Trataron luego de partirse, porque ocho mil hombres, sin los cautivos, caballos y bagajes, era número grande para poder sustentarse y vivir de lo que el enemigo había dejado de recoger. Viendo pues la ruina inevitable si se detenían, determinaron volver a Tracia por el propio camino que trujeron a la venida; pero avisados de un prisionero que el paso de Cristopol estaba cerrado con un muro y bastante gente para su defensa, tuviéronse casi por perdidos, porque creyeron también que tras esta prevención, los macedones, tracios, ilirios y acarnanes y los de Tesalia, todos pueblos vecinos, juntas sus fuerzas, les acometerían, o por lo menos les defenderían el buscar el sustento; con cuya falta forzosamente habían de perecer. La última necesidad, como siempre acontece, les hizo resolver de atravesar toda la provincia de Macedonia y entrar en Tesalia, cuyos pueblos vivían sin recelo de sus espadas, porque creyeron que Macedonia y las fuerzas que había dentro della fueran impenetrables muros para que los catalanes los pudieran ofender. Apenas acabaron de tomar este consejo cuando luego le pusieron en ejecución, porque Andrónico no le pudiese prevenir; y así, dejando a Tesalónica, recogiendo todas sus fuerzas con increíble diligencia, porque el enemigo no les impidiese la entrada de los montes, caminaron por pueblos enemigos, tomando dellos sólo el sustento forzoso; porque el temor del peligro fue mayor entonces que su codicia, que por no detenerse no la ejercitaban.

Al tercero día llegaron a la ribera del río Peneo, que corre entre los montes Olimpo y Ossa, y riega aquel amenísimo valle llamado Tempe, tan celebrado en la antigüedad. En las caserías y poblaciones riberas deste río se alojaron, donde, convidados de su regalo y templanza del cielo, pasaron el rigor del invierno. Dióles ocasión para este reposo el tener llana y segura la salida para Tesalia y la abundancia de bastimentos que hallaron en las tierras, poco trabajadas antes de gente militar. Fue este valle de Tempe tan estimado de los antiguos, así por la suavidad y templanza del aire, como por la religión y deidades que creyeron que habitaban entre aquellas selvas y bosques y en el río, que le tenían por un paraíso y propia habitación de sus dioses.

Los griegos, cuando supieron el camino, que los catalanes habían tomado, poco seguros de que no volviesen, no los quisieron irritar, aunque la presteza de su camino fue de manera, que aunque les quisieran seguir no pudieran alcanzalles, y quedaron con nuevos temores de gente cuya industria y valor excedía todas sus fuerzas y consejos.

Capítulo LXII

Baja el ejército de los catalanes a Tesalia, y por concierto dejan esta provincia y pasan a la de Acaya

En entrando la primavera, salió el ejército del valle y bajó a Tesalia, sin haber enemigo que se le opusiese, con que libremente se hicieron contribuir de la mayor parte de sus pueblos que viven en lo llano.

Hallábase entonces esta provincia sujeta a un príncipe de poca capacidad, casado con Irene, hija bastarda del emperador Andrónico. Estaba desavenido con su suegro porque no quería reconocer la obediencia que debía al imperio; porque ya en este tiempo aquella monarquía oriental de los griegos estaba en su última declinación, y la mayor parte de los príncipes sujetos no la querían reconocer, porque la vieron sin fuerzas, y sin ellas cualquier derecho se pierde; que la sujeción no se da sino al poderoso. Así el imperio de los romanos del Occidente ha venido a quedar en un título vano de su grandeza, porque Italia, Francia, España y Inglaterra, que un tiempo le rindieron tributo y recibieron sus leyes, hoy se ven libres, porque declinó su poder, y con él se perdió su derecho: los godos y demás naciones septentrionales le redujeron a esta miseria.

Luego que el príncipe de Tesalia supo las fuerzas que tenía en su Estado, y que eran superiores a las suyas, con los buenos consejeros y ministros fieles que tuvo alcanzó lo que otros no pudieron con las armas, que fue persuadilles con dádivas y con ruegos que saliesen de su Estado; y así, con una cortés embajada, después de haber fortificado algunas ciudades y puestas en defensa, porque también fuese esto ocasión de que los catalanes no dejasen lo cierto por lo dudoso, ofrecieron bastimentos necesarios y fieles espías para que los llevasen a Acaya o a donde mejor les pareciese, y juntamente les dieron gran cantidad de dinero; porque cuando el poder es muy inferior, no se puede tener por desvalor y mengua redimir con dinero la vejación que se padece. Juntáronse los gobernadores y consejeros del ejército, y ponderando las dificultades y peligros que pudieran suceder de quedarse en la provincia, juzgaron por cosa útil y necesaria admitir los partidos y caminar adelante, porque cuanto más se acercaban hacia el mediodía, tanto se acercaban a tener cerca los socorros de Sicilia y de España. Respondieron a los embajadores que ellos admitían el partido, y con esto el negocio quedó concluido; y luego por parte del príncipe se les entregó el dinero y vituallas, y ellos con mucha puntualidad partieron el día que ofrecieron de salir. Con esto Tesalia quedó libre por su industria de gravísimos daños, y los catalanes con la misma los evitaron; porque la guerra a todos es dañosa, y muchas veces el vencedor se diferencia sólo en el nombre del vencido.

El camino que los nuestros tomaron fue por la parte montañosa de la provincia de Tesalia, llamada la Blaquia, que forzosamente hubieron de atravesar parte della. Zurita, cuando refiere el camino que hizo este ejército, recibió grande engaño diciendo que la tierra que pasaron se llamaba Valaquia, porque no llegó a su noticia que había provincia que se llamase Blaquia; porque Montaner, de donde él lo sacó, la llama Blaquia, y Zurita, ignorando el nombre y corrigiendo a Montaner, la llama Valaquia, llevado de la semejanza del nombre; pero a la Valaquia no llegaron los nuestros con cien leguas. La Blaquia se debe llamar, que es -según Nicetas, en el fin de su historia- la tierra montañosa de Tesalia, que

viene bien con el camino que los catalanes hicieron y con el nombre que Montaner la llama. Sus naturales se llaman blacos, gente belicosa y que tuvo muchos años oprimidos a los emperadores orientales, y aun hoy entre los turcos conservan su nombre y valor, puesto que sujetó a tan bárbara y poderosa gente. No acaba Montaner de encarecer el trabajo que se tuvo en este camino de la Blaquia, porque siempre fue con las armas en la mano y peleando: tanta resistencia hallaron en los naturales. Yo entiendo que una de las mayores empresas que se hicieron en esta expedición fue el abrir camino por esta tierra, tan llena de gente plática y valiente. Al fin la atravesaron a pesar suyo, con universal admiración de los que conocieron el peligro, con las buenas y fieles guías de los de Tesalia. Pasaron el estrecho llamado Termópilas, célebre por los treientos espartanos que con Leónidas murieron defendiendo el paso a Jerjes y la libertad de Grecia. De allí bajaron a la ribera del río Ceño, que baja del monte Parnaso y corre hacia el Oriente, dejando a la parte del Norte los pueblos llamados de los antiguos locrenses, opuncios y epieménides, y a Mediodía Acaya y Beocia. Llega este río hasta Lebadia y Haliarte, donde se divide y pierde el nombre, y le muda en el de Esopo y Ismeno. Esopo corre por medio de la provincia Ática hasta que entra en el mar; Ismeno junto de Aulide desagua en el mar Euboico, llamado hoy de Negroponte. Por aquellas vecinas aldeas de locrenses se alojó nuestro campo para pasar el otoño y invierno, y tomar resolución de lo que se había de hacer la primavera siguiente.

Capítulo LXIII

El duque de Atenas recibe a los catalanes

El duque de Atenas, luego que supo que el ejército de los catalanes había pasado los montes y atravesado la Blaquia, envió con mucha diligencia sus embajadores a las cabezas del ejército, temiendo que otros príncipes vecinos recibiesen a los catalanes en su servicio; porque, como era milicia de tanta estimación, todos procuraban tenerla en su favor; y así él, con grandes ofrecimientos de pagas y sueldos aventajados, les acordó la palabra que le dieron en Casandria de venille a servir cuando él envió a Roger Deslau. Los catalanes, oída la embajada del duque, les pareció más útil su amistad que la de los otros príncipes vecinos, y así se concluyó el trato con él, que fue el mismo con que sirvieron al emperador Andrónico.

Con estos nuevos socorros el duque se puso en campaña a restaurar lo que sus enemigos habían ocupado de su Estado. El más vecino y poderoso enemigo era Angelo, príncipe de los blacos, y el emperador Andrónico, que como príncipe griego, aborrecía el nombre latino, y quería echar de su Estado al duque y a los demás franceses que le seguían. El déspota de Larta, llamada de los antiguos Andracia, también le apretaba con sus armas. Contra las destes tres enemigos, que aun divididos eran poderosos comenzó

la guerra el duque; y fue tan dichoso en ella, que no solamente reprimió la furia y rigor de sus enemigos y defendió su Estado, pero también cobró treinta fuerzas que le habían usurpado. Últimamente se trataron y concluyeron paces con todos; pero se hicieron muy aventajadas por parte del duque.

Todos los sucesos desta guerra que los catalanes tuvieron con los enemigos del duque no hay historiador que lo refiera sino sólo por mayor, ni ha quedado memoria ni papel alguno de donde se pudiera sacar algo que ilustrara estos sucesos, que fueron sin duda muy notables, porque los enemigos con que se hizo eran poderosos en número y valor. Gran desdicha de nuestra nación que haya enterrado el silencio hechos tan memorables, que pudieran perpetuar su estimación en los siglos venideros.

Capítulo LXIV

Despide el duque con summa ingratitud a los catalanes que le habían servido, sin quererles pagar; con que los unos y los otros se previenen para la guerra

Luego que el duque se vio absoluto y pacífico señor de su Estado, no trató de cumplir su palabra pagando lo que había ofrecido a los nuestros cuando los llamó a su servicio; antes bien tratándoles con poca estimación, les fue maquinando su ruina, cosa al parecer imposible olvidarse de tan reciente y señalado beneficio como fue restituirle en su Estado y reprimir tan poderosos enemigos. Admiró extrañamente esta novedad y mudanza a los catalanes y aragoneses, que esperaban de su mano vivir de allí adelante con honra y comodidad; porque como el duque se criara en Sicilia, en el castillo de Agosta, mostraba afición a los catalanes, y hablaba su lengua como si fuera natural y propia suya. Quedaron suspensos de velle tan trocado cuando más prendas y obligaciones corrían.

La traza que tuvo el duque para librarse de las descomodidades que la gente de guerra pudiera causar en su Estado pacífico, fue la siguiente: entresacó de nuestro ejército docientos soldados de a caballo, los de mayor servicio y partes, y trecientos infantes, y repartió entre todos ellos algunas haciendas, con harta moderación, por todo su Estado. Quedaron estos contentísimos, y los demás también, esperando que el duque había de usar de la misma liberalidad con ellos. Pero al tiempo que creyeron ver cumplidas sus esperanzas, les mandó el duque que dentro de un breve plazo se saliesen de su Estado, y que cuando no le obedeciesen, los trataría como a rebeldes y enemigos.

Los nuestros, aunque confusos y turbados de golpe tan poco prevenido, con el valor y determinación que solían le respondieron que obedecerían con mucho gusto si les pagaba el sueldo que se les debía, pues tan bien le habían servido, y los seis meses adelantados que les ofreció cuando vinieron a su servicio; que con este dinero podrían alcanzar bajeles para

volver a su patria seguros, aunque mal pagados. Replicó a esto el duque con tanta soberbia y con tanto desconocimiento de los servicios pasados, que dijo que se fuesen de su presencia y se saliesen de su tierra; que él ni les debía ni les quería pagar lo que con tanta desvergüenza le pedían; que aprestasen luego su salida si no querían verse muertos o cautivos. Esta respuesta obligó a los nuestros a que determinasen antes morir que salir de su tierra sin que se les diese entera satisfacción. Hiciéronle saber esta resolución, y entre tanto se apoderaron de algunos puestos importantes, adonde los pueblos, aunque por fuerza, les contribuían para sustentarse.

Luego que el duque supo que los catalanes se querían defender, hizo grandes juntas de gentes, así de naturales como de extrañas, para echarles por fuerza de su Estado, pudiéndolo hacer con menos gasto, menos peligro y menos nota de su ingratitude, si les despidiera dándoles las pagas que tan bien habían merecido. Al fin se resolvió de echarles por fuerza, y para esto juntó un poderoso ejército, bien desigual con nuestro corto poder, porque de atenienses, tebanos, platenses, locrenses, tocenses y megarenses, y ochocientos caballos franceses, llegó a tener seis mil y cuatrocientos caballos y ocho mil infantes, aunque Montaner quiere que sean muchos más; pero en este caso me ha parecido seguir a Nicéforo, que lo escribe harto difusamente, y pudo tener más noticia, por hallarse más cerca que Montaner, que ya no estaba presente en esta jornada, y el griego es muy neutral cuando no escribe los sucesos de su nación, sino de las extrañas. Los docientos caballos y trecientos infantes a quien el duque había dado las haciendas que se ha dicho, viendo el peligro de sus compañeros, y creyendo que aquel mismo rigor se había también después de ejecutar en ellos, fuéronse al duque y le dijeron cómo entendían que aquel ejército que tenía junto era para contra sus compañeros y amigos; y que si esto era así verdad, ellos le renunciaban las haciendas que les dio, porque tenían por mejor suerte morir defendiendo a los suyos que gozar riquezas en paz pereciendo ellos. El duque, confiado de sus fuerzas, que eran tan superiores a las nuestras, les respondió con palabras tan pesadas y tan llenas de mil ultrajes y afrentas, que cuando no vinieran tan resueltos de apartarse de su servicio, sólo esa respuesta les obligara a procurar vengarse. Las palabras en todos los hombres han de ser muy medidas, y más en los príncipes, porque de la descortesía no se puede esperar sino aborrecimiento, y las más veces deseo y cuidado de satisfacción y venganza. Palabras descompuestas causan justa indignación, aun en los más humildes. La cortesía es lazo con que se prenden los corazones, y usada con los enemigos, suele ser medio para ablandarlos en el mayor ímpetu de su furia.

Con esto se fueron los quinientos a juntar con los demás catalanes y aragoneses, y les avisaron de la última resolución del duque; de quien dice Nicéforo que estaba tan arrogante y soberbio viendo debajo de su mano tanta y tan lucida gente, que ya sus designios eran mayores que destruir a los catalanes, porque esto lo pensaba hacer como de paso, y entrar después en las provincias del imperio, haciendo una cruel y sangrienta guerra hasta llegar a Constantinopla. Pero todas estas trazas atajó Dios en sus principios; porque la sobrada confianza de sí mismo nunca se logra.

Capítulo LXV

Vitoria de los catalanes contra el duque de Atenas, y su muerte; con que los catalanes se apoderaron de aquellos estados, y dieron fin su peregrinación

Los catalanes y aragoneses, luego que supieron que el duque venía marchando con todo su campo la vuelta de sus alojamientos, hicieron lo que otras veces cuando se vieron forzados de la necesidad, que fue poner el remedio en sólo su valor. Determinaron salirle al encuentro, aunque se hubiese de pelear con tanta desigualdad. Hallábanse en nuestro ejército, entre todas las tres naciones, tres mil y quinientos caballos y cuatro mil infantes cuando dejaron sus cuarteles para salir a recibir al duque. Llegaron a alojarse el primer día en unos prados por donde atravesaba una acequia muy grande, que les ofreció un ardid y traza importante para su ruina del enemigo. La yerba de los prados estaba crecida un palmo alta, bastante para encubrir el terreno. Empantanaron todos aquellos campos vecinos, por donde juzgaron que la caballería enemiga había de hacer sus primeros acometimientos. Para la suya dejaron algunos en seco, para que cuando fuese menester pudiese salir y escaramuzar por lo enjuto y firme. Sucedióles bien la traza; porque el duque al otro día vino con todo el ejército, tan poderoso, que fue ocasión de su descuido en advertir los ardidés del enemigo, y le pareció que sólo el lucimiento de sus armas y galas bastaba para humillar sus so enemigos.

En descubriendo a los nuestros ordenó sus escuadrones, y porque tenía mayor confianza de la caballería, la puso toda delante, y él en persona, con una tropa de docientos caballeros franceses y los más lucidos de la provincia, tomó la vanguardia. Nuestra gente, al tiempo que el duque se disponía para la batalla, quiso hacer lo mismo, mezclando los escuadrones y tropas de los turcos y turcoples entre las suyas; pero ellos se salieron afuera, diciendo que no querían pelear, porque tenían por imposible que el duque viniese contra los catalanes, de quien había sido tan bien servido, sino que debía ser traza con que los querían destruir a ellos, como a gente de diferente religión. No se turbaron los catalanes y aragoneses en esta resolución de los turcos, aunque por la brevedad no les podían desengañar, ni quisieron rehusar la batalla; antes con más coraje salieron a escaramuzar y cebar al enemigo que viniese a buscar su misma muerte. El duque, con la primer tropa de vanguardia, vino cerrando contra un escuadrón de infantería que estaba de la otra parte de los campos empantanados, y con la furia que la caballería llevaba se metió sin poderlo advertir en medio dellos, y al mismo tiempo los almugávares, sueltos y desembarazados, con sus dardos y espadas se arrojaron sobre los que, cargados de hierro, se revolcaban en el lodo y cieno con sus caballos. Llegaron las demás tropas para socorrer al duque, y cayeron en el mismo peligro. El duque, como más conocido, fue de los primeros que murieron a manos de los que

poco antes había menospreciado y maltratado, con palabras afrentosas. Este suele ser el fin de los arrogantes y desvanecidos, que de ordinario vienen a perecer donde creyeron que habían de triunfar.

Muerto el duque y los que iban en su tropa, quedó lo restante del campo lleno de miedo y confusión, porque ya los catalanes y aragoneses les habían acometido por diversas partes, y los turcos y turcoples, satisfechos de sus recelos, viendo que los nuestros degollaban la gente del duque, salieron de refresco contra ella, y dieron cumplimiento a la vitoria.

Pereció con el duque mucha gente principal; porque de setecientos caballeros que entraron en la batalla solos dos quedaron vivos. El uno fue Bonifacio de Verona y el otro Roger Deslau, caballero de Rosellón y muy conocido en nuestro ejército, por haber venido muchas veces con embajada del duque a nuestros capitanes cuando moraban en Casandria. Fue la batalla muy terrible y sangrienta, y duró más el alcance y el matar que el vencimiento; porque en siendo muerto el duque, y empantanadas las primeras tropas de la caballería, hubo gran desorden en lo restante del ejército enemigo, con que fue fácil el rompelle.

Ganada tan señalada vitoria, pasaron adelante, y en pocos días se apoderaron de la ciudad de Tebas y luego de la de Atenas, con todas las fuerzas del estado del duque, rendidas las más sin esperar sitio, porque toda la defensa se había perdido en la batalla. Con esto quedaron nuestros catalanes y aragoneses señores de aquel estado y provincia, al cabo de trece años de guerra; y con esto dieron fin a toda su peregrinación, y asentaron su morada, gozando de las haciendas y mujeres de los vencidos; porque después que se vieron sin contradicción dueños de todo, la mayor parte de los soldados se casaron con las personas más principales y más ricas de la provincia, y quedó fundado en ella un nuevo estado y señorío, que nuestros reyes de Aragón estimaron mucho, por ser ganado, no con sus propias fuerzas ni con la hacienda común de sus reinos, sino por hombres particulares súbditos suyos: gran dicha de príncipes tener tales vasallos, que los trabajos, los gastos y los peligros vayan por su cuenta, y el fruto de las vitorias, la conquista de los reinos, la gloria de haberlos adquirido, y el mando y gobierno dellos sea por el príncipe en cuyos estados nacieron.

Estaban los nuestros tan faltos de personas principales y caballeros que les gobernasen, que pidieron a Bonifacio de Verona, uno de los dos caballeros que quedaron vivos de la batalla, que fuese su capitán; pero Bonifacio, por parecelle que tendría la misma autoridad con ellos que tuvo Tibaut, no quiso admitir lo que le ofrecían. Dos cosas por cierto extrañas hallo en este caso: lo primero que pusiesen los ojos para su capitán en un extranjero y prisionero suyo; y la segunda que él no lo quisiese ser. Desengañados de su voluntad, hicieron capitán a Roger Deslau, y le dieron por mujer la que lo había sido del señor de Sola, mujer principal y rica. Con este capitán se gobernó algún tiempo aquel estado.

Los turcos, con el deseo de volver a la patria, dejan el servicio de los catalanes, y por el mismo camino que vinieron vuelven a Galípoli

Los turcos y turcoples, viendo que los catalanes y aragoneses, sus compañeros, habían acabado su peregrinación y que estaban resueltos de fundar en aquel estado su asiento y vida, deseosos de volver a la patria, determinaron de apartarse de nuestra compañía; y aunque les propusieron diferentes partidos para que se quedasen, ofreciéndoles villas y lugares donde descansadamente pudiesen vivir y participar igualmente con ellos del premio de sus vitorias, ninguna cosa bastó a detenerles, porque decían que ya era tiempo de volver a su tierra y ver sus amigos y deudos, y más hallándose con tanta prosperidad y riquezas como tenían, con las cuales querían que su propia naturaleza fuese el centro de su descanso.

Con esta resolución se partieron amigablemente los turcos y turcoples de nuestra compañía la vuelta de su patria. Tomaron el propio camino que trujeron cuando vinieron con los catalanes desde Galípoli. Atravesaron toda Tracia, sin que persona alguna les resistiese, talando y destruyendo con grande inhumanidad todas las provincias por donde pasaron. Los turcoples, con Meleco, su capitán, eran cristianos, pero más en el nombre que en los hechos. No quiso intentar nuevo trato para volver al servicio de Andrónico, o porque dudó que no se lo admitirían, o ya que lo admitiesen, receló no fuese para después de asegurarles darles la muerte; porque sabían que los griegos y su príncipe Andrónico estaban muy ofendidos de que en la batalla que los catalanes ganaron cabo Aproso, ellos fueron los primeros que desampararon a Miguel, y después dejaron las banderas imperiales de Andrónico, a quien servían, y se juntaron con los catalanes y aragoneses, sus mayores enemigos, y por siete años continuos destruyeron con ellos el imperio: causas bastantes para temer cualquier reconciliación; que tan grandes ofensas nunca se olvidan.

Desesperado Meleco de tomar este camino, le abrió otro la suerte para que descansase, porque el príncipe de Serbia le ofreció buen acogimiento, con condición que no había de tomar las armas, ni usarlas sino cuando él quisiese. Aceptólo Meleco, y quedaron en Serbia él y los suyos en vida sosegada y quieta, bien diferente de la que hasta allí tuvieron.

Calel, capitán de los turcos, que llegaban al número de mil y trescientos caballos y ochocientos infantes, entró en Macedonia, donde determinó de estar muy de asiento, hasta que con seguridad pudiese volver a su patria, y en este medio hizo tantos daños en aquella provincia, que fue forzoso, ya que faltaban las fuerzas para echarle con ellas, tratar de algunos conciertos con que le obligasen a salir. El que pareció más conveniente para entrambas partes fue que Calel desampararía la provincia si le aseguraban el paso de Cristopol y le daban navíos con que pudiese pasar el estrecho; porque sin estas dos cosas, y faltándole cualquiera dellas, era imposible volver a la Natolia, su patria.

Los turcos entonces platicaban poco el ser marineros, porque como tenían aún provincias que ganar en tierra firme, no cuidaban de las que estaban de la otra parte del mar; y así, no pudo tener Calel esperanza en los

navíos de los de su nación. El estrecho de Cristopol era imposible atravesarle, por la muralla que en él se había levantado después que los nuestros le pasaron.

Avisaron al emperador Andrónico de los pactos con que los turcos daban palabra de salir de la provincia; y ponderando como era justo el peligro y riesgo que se ponía con su detención, y lo que toda Macedonia padecería si los turcos, desesperados de que el paso y camino de su patria se les impidiese, y que podrían acometer a Tesalónica o alguna otra empresa semejante, a que la desesperación obliga, y acordándose cuan caro le costó el menospreciar a los catalanes, le hizo resolver presto en el negocio y aceptar aquellos partidos y ofrecer a los turcos el paso libre de Cristopol, y navíos para pagar el pequeño estrecho del Helesponto. Y porque nadie les pudiese ofender, envió tres mil caballos para guarda suya, con un famoso capitán llamado Senancrip Estratopodarca, una de las dignidades principales de aquel imperio. Con esta gente Cael y los demás turcos pasaron el estrecho de Cristopol y llegaron cerca de Galípoli, donde se les había ofrecido que se les daría embarcación.

Capítulo LXVII

Los griegos rompen la fe prometida a los turcos; y descubierta la traición, ganan un castillo, donde se fortificaron

Estando ya aguardando los navíos, la gente y capitanes de Senancrip, reconociendo las grandes riquezas que los turcos se llevaban, y que eran despojos de sus provincias, teniendo por gran vileza dejar aquellos bárbaros, siendo tan pocos, volviesen a su patria con ellos, determinaron quebrarles el seguro y palabra real, juzgándolo por menos conveniente que sufrir tanta mengua. Tuvieron acuerdo de cómo y a qué tiempo les acometerían: pareció que fuese de noche, tiempo oportuno para gente descuidada.

No se trató el negocio con tanto secreto que los turcos no tuviesen noticia de lo que contra ellos se maquinaba en tan gran ofensa de la misma razón y justicia y del derecho universal de las gentes, que hace inviolable la fe prometida aun al mismo enemigo. Levantáronse aquella noche y ocuparon un castillo, el más vecino que se les ofreció, y pusieron en defensa, con determinación de morir vengados. Senancrip y sus capitanes, como se vieron descubiertos, hubo gran confusión entre ellos si era bien acometerles o dar aviso al emperador de lo que pasaba. Prevaleció este último parecer, y avisáronle luego. Pero aunque el aviso llegó presto y a su tiempo, Andrónico tardó en resolverse: falta muy ordinaria de los príncipes, y la más perniciosa, dilatar los remedios hasta que pasa la ocasión y vienen a llegar cuando ya no es posible que aprovechen; y esto en tanto es más peligroso cuanto el negocio es de mayor importancia, como lo son los tocantes a la guerra, donde los yerros

pequeños suelen ser causa de pérdidas de reinos y monarquías. Tardar en la elección de los pareceres que se han de seguir es peor que ejecutar el que se tiene por menos conveniente. Vióse en este caso de cuánta mayor importancia fuera para Andrónico, o mandar que luego se pelease con los turcos, o darles navíos para pasar el estrecho; porque cualquiera destas dos cosas que hiciera, que eran las que le tenían suspenso y dudoso, fuera más acertada que no con la tardanza de resolverse darles tiempo para que les viniese socorro y lugar de fortificarse y prevenirse, como lo hicieron. Porque desengañados los turcos de que los griegos no les guardarían palabra, como gente desesperada, hicieron grande esfuerzo en avisar a los de su misma nación que estaban de la otra parte del estrecho; y éstos, como supieron el peligro en que se hallaban Cael y los suyos y las grandes riquezas que tenían, con bajeles pequeños y en muchos viajes pasaron gran multitud de turcos en su socorro; y viéndose tantos juntos, no solamente trataron de defenderse, pero comenzaron a correr la tierra como pláticos en ella.

Capítulo LXVIII

Los turcos vencen a Miguel, y hacen grandes daños en Tracia

Hasta que el emperador Andrónico, temiendo que aquellos pocos enemigos iban tomando fuerzas, se acabó de resolver en acabarlos de una vez, resolución que por poco le costara la vida a Miguel Paleólogo, su hijo, porque él en persona emprendió la jornada con la gente de guerra que tenía y gran multitud de villanos, que los traía más la codicia de recoger los despojos que de pelear. Tenían todos por cierto que en viendo los turcos al emperador Miguel y el fausto y vanidad de los cortesanos se rendirían: y fue tanto el descuido de los griegos, que como si fueran a caza vinieron la vuelta de los turcos, sin ordenar escuadrones, olvidados de todo punto del manejo ordinario de la guerra, o fuese por ignorancia o por parecerles inútil cualquier prevención para tan poca gente. Los turcos, como no tenían otro remedio sino pelear o morir vilmente, dejaron las mujeres, niños y haciendas dentro los reparos de sus fortificaciones, con bastante número para su defensa, y salieron a encontrarse con el enemigo setecientos caballos.

Venía el emperador Miguel muy descuidado, pensando hallar a los turcos no en la campaña, sino defendiendo el poco espacio de tierra que habían fortificado, y cuando descubrieron la tropa de los setecientos caballos que les salían a recibir fue tanta la turbación de los griegos y desorden de los villanos, que antes de ser acometidos fueron rotos. Cerró junta la tropa de los setecientos caballos turcos por la parte donde vieron los estandartes y el guión del emperador Miguel, que ni estaba en parte segura ni con la defensa que debiera. Los villanos a este tiempo ya habían vuelto las espaldas y desamparado el puesto que se les encargó, y tras ellos

muchos soldados de quien Miguel tenía alguna confianza, y así se vio en un punto, sin pelear, vencido. Perdió el guión; y aunque con voces y ruegos procuró detener los que huían, no fue oído ni creído. Viéndose solo, y que los turcos le apretaban, volvió las riendas a su caballo, lleno de lágrimas y tristeza. y huyó como los demás. Los turcos le siguieron, y si algunos capitanes y soldados honrados no volvieran el rostro al enemigo para entretenerle, hubieranle sin duda alcanzado; pero los turcos, detenidos destos pocos que les hicieron resistencia, dejaron de seguir el alcance, y pusieron todas sus fuerzas en rendir a los que se defendían, que a poco rato los acabaron, y con esto dieron fin y remate a la vitoria.

Saquearon los alojamientos y tiendas de Miguel, y en la que él estaba alojado hallaron mucho dinero y joyas de grandísimo valor, y entre ellas una corona imperial con piedras finísimas de precio inestimable. Esta vino a las manos de Calel, y haciendo donaire de la dignidad imperial, se la puso en la cabeza, afrentando de palabra al que con tanto deshonor suyo la había perdido.

Una de las causas desta rota de Miguel fue pelear con gente a quien había quebrado la palabra; que como el guardarla se debe por derecho universal de las gentes, y todas las leyes divinas y humanas nos obligan a ello, permite Dios tales sucesos, y que los bárbaros triunfen de los cristianos como en castigo de tan execrable maldad. Debieran los griegos acordarse lo que les costó pocos años antes no guardarla a los nuestros, pues estaba a pique de perderse el imperio griego si los catalanes y aragoneses tuvieran algún príncipe que la alentara. Después desto los turcos, soberbios y atrevidos con la vitoria tan sin pensar alcanzada, corrieron por toda la provincia de Tracia, talando y destruyendo lo que podían, sin que Andrónico se les opusiese, y esto por el espacio de dos años, con tanto temor de los naturales, que dejaron de salir a cultivar la tierra.

Capítulo LXIX

Files Paleólogo vence a los turcos; con que todos quedaron muertos presos

Mientras el emperador procuraba traer milicia extranjera para levantar ejército, por no poderle formar de la propia, Files Paleólogo, pariente suyo, hombre tenido hasta entonces por encogido y que sólo trataba de estarse quieto en su casa, le pidió que le diesen licencia y poder para juntar la gente que quisiese, ofreciéndose de tomar a su cargo la jornada. Andrónico advirtió la bondad del hombre; y pareciéndole que debía ser enviado de Dios para remedio de tantos daños, determinó, de encargalle la guerra, y dejársela hacer a su modo; porque tenía por cierto que sus pecados eran causa de tan malos sucesos, pues no bastó un grande ejército para vencer tan poco número de turcos; y así, puso sólo sus esperanzas en la bondad de Files, a quien dio dineros, armas y caballos y la gente que

quiso.

Salió Files en campaña, y antes encargó a todos que se confesasen, porque de otra manera era imposible alcanzar algún buen suceso. Distribuyó la mayor parte del dinero en limosnas con los pobres y en los monasterios para que estuviesen en continua oración: remedios generales para todos los trabajos, con los cuales se aplaca la ira y se alcanza la misericordia de Dios. Hecho esto, envió por muchas partes a descubrir al enemigo. Tuvo luego aviso que Calel con mil y docientos caballos corría las campañas de Bicia, donde había hecho una gran presa. Con esta nueva caminó tres días después que partió de las aldeas vecinas a Constantinopla, y asentó su alojamiento cabe el río que los naturales de la provincia llaman Xerogipso. Y al cabo de dos días que allí estuvo, cerca de la media noche llegó el aviso como los turcos estaban cerca, cargados de grandes despojos.

Reparóse Files para la batalla, y al salir del sol se descubrieron clara y distintamente de ambas partes. Los turcos con gran priesa pusieron los carros alrededor de los cautivos y presa, haciendo su acostumbrada oración -así lo cuenta Gregoras- y echándose polvos sobre la cabeza. Al tiempo de pelear, Files acometió al enemigo; pero el que gobernaba el cuerno derecho, matando por sus propias manos dos turcos, fue herido en un pie, de suerte que se hubo de salir de la batalla. Esto turbó de manera la gente que peleaba en aquel lado, que casi estuvo desbaratada si Files con su valor no los animara y detuviera. Peleóse gran rato; pero la vitoria inclinó a la parte de Files, y los turcos, desbaratados y vencidos, habiendo gran parte dellos muerto en la batalla, huyeron. Siguióse el alcance hasta que los turcos llegaron a un castillo donde se habían fortificado. Prosiguió su vitoria Files, y en pocos días llegó a ponerles sitio.

El emperador, cuando supo el buen suceso de la jornada, envió algunas galeras de ginoveses a guardar el estrecho, para que a los cercados no les pudiese venir socorro. Viéndose los turcos tan desesperados, por tener todos los caminos de su remedio cerrados, determinaron salir del castillo de noche y morir como hombres. A Files le llegaron dos mil caballos tribalos y muchos ginoveses, con que se apretase más el sitio. Los turcos por ver a Files más poderoso no mudaron de parecer; antes con nuevo coraje y brío salieron de noche y acometieron los cuarteles del campo, pero fueron rebatidos y echados con gran pérdida suya. Otra noche volvieron a probar su fortuna, y dieron en las tiendas y alojamientos de los tribalos, de donde volvieron muy maltratados. Resolvieron, por último remedio, desamparar el castillo y tomar la vuelta del mar, donde estaban las galeras de los ginoveses, en quien pensaban hallar alguna misericordia, por no tenerlos ofendidos. Era la noche muy oscura; y así, muchos de los turcos, pensando ir hacia el mar, daban en manos de los griegos, que los mataban sin piedad; los demás dejaron a la lengua del agua. Dice Nicéforo que los ginoveses mataron muchos dellos, y muchos cautivaron; pero Montaner añade que esto fue debajo de palabra que los pasarían a la Natolia sin hacerles daño, y que cuando los tuvieron dentro en sus galeras, les echaron en cadena y mataron.

Como quiera que ello sea, los turcos, compañeros de los catalanes y aragoneses, acabaron en esta jornada, después de haber ellos solos

inquietado el imperio cerca de tres años, retirándose quinientas millas que hay, o poco menos, desde Atenas hasta Galípoli; y aun para destruirles, con ser tan pocos, hubo Andrónico de valerse de los tribalos y latinos; y con todo, se tuvo por milagro que Dios obró por medio de Files, porque cuando vieron a Miguel desbaratado y vencido, les pareció que ya no serían bastantes fuerzas humanas para resistirles, sino que se había de acudir a las divinas.

Capítulo LXX

De algunos sucesos de los catalanes y aragoneses en Atenas

Los catalanes y aragoneses ya firmes y seguros en las provincias de Atenas y Beocia, gobernáronse algún tiempo por Roger Deslau, como arriba dijimos; pero poco después, o por muerte de Roger, o porque se cansaron de su gobierno y le arrimaron, enviaron embajadores al rey don Fadrique, a quien amaban de corazón, por más agravios y menosprecios que dél hubiesen recibido, y le suplicaron fuese servido de darles príncipe y señor que los gobernase. El rey con esta embajada túvose por satisfecho del sentimiento pasado por no haber querido admitir al infante don Fernando, su sobrino, en su nombre. Pero como Rocafort, de quien se tenía por cierto que fue el autor deste consejo, era ya muerto, y agora le ofrecían lo mesmo que entonces pretendía, no pasó adelante con su enojo, aunque para mí entiendo que por más vivo que estuviera su desabrimiento, no dejara perder tan buena ocasión de acrecentar a su hijo con un estado tan grande.

Tuvo el rey don Fadrique su consejo de la persona que les enviaría, y pareció por entonces nombrar al infante Manfredo, su hijo segundo, por príncipe y señor de aquellos estados, y por tal le juraron los embajadores en nombre de toda la compañía. Pero por ser aún Manfredo de pocos años, no quiso el rey su padre que fuese por entonces, sino enviar a Berenguer Estañol, hombre de mucho valor y prudencia, para que mientras el infante creciese les gobernase en su nombre. Contentáronse con esto los embajadores, que también traían facultad de la compañía de poderle admitir. Partió Berenguer Estañol juntamente con ellos con sus galeras para Atenas, donde fue bien recibido, por verse ya los catalanes y aragoneses debajo de la protección de sus príncipes naturales; y hubieranlo procurado antes si Rocafort por sus particulares intereses no impidiera estos tan honrados pensamientos.

Llegado Berenguer Estañol a tomar el cargo y gobierno de nuestra gente, tuvo luego guerra con los príncipes comarcanos cuándo con unos, cuándo con otros; porque lo tomó por medio conveniente para conservarse en aquellos estados, por ser cosa muy asentada entre los catalanes que han de ocuparse siempre en alguna guerra extranjera, por excusar las disensiones domésticas y civiles que la ociosidad suele despertar en la fiereza de su natural. Este consejo tomaron prudentísimamente los catalanes de Atenas

como a principal medio para su conservación. Tenían por un lado al emperador Andrónico, con quien pocas veces estuvieron en paz; por otro, al príncipe de la Morea, y por otros dos al déspota de Larta y al señor de Blaquia. Mientras peleaban con los unos, hacían treguas con los otros; y así se conservaron muchos años con tanta reputación en Oriente, que he leído en la Historia del Cantacusero, sacada a luz por el padre Pontano, que rehusando el mismo Juan Cantacusero, por no dejar el lado de Andrónico el nieto, salir de Constantinopla a gobernar una provincia, dio por disculpa que la provincia estaba vecina de los catalanes, y no podía ir a ella sin mucha gente de guerra; y esta disculpa pareció bastante, y se la admitieron. Y en un discurso que trae Zurita de un fraile dominico, animando al rey de Francia para la conquista de la Tierra Santa, dice que los catalanes ya habían abierto el camino, y que sería lo más importante de la empresa tenerles de su parte y alentarles para que también emprendiesen la jornada.

Mientras Berenguer Estañol vivió y fue cabeza y capitán en Atenas, tuvieron guerras continuas, no con todos a un tiempo, pero ya con unos, ya con otros, sin tener jamás ociosas sus armas. Muerto Estañol, volvieron segunda vez a pedir al rey don Fadrique gobernador y caudillo que por el infante Manfredo les rigiese. Don Fadrique quiso darles persona señalada, y así, mandó venir de Cataluña al infante don Alfonso, su hijo, y con diez galeras le envió muy bien acompañado para que gobernase el Estado por su hermano Manfredo. Fue notable contento que recibieron los catalanes y aragoneses por tener prendas de la Casa Real de Aragón entre ellos. No gobernó mucho tiempo Alfonso por su hermano Manfredo, que murió de allí a poco. Entonces don Fadrique envió a decir a la compañía que admitiesen por su príncipe y señor al mismo Alfonso que los gobernaba. Con esto los catalanes y aragoneses quedaron del todo contentísimos, y tuvieron por seguro su estado, pues había de asistir con ellos su príncipe. Pusieron gran cuidado en casarle, para que en sus hijos y descendientes se conservase el señorío. Diéronle por mujer la hija única heredera de Bonifacio de Verona, a quien ellos amaron y honraron mucho todo el tiempo que vivió, y después de muerto quisieron que en su descendencia de se perpetuase el mando y gobierno de aquel estado. Tenía esta señora la tercera parte de la isla de Negroponte y trece castillos en la tierra firme del ducado de Atenas. El infante don Alfonso tuvo en ella muchos hijos, y ella vino a ser una de las mujeres más señaladas de su tiempo, aunque Zurita no siente en esto con Montaner, a quien yo sigo. Con esto daremos fin a la Expedición de nuestros catalanes y aragoneses, hasta que tengamos larga y verdadera noticia de lo que sucedió en el espacio de ciento y cincuenta años que tuvieron aquel Estado.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

